

168

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 5 - II septiembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - N.º 3

ESPAÑA "CRECE Y SE MULTIPLICA"

OSCIENTOS CINCUENTA MIL MATRIMONIOS EN 1954



ANTES QUE EL PAN, EL SULTAN"

Panorama de la situación actual del Marruecos francés, por nuestro enviado especial Costa Torró (pág. 9)

LA TRAVESIA DEL ESTRECHO EN UNA Balsa PREHISTORICA

Una nueva «Kon-ti-Ki» española en lucha entre dos corrientes, de nuestro enviado especial Ruiz Catarinéu (pág. 13) Carta del Director a don Alfredo Sánchez Bella (pág. 7) ● VI Flota, por Hispanus (pág. 17) ● Paella para la Escuadra americana, por Jesús Vasallo (página 21) ● Entrevista con Vicente Carredano (pág. 23) ● Apuntes para las Memorias de un redactor político, por Francisco Casares (pág. 29) ● Irlanda, crónica de nuestro enviado especial García Roca (pág. 32) ● Aguilas es un Gibraltar rescatado, por Castillo Puche (página 39) ● Provincia, igual a Diócesis, por Gerardo Rodríguez (pág. 45) ● Madrid, observatorio literario (página 49) ● Entrevista con el padre Lombardi (pág. 53) ● ¡Aupa, remeros del Norte!, por A. Guerrero (pág. 58) ● La Alemania occidental

JACQUELINE

Novela por Luys Santamarina (pág. 36)

AÑO DE BUENA COSECHA. AÑO DE BODAS

DARD

¡Este vaso mitigará su sed

... Y LE HARA SENTIR MENOS CALOR!



No contiene más que agua y una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO. Con eso basta. La efervescencia y frescura natural de ENO calma la sed en el acto y mitiga la apetencia de líquidos que el exceso de calor provoca.

La "Sal de Fruta" ENO es una deliciosa bebida efervescente, refrescante y digestiva, reputada en todo el mundo desde hace 86 años y recomendada por los médicos. Depura y entona, porque contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura. Contribuye a mantener la regularidad fisiológica.

No recargue el estómago con bebidas abundantes, que pasado el primer efecto hacen sudar más. Límitese a este remedio, universalmente consagrado.



C.S. 14. 147

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

EL MAS SANO REFRESCO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

ESPAÑA CRECE Y SE MULTIPLICA

250.000
MATRIMONIOS
EN 1954

AÑO DE BUENA
COSECHA, AÑO
DE BODAS



En Toledo aun se conserva el rancio tipismo de las bodas lagarteranas

ES septiembre. España, en sus pueblos, guarda íntima la alegría de los años buenos, la esperanza que traen las cosechas grandes, el agradecimiento de los buenos labradores hacia la tierra.

En este momento, todas las provincias cerealistas, agricultoras, están esperando ansiosas el campanillazo gozoso de la Virgen de septiembre para dar rienda suelta a su alegría. Septiembre es tiempo de fiestas, de romerías y de ferias, porque ya está rematada la faena y el producto del trabajo está en la mano. No falta, pues, sino el pretexto de la feria. Y como la cosecha da para ello, septiembre y octubre son el tradicional tiempo de bodas, el tiempo generoso en comidas y comilonas, baloteos y fiestas.

—¡Que se casa la María para «la melonera»!

—¡Vaya noticia! Y el Celemin para el Cristo.

Y se preparan y se requetepreparan las cosas ya de antaño pensadas, y salen, señoriales y espon-táneas a la vez, porque ésta es la condición de nuestro pueblo. Cada cual a su usanza, con más o con menos. Pero como el trabajo rinde y la tierra produce, es alegre de y la tierra produce, es alegre de emprender la formación de una nueva familia.

FERIAS Y CASORIOS

Desde siempre ha sido septiembre el mes más propicio para las bodas. En casi todos los pueblos de España es éste el mes preferido para estas ceremonias, porque es el tiempo en que el producto de la cosecha ya está en la mano, y parece, además, como si la una nueva trajera la alegría. No faltan, sin embargo, regiones en las que las bodas se retrasan hasta cerca de las Navidades, como ocurre con la región murciana, en parte porque el clima ayuda, en parte porque en estas tierras los labradores no ven tu tarea rematada hasta que recogen la aceituna.

«La primavera, la sangre altera», dice el conocido refrán. Sin embargo, el trimestre, ni los meses que siguen, de pleno estío, ofrecen un más alto coeficiente matrimonial. Por el contrario, en septiembre, octubre y hasta final de año es cuando suele casarse más la gente. Tras la recolección de las cosechas es cuando abunda más el dinero y menos el tra-

vajo forzoso. Por esta razón, las ferias y fiestas patronales de septiembre-diciembre circunvalan todo el ámbito nacional, y hay todo un dulce rosario de nombres de la Virgen distribuido por las provincias y las tierras de labor españolas: Virgen de las Huertas, Nuestra Señora de la Piedad, Santísima Virgen de los Llanos...

Este es el lugar de comprar la nueva segadora o la trilladora automática. Y es también el momento de ir a ver al compadre, a pedirle a la moza, porque no es el caso de que los chicos se hagan viejos esperando a casarse. Y como el año ha venido bien...

A LEÓN, A POR «LAS GALAS»

—¿Te traigo noticias, mocina!

—¿Güenas?

—Y tanto. ¿Sabes que la Carmen ya marchó a León a comprar las galas?

—¿Para cuándo es la boda?

—Para San Miguel. Creo que los compadres van a esperar a rematar del todo. Y como aún les queda la remolacha por sembrar...

Se separan las mujeres, y la noticia de que una moza fué a la capital a comprar las galas, corre por Veguellina de Orbigo y aun por los pueblos vecinos: se enteran en Hospital, en San Pedro de Pegas, en Villanueva, en Benavides, porque la boda va a ser «sonada» y las familias son conocidas. ¡Hasta se rumorea que el convite lo van a dar en el mismísimo León, en un restaurante de los mejores!

La compra de las galas, conocida en Tierra de Campos por la compra de las vistas, entra de lleno en el ritual de la preparación de una boda. A comprarlas se trasladan, no sólo la familia de la novia, sino la del novio, amén de los parientes que se quieran añadir.

PRONTUARIO PARA NOVIOS

Ancha es España y caben todas las formas en nuestro acervo de

costumbres, no por antañonas, algunas, en desuso. En muchas capitales y poblaciones se han estandarizado los noviazgos, ese prólogo natural del matrimonio entre nosotros; pero en otras muchas perduran todavía los modos de «toda la vida». En cuanto a la fecha y ocasión de ponerse en relaciones, son varias: siega, vendimia, recolección de la aceituna; romerías, ferias, fiestas. Tal es el caso, por ejemplo, de Arjonilla (Jaén). En época de ferias, o durante las fiestas más «sonadas», es cuando se acostumbra a ponerse novios y proceden de la manera siguiente: un grupo de amigas va del «bracillete» por el paseo, plaza o ferial y, en un momento determinado, se acerca el presunto novio a ellas, con vistas a la ya elegida. Dan un par de vueltas charlando de cosas indiferentes y, de pronto, se enfrenta a ellos el grupo de amigos del pretendiente, los que, provistos de una teja corriente de tejado, la rompen ante la muchacha que él, de antemano, les ha dicho. Si ésta sigue paseándose, es que acepta. Por el pueblo corre volandero el comentario, como un remurmulo tenaz: —A Fulanita le han roto la teja.

Lo que equivale a una declaración oficial de noviazgo. Pero si a la chica no le interesa el pretendiente, a los pocos instantes del rompimiento de la teja, abandona el paseo, y de este modo queda «calabaceado», en toda regla, y sin una palabra, el aspirante a novio.

En la provincia de Toledo y páramo leonés la forma de declaración ha consistido durante mucho tiempo en meter la garrota por la gatera de la casa de la moza. Si la garrota es aceptada, si desaparece, lo es también el mozo. Si, por el contrario, la garrota sale disparada de la gatera, ya puede el mozo marcharse ca-

bizbajo hacia otros lugares más amparadores.

—¡Garrota adentro!—gritan los mozos llenos de euforia.

—¡Garrota afuera...!

En Argamasilla de Alba también se conservan fórmulas tradicionales en la actualidad. La noche prevista para su declaración, el mozo ronda por las cercanías de la moza. Tras saludarla, le dice:

—Sabrás a lo que vengo.

—Tú dirás.

—Que me digas si estás comprometida o te quisiera comprometer.

Ella contesta que lo pensará, en caso de aceptación; pero si la respuesta es negativa, le dice:

—Ni estoy comprometida, ni me quiero comprometer.

Al oír lo cual, el galán se retira a rumiar su fracaso..., y hasta otra.

Respecto a la nomenclatura del noviazgo, es varia y abundante: noviazgo, relaciones, novijaje, «estar novios», «le habla a Fulana»...

CODIGO DEL INTRUSO

En casi todos los pueblos de la Península se encuentran tradiciones que codifican aquello de que a una moza de un determinado pueblo se la lleve un forastero. Ni que decir tiene que los mozos del pueblo de la novia se hacen pagar una especie de aduanas o consumos, de las que no hay forastero que se escape, porque más cuidado tienen ellos en que la ley se cumpla, que todos los jueces del mundo reunidos.

En algunos sitios, el pago de dicha aduana se conoce por el «pago de la patente» (Corral de Almaguer, Toledo). Y en las regiones galaica, asturiana y leonesa, y aun en Albasete, por el «pago del piso», y así, con nombres más o menos diferentes, la costumbre está extendida por la mayor parte de España.

Tomamos como ejemplo lo que en la actualidad ocurre en Madrid. «Pagar el piso» es allí lo mismo que invitar a vino a la primera cuadrilla de mozos que, yendo la pareja de paseo y charla, se tropieza con ellos por la calle, y no por casualidad, sino deliberadamente. La fórmula del abordaje es:

—¿Pagas la ronda, forastero?

Si no la paga, le cogen entre todos y lo echan vestido al pilón de agua. (No sabemos si para «enfriarle» los ímpetus amorosos.) Si acepta, queda libre de obligaciones por todo el tiempo que dure el noviazgo. Eso sí. Lo llevan con mucha seriedad y a punta de honra. Si alguna segunda cuadrilla pretendiera acercarse a la pareja reclamando nuevos derechos, los del grupo convidado defienden al forastero, y hasta se convierten, un poco, en su ángel tutelar desde aquí en adelante.

EL «PEDIDO» TRAE CONVITE

Lian los compadres el grueso cigarro lentamente.

—¿Qué hay? ¿Cómo vino el año?...

Y la charla tiene grandes silencios recelosos. Hasta que, al fin, se arranca el que le corresponde.

—A lo que venimos, venimos..., y aunque las úvuas son trempañas.

—Como los chicos se quieren...

Y de ahí hacia adelante. Ceremonia indispensable ésta del «pedido» de la novia, en la que los padres de los novios hablan más

de las cosechas que de otra cosa, y de cómo vino el año. Pero la formalidad es la formalidad, y ésta ya está cumplida. Ya puede el mozo entrar a la casa de la novia y ya puede empezar el cura a leer amonestaciones. Ya puede la novia empezar a enseñar a las amigas las ropas durante tanto tiempo confeccionadas, y la madre afanarse en coleccionar artesas de chorizos y embutidos para el convite.

Es corriente en Toledo, en la región de Corral de Almaguer, que los padres del novio abortan el día del «pedido» de la novia lo que se llaman en la región las «joyas», consistentes en dinero, que se ha de emplear en comprar muebles. Mientras los padres hablan o se miran silenciosos, alguien va preparando en secreto mesas para el convite que ha de venir. Y es costumbre que sólo cuando el padre de la pedida da el consentimiento, se acaben de poner las mesas.

—¿Qué de cosas dan en el convite del «pedido»!

—¡Y cómo me he puesto yo de «zurra»!

—Ya, ya...

—Hacia años que no se cataba una «zurra» tan buena...

Porque es obligatorio el regar el convite con una especie de sangría, por nombre «zurra», y acompañarlo de dulces caseros, mantecosos y azucarados, de los que disfruta medio pueblo: unos, porque estuvieron invitados; otros, porque se los trajo en la faltriquera alguien que estuvo.

Pero también en esto de la petición de mano de la novia existe una rica variedad de formas, casi tantas como cada pueblo o aldea.

El pedimento, pido, arreglo de boda, otorgo, «primera entrá», etcétera, cobra un color especial en cada caso. La diversidad en la unidad; así es España, y así somos los españoles... y las españolas. For tierras de Baza, Cúllar, Benamaurel, Caniles, Zújar..., el pedimento consiste, entre la gente del agro o la artesana de las ciudades, en ir los padres y padrinos del novio, acompañamiento de familiares y amigos, por ambas partes, a casa de la novia, y allí, ésta, que en la actualidad viste a la moda, igual que cualquier chica de capital o pueblo, se endosa un gran delantal y se sienta en una silla baja; ensanchando el halda cuanto puede, se dispone, tras la fórmula usual y consagrada: «Ya sabéis a lo que venimos. Los muchachos, pues, que se quieren y dicen de casarse», pronunciada entre copiosos «Ején» y tímidos titubeos, a recibir los billetes que los padrinos, familiares y acompañamiento han de ir arrojándole. La cantidad recogida, variable según el rumbo, los posibles y hasta en relación con el precio alcanzado en la feria o el mercado por las bestias, y la cosecha obtenida aquel año, se destina a la adquisición de menaje de casa o de aperos de labranza, si los novios no andan muy sobrados de dinero; a veces, se dedica a la compra de algún capricho: una colcha bonita, un aparato de radio o para la máquina de coser, obsesión de innumerables mujeres hacendosas, de esas que se suelen apellidar «mujeres de su casa».

Realizada la ceremonia de la petición con todo lo requerido, se concierta, más o menos, la fecha de la boda; sigue luego la invi-

tación: desde garbanzos «torraos» a pasteles, rociados con «cuerva» y anís, generosamente. Al fin, se impone el baile, que, en ocasiones, dura hasta la madrugada.

PREPARATIVOS Y CALCULO. LOS O DOS MAS DOS SON CUATRO

La gente evoluciona, y las costumbres de nuestros pueblos cambian. Hasta ellos llegan ahora todas las cosas de la ciudad. Y no siempre es para mal.

El campesino conoce ahora sus derechos a ser ayudado. Y hasta en esto de los casorios, ya la pareja va contando con algo más que sus propias fuerzas o la asistencia de parientes y vecinos. De cien parejas, casi cincuenta solicitan premios a la nupcialidad, más deseados cada vez, sobre todo desde que en el año 1949 la ayuda del I. N. P. dejó de ser préstamo para convertirse en total donativo o premio.

No esperan ya los mozos a hacerse viejos, ni desespera la novia contemplando el arca de sus ropas. Uno de los méritos mayores que una pareja puede alegar para conseguir un premio a la nupcialidad es su juventud. Sobre el que tiene veinticinco años, tiene prioridad el de veinte, y así sucesivamente.

Las cuentas se hacen, pues, de otra manera. Contando con el premio, se pueden hacer algunas cosas más, y si el año pasado se lo concedieron al hijo del vecino, este año bien puede ser a ellos a quienes corresponda la suerte.

Sobre todo, en las regiones agrícolas que están en contacto con zonas industriales, el fenómeno éste es curiosísimo. La pareja deja de ser algo vinculado únicamente al pueblo, para recordar que forma parte de una nación, y que hay algo superior que les ampara. No desprecian—¡buenos están los tiempos para despreciar nada!—las tradiciones de donativos de parientes y vecinos, que se siguen dando en toda España, y hasta en las regiones más pobres y escondidas, esta ayuda se mantiene. Pero el mozo avisado que después de pasar por la «milla» viene al pueblo, atesora secretos indispensables cuando de preparativos de boda se trate.

—¿Sabes que me he enterado de que el Estado da dinero a las parejas para ayudarlas a casarse?

—¡Será posible!... ¿Y eso para qué?

—Toma; para que se case la gente, y aunque venga mal la cosecha, se pueda uno casar conforme Dios manda... Así, que si nos dieran a nosotros...

—Quizá para septiembre...

—Y aunque no viniera bien la cosecha, ya no importaba tanto. Con lo que tenemos y esto...

—Mañana mismo empezas a arreglarlo

CASORIOS Y MAS CASORIOS

Y así pasa que, con esto de los premios y la cosecha tan magnífica de que este año han disfrutado nuestras provincias cerealistas, la cantidad de bodas en perspectiva no son ni para calcularlas.

En nuestro país, la gente no se casa por casarse. El matrimonio es, quizá, con la muerte, una de las cosas más serias que el hombre y la mujer abordan. de ahí esos noviazgos a largo plazo, don-

miento van entrelazándose, día a día, vida a vida, en una razón sin prisa y con fundamento económico-social. Si el varón espera hasta haber conseguido una sólida y responsable situación, ella, la novia, por su parte, en la totalidad de nuestros pueblos reclama el tiempo necesario para hacerse el ajuar: esa teoría de blancas sábanas bordadas al «fil-tiré» y rebordeadas con encajes y vainicas, y esos immaculados manteles que luego han de constituir su orgullo de recién casada en las obligadas invitaciones a los familiares y amigos de ambas partes.

Y una verdad hay que dejar asentada: con espera y todo, en España cada año se casa más gente. Los últimos años registran un notable incremento de matrimonios entre personas cuya edad oscila entre los dieciocho y los cincuenta. Y comparando estadísticas y números de años anteriores, y teniendo en cuenta la bondad de la cosecha de este año, la cifra calculada en matrimonios resulta casi estratosférica. Porque si en años anteriores la dicha cifra se ha remontado a más de los 219.000 matrimonios, ¿qué es lo que va a ocurrir este año, en que la cosecha es inmejorable y los premios a la nupcialidad adquieren una importancia de primer orden? Podemos adelantar, sin mucho aventurarnos, la cifra de 250.000 matrimonios.

Las predicciones en este sentido no pueden ser arriesgadas después de sumados todos estos factores. Para felicidad de mozas y señoritas casaderas.

Por ejemplo: «la melonera», en la provincia de Madrid y en todo Levante, va a traer un sinfín de bodas. «La melonera», como todo el mundo sabe, es el 8 de septiembre, el día de la Virgen, que es cuando, según los entendidos, los melones están más en sazón. Es en esta época cuando tienen lugar las mayores ferias de las regiones meloneras. Aprovechando, pues, la Virgen y que la venta de los melones se ha dado bien, ya hay habitante de Fuenlabrada o de San Martín de Valdeiglesias reservando hasta mesa en Biarritz para venirse, en auto de línea, después de la ceremonia a celebrar el acontecimiento del casorio con bombo y platillos, que en ocasiones no son metafóricos.

SABADO, DIA DE BRUJAS Y BODAS

De especial predilección goza el sábado como día de bodas. Sobre todo, en la tradicional Castilla es casi el día obligado, porque el domingo se puede seguir la tornaboda y aun dormir un poco de madrugada para empezar el lunes la faena.

El sábado es, pues, día de bodas y de brujas. Aunque mucho nos tememos que en sábado de boda las tales señoras se encuentren muy acquinadas con los cánticos y zalagardas de la mocedad del pueblo. Ya de vispera, y aun de más lejos, se ha comenzado la fiesta, y esa noche del día de boda se aumenta la cosa, porque al baile lo echaron vino, y el vino, baila.

Así que, desde el viernes en algunos pueblos, ya comienza la alegría, y hasta tiene sus ceremonias especiales. Vispera de los «alfileres», de Navarredonda de la Sierra (Avila), cuando la novia reparte alfileres entre las amigas

que acuden a visitarla. Alfileres de la buena suerte, que traen boda para el año siguiente. Y mientras la novia reparte y prende alfileres en las blusas de las amigas, el novio reparte dinero entre el elemento masculino que acude a cumplimentario, so pena de terminar en el pilón del pueblo y remojarse un buen rato.

Más dura es aquella costumbre segoviana, que alcanza a toda la provincia, de pasear a los futuros esposos metidos en sendos cestos de leña hasta el último rincón del pueblo y volverlos a sus casas. La utilidad de la ceremonia no está muy clara, pero el motivo de las risas, justificado. Así que ya de vispera se despabila el pueblo, se estira y se prepara para pasarlo en grande. ¡Que mañana es sábado y hay boda y todo el mundo participa en el cortejo, entre los invitados o como simple mirón!

—A madrugar, que mañana vamos de boda.

BODAS A TODAS HORAS

Pero no siempre tienen que madrugar los invitados con motivo de unas nupcias. La hora de celebrar una boda es de las más variadas, según las diferentes regiones. El Norte y Castilla, la Vieja y la Nueva, parece que se deciden por la mañana. Madrugar los novios para estar en la iglesia a las ocho, y si son gente principal la boda se retrasa hasta las doce, hora la última, para esta clase de ceremonias.

En cambio, en la costa asturiana y muchos pueblos de Galicia, los novios se levantan para ir a comulgar temprano, pero la boda se celebra bien entrada la mañana, todos ya con el ánimo despabilado y contento...

A medida que se descende hacia el sur de la Península, descendiendo también la hora de celebrar la ceremonia, que ya en la provincia de Cáceres es corriente celebrar por la tarde (Montehermoso, Torrejuncillo) y no digamos ya de la región murciana de Aguilas en la que las bodas se celebran de noche, así como en nuestras Islas Canarias

GANAN LOS SOMBREROS

Pero ya los preparativos de una boda no son los mismos que solían ser antaño.

En cuestiones de tipismo, de trajes, pocas son las regiones que se siguen casando con los trajes de sus tatarabuelos. Lo corriente en el momento actual es que la pareja se traslade a la capital más próxima días antes de la boda para encargarse los trajes que han de lucir a algún sastre bueno que les recomendaron en el pueblo y a alguna modista, a veces la mejor de la capital.

En casi todas las regiones se ha sobrepasado la fase de abuchear a un sombrero, cosa ya corriente en bodas de todo tipo, y la novia luce casi siempre un cubrecabezas, tipo conservador en la mayoría de los casos. Y no digamos nada del novio. De pana o de paño, el mozo luce un terno oscuro, envidia de los elegantes pueblerinos, que también los hay, no se vayan ustedes a creer.

Así que las notas de tipismo en los trajes se han ido relegando y ya sólo quedan notas de color en este sentido en contadas regiones. La región zamorana es en esto más conservadora, como lo es



La vieja tradición de casarse con el traje típico del país no ha perdido en España su raigambre

también la comarca de Las Hurdes. En Casares de las Hurdes, una de las parroquias de aquella comarca, es frecuentísimo ver venir la comitiva de novios y padrinos ataviados todos a la usanza de la tierra, y que, procedentes de otro pueblo, de Lahuetre o de otro cualquiera, acuden a pie o en mulo a Casares para hacerse casar. También en el dicho Montehermoso las paisanas y paisanos visten no ya para ceremonias, sino muy frecuentemente, el clásico sombrero de paja de alas retorcidas con su espejo. Pero ésta no es la regla general.

En pueblos asturianos, como Graudas de Salime, es corriente que haya novias que se casen de blanco, lo que también ocurre en la provincia de Toledo (comarca de Ollas del Rey), y en gran parte de las provincias catalanas y valencianas. Pero esto no está tampoco muy extendido. Lo normal, hoy por hoy, es el traje de chaqueta en la novia, o de «glasé», o incluso terciopelo, y el ya establecido sombrero.

PROTAGONISTA: EL PUEBLO

El elemento activo en una boda campesina no son ni los novios ni las familias de éstos. El elemento activo, el real protago-

Junto al traje blanco o el de calle, esta estampa de novia lagarterana



nista de la jornada, es el pueblo entero, sobre todo en su parte joven y casadera. Que haya muchas bodas en septiembre y no hay mozo que cambie su pueblo por ninguna capital, incluyendo Madrid. Los mozos son los que más se divierten en estas ocasiones, los que más disfrutan.

Con sus trajes domingueros, por pandillas, ya se van a la casa del amigo, ya refitolean por la casa de la novia, con guitarras y bandurrias se dirigen a «sacar a la novia» y aun abren el cortejo, camino de la iglesia, cantando a los novios lo que quieren y lo que no quieren oír.

Esta costumbre de ir los «tocadores» a buscar a la novia es muy extendida en Castilla. En el valle del Tietar (Ávila) así se hace. Que lo digan si no los habitantes de Piedralaves, Ladrada, Fresnedillo, Sotillo de Ladrada, La Higuera, Casaviejas, Iglesia, Escarbajosa... y muchos más, que sería interminable nombrar. También en la provincia de Soria, allá por Fuenteliente y Medinaceli, es corriente y obligado ir a buscar a la novia con música de bandurrias y guitarras. Y si la tocata empieza por la mañana, bien se puede estar seguro de que no cesa hasta bien pasadas las cuarenta y ocho horas reglamentarias.

Esto de las músicas y de los cantos es en nuestra raza algo preciso, que acompaña a un casorio. Y es casi general los cánticos a la entrada y salida de la iglesia, como el «Cantar el ramo» leonés y maragato. A la salida de la casa de la novia esperan reunidas todas las mozas del pueblo y cuando sale la desposada la entregan el ramo lleno de cintas y flores de trapo de todos los colores, y allá va la cantinela, que dura lo suyo, pues van copla tras copla recordando la novia y las condiciones del novio.

Y no se queda ahí la cosa, porque, a la salida de la iglesia, aun vuelven otra vez las mozas a las andadas y esta vez las coplas van dirigidas a todos: padres, padrinos, testigos, amigos...

«YA VIENE EL CORTEJO...»

Tampoco es manca la cantidad de variantes que se presentan en nuestros pueblos cuando de formación de comitivas nupciales se trata. Y así tenemos en La Roda (Albacete) que el cortejo se forma por parejas, rigurosamente dispuestas por orden de categorías, hasta el más pequeño de los crios asistentes, y que, por la acera de la derecha, unos detrás de otros, se dirigen a la iglesia. En algunos pueblos de Asturias el cortejo lo forman para el novio los niños de la escuela, bien limpios con sus delantalitos más que impolutos, y para la novia las niñas, que, también con sus delantalitos de clase, forman un simpático cortejo.

CASARSE CON GRACIA

Pero vamos con la ceremonia. Como puede fácilmente comprenderse, la ceremonia eclesialística pocos variantes puede ofrecer.

Pero aunque el ritmo de los tiempos impone cambios y uniforme, en muchas ocasiones de «traje único», aun queda mucho en nuestros pueblos de las viejas tradiciones. Que el que tuvo y retuvo guardó para la vejez.

En la provincia de Albacete: La Gineta, Casa de Juan Núñez, Tarazona, Salabrán, Los Pocicos, Santa Ana, Fuensanta... la gente del campo se casa, ellas, de negro y mantilla; él, de negro. La novia se hace, además, el vestido llamado de «tornaboda», que se pone al día siguiente del casamiento, ya que el de la ceremonia se guarda con todo cuidado en el arca, o cómoda, o armario. En estos pueblos suele presidir la mesa en la comida de bodas el señor cura. Al mediodía comen la «olla de novia», que es un cocido de aves diversas: gallina, pavo, pollo, palomas, al que se le echa «relleno»: pan rallado, huevo, jamón, que se hace a manera de grandes albóndigas fritas y después puestas a cocer en el caldo común. Si la familia de los contrayentes es rica, el vino que beben es propio, de sus viñas; si no, lo suelen comprar de Villarrobledo o Pozohondo. Después de la comida, baile. Las mozas salen por parejas y luego se les acercan dos mozos a separarlas, si es que ellas quieren, que si suelen querer.

En Benquerencia (Cáceres) durante «las vistas»—amonestaciones—la novia expone los regalos que le han hecho. La boda se celebra por la mañana y los comensales disfrutan de un cordeiro o una oveja guisados con patatas y arroz, y antes de la boda toman churros con anís o también pastas de sartén. El «baile de la daga», costumbre de este pueblo, se realiza en la plaza cuando el tiempo lo permite. Los novios y los padrinos se sitúan ante una mesita con manzanas, peras o galletas y ponen una bandeja. Se van acercando los bailarines y pagan por la fruta o pasta que se llevan como diezmo y señal para poder bailar. El dinero recogido se lia en un pañuelo y se le entrega a la novia.

En Roquetas, en las bodas de rumbo, dura el convite tres días. El primero asisten todos los invitados; en el segundo sólo toman parte los novios, padres, padrinos y familia íntima; al tercero acuden todos los parientes. —¡Vámonos al «ofrecimiento» de Fulana!

Aun se acostumbra a decir en Villarta de San Juan (Ciudad Real). Porque inmediatamente después de la boda en casa de la novia los invitados desfilan ante la pareja y le van dando dinero: —Toma, para alfileres.

Y rivalizan en generosidad en esta ceremonia de «ofrecimiento».

De Veguellina de Orbigo, Hospital de Orbigo, Benavides, Villadongos y aun toda la provincia leonesa, incluida maragatería, es la costumbre de llevar a la iglesia dos soberbios mazapanes que con sendas velas se colocan a los lados de los novios durante la misa de velaciones, cuando ya están casados, pues por estas tierras la boda se celebra en la puerta de la iglesia, para que el primer paso que los novios den en sagrado sea ya unidos ante Dios.

De los dichos mazapanes uno suele ser para el cura y el otro para los novios. Aunque no es

necesario que se trate precisamente de mazapanes, y entre la gente más humilde es corriente que se presenten en la iglesia con hermosas libretas de pan dorado.

LA TRADICION DE CAMACHO

Capítulo aparte deberían merecer las comidas y comilonas bodigueras con sus menús especiales y sus platos típicos.

Por la misma provincia de Segovia llaman ir a comer «los bollos» a una especie de procesión que se organiza a la salida de la iglesia, que lleva a los invitados no ya a casa de los novios, sino a casa de todos sus parientes y allegados, donde de antemano se han dispuesto unas mesas atestadas de unos bollos especiales.

En Asturias son aun corrientes las riquísimas «filollas», especie de tortillas, de un cumplido tamaño. En cambio en el páramo leonés es el bacalao una de las viandas preferidas para esta clase de comilonas, como el gazpacho manchego lo es en la Mancha.

Pero no nos engañemos. A nuestros pueblos les gusta comr bien y prefieren lo positivo. Famoso es el «lechazo» asado de Peñafiel, Tudela de Duero, Quintanilla de Abajo, Sardón de Duero, Cistérniga, mientras los extremeños se deciden por los riquísimos embutidos y los solomillos de cerdo.

En esto de las comilonas cada vez con más frecuencia se produce un fenómeno; un fenómeno de lo más sintomático: que los novios dejan el pueblo acompañados de todo el cortejo. ¡Y a la capital!

Allí se hacen retratar por el mejor fotógrafo que encuentran; comen en el restaurante elegido una succulenta «paella» o la especialidad de «la casa».

A MADRID A VER LA CIBELES

Y después de la comida o comilona, según los casos y las posibilidades, el dilema queda abierto. Porque antiguamente, hace en realidad pocos años, no había otro remedio que volver al pueblo para comenzar el baile y seguir la fiesta. Pero en la actualidad los que se vuelven al pueblo son los padrinos, invitados y demás comparsas, a divertirse solos, porque los novios no quieren saber nada de quedarse ni de volver y siguen su viaje a otra capital, y aun en muchos casos al mismísimo Madrid.

Y si esto es una innovación, un modernismo, no cabe duda de que está muy bien. Que la ciudad llegue al pueblo con sus cosas buenas es placentero. Pero que además el pueblo llegue a la ciudad con su curiosidad abierta y nada asustadiza es señal mucho mejor todavía.

Además de que con esto la sabia pareja se evita muchos engorros de huidas de incógnito del baile y demás historias, ya que dicen las tradiciones que nuestros mozos en eso de perseguir a los novios en su noche de bodas son un elemento peligroso.

Pero estas son otras cosas, y éstas las dejaremos por hoy.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ALFREDO SANCHEZ BELLA

EL hombre que excede de los ochenta kilogramos de peso es más comunicativo, más simpáticamente federante que el esténico. A caso porque su vida está depreciada por las Compañías de Seguros, se la gasta más de prisa irradiando contactos vitales que cristalizan en vínculos amistosos. Como persona catalogada como obesa, siempre propongo a mis iguales en abundantísima humanidad el programa sintético de «gordos de todos los países, uníos!», persuadido de que esta unión, a través de las fronteras y contra los regímenes alimenticios extenuantes, prosperaría para la paz del mundo. No es un obstáculo que te acompañe el marqués de Valdeiglesias, clasificado por su figura tan cenefia como lo más opuesto a ti; porque los dos integráis un solo cuerpo con una sola alma al servicio de la construcción federativa de una Europa cristiana. Que hayas traído a tantas personalidades europeas a una ciudad reconstruida como Santander, más que un símbolo concreto es la expresión de un plan para una acción no análoga. Santander ha sido destruido un par de veces, renaciendo en seguida de sus cenizas con un impulso multiplicado; pero la Europa, si es que existió alguna vez, aparte de en los atlas geográficos, hay que construirla desde el principio. Yo me acuerdo de otro día semejante al de hoy, hace quince años, que en estas postrimerías del mes de agosto, cuando el sol se pone tan ligero y poroso cual una esponja, hubo una desbandada de estudiantes extranjeros de la Universidad de verano santanderina, ya que temían encontrarse lejos de sus patrias el 1 de septiembre de 1939. Después de tres lustros no han vuelto aquellos escolares, quienes quizás murieran en muchos frentes de guerra, sino que están aquí los franceses, los alemanes, los belgas, los austriacos que todavía son libres, aunque sus Estados se hallen amenazados. Son, pues, menos europeos que antes de 1939 en cuanto no ofrecen un instrumento político que sea una espada con la punta clavada en el «telón de acero»; pero son más europeos en cuanto parten de su fuero interno, de la conciencia de su soledad y de su desnudez en pos de un credo y de una estrategia que los cubra y que los unifique. Venir a España en el momento en que está abierta la Puerta Santa de Santiago de Compostela es no perder el tiempo ni el camino.

Santander, a donde Roma tuvo que emplearse a fondo para someter a estos indomables cántabros, y que ha guardado el sabor de la «tierruca», cual se conservan los membrillos en el arca, es una ciudad dispuesta a la penetración de los sabores y de los ritmos. Sometida a la presión creciente de los cursos universitarios y de los festivales del Ministerio de Información y Turismo, por medio de la música, de la danza, del teatro, de la cultura, es la ciudad no sólo más europea, sino más universal de la civilización libérrima; la ciudad que presenta con una mano los bisontes de la cueva de Altamira al lado de un baile primitivo al son de una única coracola mugiendo, y con la otra mano, las sinfonías de Beethoven. En Santander se muestra el arte abstracto y la pedagogía más auditiva y visual, más tangible, para captar el interés del niño. Si los intelectuales progresistas de izquierda fueran capaces de curarse de su analfabetismo, aceptando y proclamando la verdad de lo que viesen, sería menester que vinieran a Santander para contemplar una ciudad de urbanismo bellissimo, de urbanidad suma, en la que se alían la ciencia más nueva y la gracia estilista de sus manifestaciones más armónicas. Funcionan en Es-

paña varias Universidades de verano, como hay conciertos públicos y teatro al aire libre por doquier; pero la culminación de ambas actividades del espíritu se encuentra superada en Santander, puesto que la Montaña está más alta que la llanura. Desde aquí puede soñarse o se puede proyectar esa creación que se llama Europa; preparando el borrador de su acta de nacimiento o de bautismo, mucho mejor que Strasburgo o en Bruselas, ciudades que pertenecen al Antiguo Testamento, mientras que Santander podría ser una ciudad del Evangelio. Los soñadores pueden mirar un futuro Sacro Romano Imperio en medio de las circunstancias de Rusia y América, pues por algo participa en esta reunión el descendiente del último Emperador de Austria; del mismo modo que el juvenil Goethe, entre los «coblenzards», pudo suscribir intuitivamente el acta de fundación de la antigua Cristiandad institucionalizada por Carlomagno, por los Kaiseres teutones, por nuestro Carlos I, por los decadentes Habsburgos, ante la Revolución francesa y Napoleón Bonaparte. ¿Qué era Europa y qué queda de Europa? Los Estados Unidos de América se constituyeron con fugitivos europeos, cuya evasión aun continúa; los Estados Unidos de Europa, ¿con qué desterrados, con qué gente en el exilio forzado o voluntario tendrá que formarse?

Las preguntas apenas las contesto, porque no quiero presumir de vidente, sobre todo, junto a tan duchos expertos que has reunido en el Palacio de la Magdalena; pero hay una respuesta que ha brotado cada mañana durante se celebra la santa misa. Hay una capilla improvisada encima de las aulas y los dormitorios, donde antaño intrigaban los palacios y ahora viven y aprenden los estudiantes. La capilla ofrece un altar donde se renuevan los gladiolos y las oraciones, envuelta en una sencillísima y atrayente liturgia. El sacerdote se mueve, reza y lee con un compás místico y rítmico, con unción y dulcedumbre, conmoviendo los corazones humanos sin haber pronunciado una palabra que no estuviera en el misal. Sin embargo, todos los fieles, que repiten en latín las plegarias y son el coro unánime del sacro oficio, somos los miembros, los súbditos de una impalpable Europa cristiana que coincide alrededor de un texto sagrado y activo. La Constitución más perfecta es la misa diaria escuchada y seguida por el general francés, por el diplomático holandés, por el periodista italiano, por el profesor alemán que sirvió a las órdenes de Student en los paracaidistas. No cito un solo nombre en esta carta sobre los reunidos porque el sacerdote nombró, según la práctica cotidiana, el nombre de Francisco Franco. Esta es, Alfredo Sánchez Bella, la segunda respuesta, la respuesta que tampoco nos equivoca, como la primera, que es el nombre de Dios. Franco viene respondiendo a todos los estadistas europeos y de los otros continentes, con la constancia, la modestia y la veracidad que Cristo nos enseña desde hace dos mil años. No se pretende una hegemonía española en el orbe futuro por la razón de haber tenido más razón que Churchill, que Roosevelt, que De Gaulle, que Benes, etcétera, etc. Franco es el héroe cristiano a quien no se ha subido a la cabeza sus éxitos y sus augurios, sino que la tiene puesta en su sitio y con espacio disponible para nuevas certidumbres y profecías. Cuando retornen a la tierra de la Cristiandad, que ya es tierra quemada, los héroes de Cristo, que repitan el ejemplo de Cristo a la escala humana, entonces, a ese milagro, si queréis, podemos darle la denominación de Europa.

UN CONCORDATO EJEMPLAR

Se cumple ahora el aniversario de la firma del Concordato. Tan importante instrumento jurídico no significaba que, a partir de la firma, se reanudaban las relaciones normales entre la Santa Sede y España. Estas relaciones existían, eran absolutamente cordiales y estaban reguladas por convenios fielmente cumplidos por ambas partes. La situación, pues, anterior al Concordato no podía estimarse como un simple y llavadero «modus vivendi». Era, afortunadamente, un sistema de relación completo y totalmente regular, tanto desde el punto de vista jurídico como desde el punto de vista práctico y «de hecho». El Concordato, por consiguiente, vino, en realidad, a perfeccionar, aun más que los cauces jurídicos del ejercicio jurisdiccional en lo que se estimó necesario o conveniente, la coordinación armónica de ambas altas potestades para la realización del orden ideal a que Dios quiere se ajusten las facultades, esfuerzos y aptitudes de las dos sociedades perfectas—Iglesia y Estado—, a cuya vigilancia, cuidado y tutela están encomendados sus miembros para que éstos puedan lograr la consecución de su fin último.

Esta es la más radical singularización, la nota distintiva del Concordato existente entre la Santa Sede y el Estado español: haber trascendido en su lenguaje, en su contenido y en su más directa finalidad los módulos que hasta la fecha fueron utilizados por otros Estados al plantear estas cuestiones. Ninguno de los que hemos conocido nos ofrece un tan claro, comprensivo y devoto entendimiento de lo que como meta suprema ha de pretenderse por parte de la sociedad civil en esta coordinación de facultades en las materias y problemas, que entrañan a la vez aspectos espirituales y temporales. Con razón los hombres más solventes del mundo católico lo consideraron y lo continúan estimando y elogiando como ejemplar y modelo que debe ser tenido en cuenta para lo sucesivo.

Tuvo, no obstante, este Concordato no tan amistosa acogida por otros, más allá de nuestras fronteras. Los españoles sabemos muy bien por qué estos sectores lo impugnaron entonces o trataron

de minimizar y subestimar la significación de tan importante acontecimiento. Funcionaron las mismas turbias motivaciones y causas que en estos núcleos internacionales mantuvieron durante muchos años la malquerencia y la animadversión contra el Régimen que nació de nuestra Cruzada. Y una vez más se pudo registrar también la incongruencia de determinados sectores católicos extranjeros poco inclinados a informarse con exactitud en cuanto a nuestra realidad nacional en lo religioso, en lo político y en lo social se refiere.

Fué el nuestro el triunfo de la verdad y de la autenticidad frente a la enemistad internacional y a la incompreensión interesada; el triunfo de la obediencia y de la lealtad a Roma, que la Iglesia proclamó generosamente, como en otras muchas ocasiones anteriores, en la fecha del 27 de agosto de 1953.

También sabemos los españoles que la entrega sin reservas de nuestro Estado al cumplimiento de sus obligaciones como Estado oficial y prácticamente católico, como Estado de un pueblo íntegramente católico, es una realidad que en algunos de los citados medios resulta por lo menos incómoda. La confusión ideológica que esta impropiedad actitud implica es evidente. Ya en otros editoriales hemos señalado cómo fuera de España apunta, con una frecuencia cuyos orígenes convendría estudiar detenidamente, cierta tendencia a resucitar la tesis «separacionista». De un modo más o menos sutil, más o menos indirectamente, encontramos cómo escritores católicos extranjeros manejan, sobre el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, conceptos y expresiones que, como decimos, no parecen muy conformes con la doctrina verdadera. Para nosotros, solamente la verdadera doctrina cuenta. Si esta inquebrantable ortodoxia les escandaliza, son ellos los que deben pensar en la revisión de sus criterios, y no nosotros. Quien está en posesión de la verdad no puede renunciar a ella.

EL ESPAÑOL

REFRENDO DEMOCRATICO

HASTA hace unos días, los Estados que declaraban fuera de la ley al partido comunista se constituían en sospechosos de totalitarismo. La Prensa democrática hablaba de la libertad de palabra, de la libertad de asociación y, claro está, del respeto que se debe a las ideas políticas de todo hombre, se encuentre donde se encuentre. En virtud de este concepto de las libertades y del papel que pueden hacer las ideas políticas en la historia de los pueblos, la democracia aceptaba su autocondenación y su autonegación; lo primero, porque los comunistas han sabido aprovecharse siempre de las que pudiéramos llamar inmunidades democráticas para derribar a la democracia e imponer su dictadura (es el caso de tantos países del este de Europa, y especialmente de Checoslovaquia y Polonia); lo segundo, porque existe una ostensible contradicción entre proclamar la bondad del ideal democrático y tolerar después la vigencia de una fuerza política que se propone pura y simplemente extirpar ese ideal. Cada vez que un Estado reparaba en esta contradicción—una de tantas contradicciones internas de la democracia liberal, denunciadas por los doctrinarios comunistas—, el partido comunista era colocado fuera de la ley. Y recaía sobre él, como queda dicho, la sospecha de totalitarismo.

La semana pasada, los Estados Unidos, el país más democrático del mundo, la democracia por antonomasia, han dado ese paso decisivo de declarar al P. C. norteamericano fuera de la ley. La votación del Senado y de la Cámara de Representantes en este sentido fué casi unánime, con

una unanimidad pocas veces alcanzada, y el jefe del Ejecutivo, Presidente Eisenhower, no vació un instante en firmar el sensacional documento.

Esta vez las vestales de la democracia europea se han quedado estupefactas y sin argumentos de qué echar mano. ¿Quién les creería si dijese que los Estados Unidos constituyen un Estado totalitario, que Eisenhower es un dictador y que el pueblo americano vive bajo el terror de la Policía o del F. B. I.? En la Prensa ultrademocrática se ha hecho un extraño silencio en torno a esta cuestión. Sólo unos cuantos tímidos editoriales han aventurado la sugerencia de que todo ello era obra del senador McCarthy. Es una cinica interpretación del gesto del Congreso americano, porque todo el mundo sabe que por lo menos la mitad de los «congressmen» son antimacarthystas, y porque, como queda dicho, la votación fué prácticamente unánime. Además, la iniciativa fué del partido demócrata, al que, ciertamente, no se le puede calificar de «macarthysta»...

Bueno es recordar en esta ocasión que España y su Régimen fueron mil veces acusados de totalitarismo por no tolerar la existencia del partido comunista y de otros de similar filiación ideológica. Era un atentado contra la libertad de asociación y otras cosas. Y ahora, ¿qué? La decisión americana viene a refrendar la pureza democrática de la ley que coloca fuera de la ley al partido comunista. Sólo que, una vez más, España se ha anticipado en muchos años.

Como siempre.

EL ESPAÑOL

"ANTES QUE EL PAN, EL SULTAN"

LUNA DE SANGRE
EN EL MARRUECOS
FRANCES

SIGUE EN EL AIRE
LA CUESTION
DINASTICA

UN TIPO NUEVO
EN LA MASA
POPULAR: LA
MUJER AGITADORA



La operación «képiblane». Soldados de la Legión Extranjera conducen a 180 personas por sospechosos

«Iiu... iiu... iiu!», grita la mujer marroquí en las manifestaciones. Quizá sin proponérselo completamente, el despertar de Marruecos entraña un formidable avance feminista. Parece que tendría que ser al revés; que esa especie de electrochoc espiritual, que busca la más pura raíz islámica, no puede ser compatible con una tan fuerte evolución de las costumbres, que llega hasta a hacer intervenir a la mujer musulmana en la vida pública del país.

No obstante, ahí están los hechos para contradecir este supuesto. En los distritos de las medinas, en los altillos de los barrios musulmanes de distintas ciudades del protectorado francés ha marchado incluso por delante de los hombres la audacia femenina, como si un tipo nuevo, hasta ahora completamente desconocido en Marruecos, hubiera surgido de pronto de la masa popular: la mujer agitadora.

Es difícil la descripción de esas manifestaciones musulmanas. Hay que varlas sobre el mismo terreno para darse cuenta que de su marcha lenta llean el fulminante, casi instantáneo, de una carga explosiva temperamental, que su aparente falta de dinámica no hace sospechar. La multitud, grande o pequeña, lleva siempre a hombros algunos de sus líderes, como si fueran estandartes, y esos hombres o mujeres dan unos gritos rápidos que acompañan con un ademán enérgico y repetido del brazo. La muchedumbre contesta a esos gritos. De vez en vez suenan los «iu... iiu» de las mujeres o se inicia el cantar de las zuras corá-

nicas. El nervosismo de un gendarme o de un piquete de soldados puede provocar, en esos momentos, una gran descarga espiritual de los marroquíes que avanzan por las callejas. Las fuerzas de la Policía y los soldados tienen que tener cualidades de psicólogos de masas al enfrentarse con este pueblo fulminante, al que si en algunas ocasiones puede atemorizar el empleo de la violencia, en otras es en extremo contraproducente cualquier precipitación y hasta el simple gesto o la amenaza de emplear la fuerza.

Durante ese accidentado y sangriento mes de agosto en el Marruecos de protección francesa, hasta una mujer ha sido detenida, porque se atrevió a arengar a los hombres reunidos a orar en una mezquita. Todos esos acontecimientos de incorporación de la mujer a la vida pública y política del país marroquí, si bien son vistos con simpatía por los jóvenes nacionalistas, llenan de dudas al grupo más tradicional de los viejos turbantes, algunos de los cuales no acaban de ver la razón por la que un nacionalismo que reafirma la fe islámica tenga que hacerse ostensible en la calle con la mujer en alto o por delante.

NUEVOS CAMINOS A LA MUJER MARROQUI

Es bien distinta esa mujer indígena que se ha hecho maestra, comadrona o médico de la que hace unos años vivía poco menos que reclusa en casa en las faenas del hogar y al cuidado de los hijos. Hoy la mujer marroquí, aunque velada, acude con sus

amigas a sesiones cinematográficas, y hasta puede verse al hijo, ya mayor, que se complace en acompañar a su madre por la calle. La mujer tiene abierto el camino de la sanidad moderna y hasta de la medicina titulada, con la que poder desempeñar un cometido en el que el médico varón encuentra muchos inconvenientes en la clausura del harén y en el recato que la mujer musulmana debe observar en presencia de cualquier hombre que no sea su marido.

UN TIPO NUEVO EN EL IMPERIO: LA MUJER AGITADORA

Pero de este reconocimiento de la capacidad femenina para el desempeño de ciertas profesiones modernas a la intervención directa de la mujer musulmana en la política del país va un gigantesco paso que hubiera sido para ella de muy difícil franquear de no haber surgido, como un puente sobre el abismo, el movimiento nacionalista que encauza el Istiqlal que, por necesitar el curso de todos los marroquíes, estima también a la mujer dirigente de masas, como resorte del espíritu y poderoso acicate al valor de los hombres, a los que la fe musulmana y la misma tradición de las costumbres estimulan a no sentirse nunca superados ni mucho menos víctimas de un complejo de inferioridad ante la mujer, a la que en plena calle el velo del misterio y el recato no amortigua el fuerte grito del nacionalismo, que hasta se atreve a

lanzar, a veces, a cara descubierta, quizá para que el sutil tejido no pueda parecerle a nadie como un antifaz en el que encubre sus actos patrióticos, ni un filtro de su declarado sentimiento, ni siquiera una tenue e inexistente mordaza.

Pero en realidad no hay contradicción entre esos cambios en la forma que, lejos de ser destructores o de corrupción de la autenticidad, lo que hacen es adaptar el invariable fondo a las necesidades de los tiempos modernos. Suponer lo contrario sería como decir que el plato nacional marroquí, el alcuzcuz, ese granulado de sémola, deja de serlo si en vez de ser preparado y servido en un ambiente rural lo es entre los butacones de un moderno avión en vuelo, por graciosas y veladas azafatas de una de las líneas aéreas con las que ya cuenta Marruecos.

Hay cosas tradicionales de simple forma que han sido completamente salvadas en los últimos años y ahora hasta al más tradicional viejo turbante le parecería exagerado el que no pudiesen existir productoras cinematográficas norteafricanas ni películas de ambiente y lengua árabe vulgar por aquello de que la figura humana no puede ser representada.

OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE

¡Que rabien cuanto quieran! Nosotros no nos marcharemos «pas». El bigotudo agricultor galo que esto me dice es miembro de una liga a la que llaman «Association Française des Vieux Marocains». Como estamos en un zoco, nuestro hombre baja un poco la voz cuando añade: «Vamos a practicar, si es preciso, la ley de ojo por ojo y diente por diente. En caso extremo abatiremos al terrorismo nacionalista con sus mismos métodos».

También los «soi disants», viejos marroquíes van a los zocos alguna vez, quizá para acreditar, de esta manera, su condición de marroquíes viejos. Pero esos «Vieux Marocains» tienen una ancianidad muy relativa y bastante joven, si se la compara con la del Mogreb y su Imperio jerifiano. Llaman «viejos marroquíes» a los colonos franceses que, por haberse establecido en estas tierras antes de agosto de 1914, se creen con derechos adquiridos a inalienables.

Mucho más viejo que ellos es el zoco como elemento esencial de vivacidad plástica. Quizá alguien crea que es un disparate el que digamos que un zoco se parece en algo al mar, pero lo cierto es que el abigarrado paisaje humano de los zocos es en cada minuto diferente y con distinta acuarela. Todos los colores están en esos mercados, en los que se dan cita los elementos heterogéneos de un pueblo que los tiene quizá como ningún otro.

Los puestos del especiero, con tantos recipientes de polvillos, parecen la paleta gigante del colorido del zoco. El jaique fantasmal de las mujeres, las chilabas, el colorado del fez, los turbantes blancos o amarillos, los cónicos «tarbux», de los que cuelga una borla...

EN MEDIO DE LA EXPLOSION DEL ZOCO

Un ciego mendicante, en medio de la indiferencia de la multitud, repite una jaculatoria a la clemencia de Alá. Pasa un loco visionario, de negra cabellera, que parece gritar una extraña arenga. Las gentes le abren paso, porque posee la «baraka», la suerte, y hasta puede que la santidad, como muchos locos pacíficos. En cambio, los locos furiosos poseen el «yennun» y deben ser apartados y sujetos.

Cruza un «fakih» de gruesa chilaba de lana. Lleva un grueso rosario de cuentas de madera ensartadas en un cordón. Anda despacio y apoyándose en una vara. Se le abre paso, con reverencia, a ese hombre cuyo gesto recibe el afecto popular. Alguien le bota el ribete de su vestidura y él acaricia con la mano la cabeza de quien demuestra su fe en medio del mercado.

Por el suelo saquitos de especiería, pollos, uvas, legumbres. Puestos de flores y frutos. Tenderetes en los que cantan pajarritos enjaulados. Vendedores ambulantes de esa repostería marroquí, variada y riquísima, pregonan entre el gentío.

Una campesina, de amplio sombrero de paja, adornado de cordones y borlas azules, tiene un puesto de cacaharos. Son utensilios de barro cocido decorado con sencillas líneas, círculos, rombos y cruces. Esos mismos signos de hechizo que llevan las mujeres en sus tatuajes azulados, que quizá sean huellas de un paganismo extinguido.

Unos músicos del país reúnen un corrillo, en cuyo centro se pone a bailar un niño que lleva pendientes y un vestido casi femenino. Imita los gestos de las mujeres y el público se ríe mucho.

Pasa un perro de tres patas; un perro mutilado de los que es frecuente encontrar en los zocos y en otros muchos lugares. Lo echamos a patadas.

Montones de carbón y haces de leña. En un puesto de higos chumbos el vendedor espera con el cuchillo en la mano para entregar la fruta monda y jugosa; sin pinchos. Una mujer, con las palmas de las manos pintadas de rojo, manipula en un montón de quesos y requesones de fabricación casera. Mientras, un puesto de té huele a hierbabuena y a menta.

AQUI NO HAY MAS QUE CREYENTES

El almuédano canta en lo alto del minarete, y el zoco para un momento su actividad, sobrecogido por la llamada.

Se dice que Marruecos tiene una organización teocrática o de gobierno, de una casta religiosa sobre la multitud de laicos. Ahí está el error. En este país no se puede gobernar sobre los laicos porque los laicos no existen. Todos, sabios o ignorantes, son miembros vivos de la fe. Aquí no hay mas que creyentes, reales o simulados, en la palabra de Alá.

Hemos trazado unas pinceladas de zoco casablanqués, que tienen que diferir bien poco a las de cualquier otro de esos mercados marroquíes. No faltan gentes que al desembarcar en Casablanca exclaman: «No hay nada que

ver aquí». Lo que ellos venían buscando no eran grandes edificios y tráfico de automóviles, sino camellos, palmeras, vendedores de agua, musulmanas veladas, grandes caídas, feudalismo, el baile de los siete velos y hasta puede que danzas de vientre. Pero también en esa urbe moderna existen barrios en los que, buscando bien, se pueden encontrar algunas de estas cosas, pese que esta es una ciudad de un modernísimo «parvenu» sobre el fondo antiquísimo del Imperio.

«¡Jamais! Nous ne partiron pas», dice monsieur Dupont, colono inscrito en la «Association Française des Vieux Marocains», un hombre bigotudo y tuerto que defiende la táctica del ojo por ojo y diente por diente. «Hemos hecho mucho en esta tierra para que nos marchemos sin lucha. ¡Que rabien cuanto quieran! No nos iremos.»

Monsieur Dupont nos coge aparte para que no oiga la conversación ningún musulmán. Llegamos a un altozano y, señalando los más modernos barrios de «Casa», nuestro hombre exclama: «No había nada aquí antes de que los franceses llegaran hace un cuarto de siglo. Una población de piojosos; una medina infecta a la que, desde el mar, podían acercarse las miserables barcazas indígenas. No había puerto; no había más que el pequeño desembarcadero de Anfa. Y ahora, ya ves: rascacielos, grandes bulevares de palmeras, calles que parten en abanico desde la plaza de Francia, un gran puerto, industria, una ciudad de cien mil habitantes.»

COMO NACIO UNA CIUDAD Y UN PUERTO UMBILICAL

Al decir todo esto monsieur Dupont respira hondo y añade después: «En veinticuatro años, los franceses hemos hecho más aquí que en argel en un siglo. Calles, plazas, bulevares, fábricas, hospitales, periódicos, la plaza de toros... todo salió de la tierra con rapidez. Hace un cuarto de siglo el asesinato de unos trabajadores europeos llevó hasta aquí al crucero «Galilée», del que desembarcaron unos marineros para proteger el consulado francés. Fueron recibidos a pedradas por una multitud frenética. Luego, en la playa de Sidi Belyout, desembarcó el cuerpo expedicionario del general Drude. Poco tiempo más tarde comenzaba a llegar aquí una multitud de distintas nacionalidades. Aventureros de diversos países que acamparon en los alrededores de la medina para dar comienzo a una nerviosa especulación de terrenos. se trazaron las calles según indicación de la autoridad militar. La medina fué respetada y alrededor de ella Casablanca creció rápidamente. Después se plantó el parque Lyautey y fué construido el monumento al padre Foucauld. Se puso orden a las apetencias de los aventureros. El elemento indígena queda reducido a vivir en la medina o en los barrios de trabajadores, en las barracas portuarias, mientras que en la avenida d'Amade y en el boulevard La Gard, reina el espíritu de Francia, los bibelots y la emoción de París, escaparates con perfumes, queso variado, modas, Ex-

posiciones de arte, «Danzings», cerveza de Alsacia, salchichón de Lyon, modelos de peinados, pelucas y crepé, imágenes de Santa Juana de Arco, salchichas en mostaza...

A bien pocos kilómetros de las ardientes arenas del Sahara se consulta el «Boutin», se bebe vino del Postillón y se canta la Marsellesa. ¡Voilà! Así nació la moderna Casablanca, puerto umbilical de todo el Marruecos francés».

Y es cierto casi todo lo que monsieur Dupont dice, ya que «Casa» es una ciudad metropolitana transportada al África. Recuerdo que en este puerto oí la extrañeza de una señora ante su descubrimiento de que en las grandes ciudades de lo que ellos llaman la Francia de ultramar se encuentran los franceses. El descubrimiento de aquella señora es casi tan divertido como el de aquel marinero chileno que, cuando las fiestas de la Marina de Castilla, al llegar a Cádiz descubrió que en aquella ciudad andaluza también se habla el «chileno».

LOS CENTROS DE ENSEÑANZA, FOCOS DE NACIONALISMO

Volvemos al zoco, donde monsieur Dupont tiene algunos asuntos que resolver. Por el camino nuestro hombre nos dice: «Los colonos hemos realizado la conquista práctica del suelo marroquí, puesto bajo la protección francesa. Fuimos los «pioneros» después de los soldados. Muchas veces los colonos no son más que soldados que al cumplir el servicio militar se hicieron agricultores. En nuestro pequeño círculo rural creamos el orden civilizado y la vida. Esparcidos por el territorio, en un medio duro, muchas veces peligroso, implantamos la técnica moderna y el prestigio francés».

¿Y la enseñanza francomusulmana? Preguntamos a monsieur Dupont. Y él, que es un colono bastante cultivado, nos responde: «Este es el gran problema. Creo que muchos colegios musulmanes son criaderos de nacionalistas. Principalmente ocurre esto en los colegios de Fez y de Rabat, que son los más influidos por la doctrina nacionalista, a la que contribuimos indirectamente y sin querer, pero hay que pensar que estos niños también se formarían sin nosotros, y entonces aún serían más fanáticos de la idea nacionalista».

¿Y la Enseñanza Superior? En Rabat pueden prepararse para la licenciatura en Derecho y hasta para estudios de Letras. Se dan algunas becas para estudiar en Francia, pero ocurre que, después de algún tiempo de vivir en la metrópoli, los estudiantes vuelven librepensadores. Me contaba un maestro musulmán que preguntó a sus alumnos que dijeran cuál era, según ellos, el período más bello de la historia de Francia. Casi todos respondieron: «¡La Revolución francesa!». Casi como en un grito marroquí de un «Ça ira» nacionalista.

LA CUESTION DEL HUEVO Y LA GALLINA

No hay nada de esto ya, pero la calle, por la noche, está desierta, porque, a pesar de la teoría que dice que el hombre es un



Dos musulmanes proceden a envolver el cadáver del Jalifa de Casablanca, víctima de un atentado

animal tan de costumbres que llega a habituarse incluso al terrorismo, al caer el día la gente en vez de gallear por la «rue» se acuesta como las gallinas.

Y ahora que hablamos de gallinas y nos rodea un mercado moruno, bueno será el referirnos a la cuestión más palpitante. Se trata de saber qué es lo primero, si la pacificación de los espíritus o la serie de medidas que, en la Asamblea francesa, se prometieron para Marruecos. Sin que los espíritus se pacifiquen no pueden ser aplicadas, según dicen, aquellas medidas; y si éstas no empiezan a ponerse en práctica, no hay pacificación de los espíritus. Esto parece el problema del huevo y la gallina. Pero en vez de preguntar ¿qué fué primero, el huevo o la gallina?, la pregunta es: ¿Qué debe lograrse en primer lugar, la pacificación de los espíritus o un acuerdo rápido—al menos con los nacionalistas moderados—que la haga posible?

Preguntamos a monsieur Dupont lo que opina sobre ello. Tememos que nos diga algo parecido a aquello de: «¿Los espíritus? ¡que se pacifiquen ellos!». Nuestro hombre se encoge de hombros y dice: «Nada de concesiones y mano dura. Todo quedará completamente pacífico».

¿Y los nacionalistas? La «luna de miel» en el Protectorado francés ha pasado ya, si es que alguna vez la hubo, ¿no hay que contar con los nacionalistas?

El colono Dupont responde a esto que los llamados nacionalistas son solamente unos grupos exaltados; una minoría de jóvenes incendiarios de cosechas.

Pero digan lo que quieran los «viejos marroquíes» lo cierto es que no hay un solo marroquí auténtico que no sea, a su manera, nacionalista. Todos, incluso los bereberes de las montañas, ven en Marruecos un país dotado de una personalidad propia, que creen no debe perder en el futuro.

Si el periódico «Istiqlal» no estuviera suspendido quizá supiéramos exactamente la nueva toma de posición del nacionalismo marroquí, después de los discursos e interpelaciones en la Asamblea francesa.

LA IGUALDAD SINDICAL Y SUS PELIGROS

Nos despedimos de ese miembro de la «Association Française des

Vieux Marrocaïns», organismo que ha publicado un mensaje contra las componendas y paños calientes y pide enérgicas represalias contra el «Istiqlal» y sus hombres de acción. Nos dirigimos hacia el puerto. Por el camino de bajada vemos a uno de esos musulmanes que con su incensario de campanillas se ganan la vida haciendo oler los comercios y viviendas a liturgia. Ahora esos hombres parecen querer quitarle a la ciudad su atmósfera cargada. Como si las campanillas y colgantes de flecos de su botafumeiro moruno pudiesen lograr la pacificación de los espíritus de que hablan tanto en la Prensa local y a golpes de incienso hicieran huir diablitos y gérmenes de subversión y tumulto.

En ese chaflán de la calle Zambece con la calle 39 una descarga de fusil mató, hace poco, al jalifa de Casablanca, Sidi Hadj ben Naceur. En la pared aun se ven los impactos.

El puerto de Casablanca es el sexto por su importancia entre todos los que están bajo pabellón francés. Grandes grúas ayudan las operaciones de carga y descarga de los buques. Trabajadores europeos y marroquíes tienen ocupación en el tráfico portuario, con lo que existe un fuerte contacto de ideas laborales en esos trabajadores indígenas que, cada vez más, se vuelven hacia el sindicalismo, pese a que unos «dahires» prohíben a los musulmanes la acción sindical. En 1943 el derecho a actuar en los sindicatos fué reconocido solamente a los trabajadores europeos del Marruecos francés, pero desde aquella fecha muchos obreros marroquíes colaboran y tienen contactos con la C. G. T. y aun se inscribieron en los sindicatos locales de Casablanca sin que las autoridades hicieran una fuerte oposición para impedirlo.

Ahora se ha prometido, en la Asamblea francesa, algo así como la igualdad de derechos sindicales entre los trabajadores marroquíes y los europeos, pero aquí se cree que antes que esto sea una realidad tendrá que procederse con mucha prudencia, ya que ese derecho puede ser utilizado por los nacionalistas como arma de poderosa acción política, y además habrá que tener la certeza

de que la masa obrera marroquí, largo tiempo mantenida en una relativa ignorancia, ofrece garantías de haber aprendido, al menos en teoría, sus derechos y responsabilidades en el campo sindical.

En cuanto a la gente del campo aquí se dice que no se puede pensar en extenderles una especie de sindicación agraria. Seguirán teniendo sus Cofradías, la mayoría de las veces incontaminadas de la dinámica que caracteriza, hasta en los países árabes, al trabajador de la ciudad.

EL FERMENTO ENTRE LOS ESTUDIANTES DE LAS MEZQUITAS

París ha prometido realizar «mejoras sociales» en el Marruecos francés, y hasta apuntó la posibilidad de una legislación de trabajo específicamente dictada para los problemas marroquíes. Se ha dicho que los salarios agrícolas serán aumentados y que habrá un derecho sindical para los trabajadores urbanos y portuarios; pero la igualdad de derechos laborales entre el trabajador europeo y el indígena ha sido claramente escamoteada.

No es que en los medios más representativos de la opinión marroquí se tuvieran muchas esperanzas en que esa igualdad de derechos y obligaciones de trabajo fuera concedida por la Asamblea legislativa de París; pero parece que los nacionalistas moderados esperaban una mayor flexibilidad por parte de los franceses en lo que respecta a tan hondo problema humano como es el de la absoluta discriminación laboral entre el trabajador francés o europeo y ese obrero indígena, al que ni en el puerto de Casablanca ni en ningún otro sitio se le puede considerar como carne de máquina o fardo de grúa.

Al menos, para el trabajador indígena de la ciudad se esperaba algo más. Respecto al obrero agrícola, que constituye la inmensa mayoría de la población laboral del país, se tenía la certeza de que ese trabajador del campo no sería considerado socialmente maduro por la nación de los derechos del hombre y del ciudadano. Una cosa es predicar y otra dar trigo. Y aunque no lo parezca, debe ser algo muy avanzado esa consideración de mayor categoría al ciudadano que al hombre.

La vanguardia del nacionalismo marroquí está formada por jóvenes estudiantes, cuya edad oscila entre los veinte y los veinticinco años. Los grupos están dirigidos por un pequeño Estado Mayor de hombres cuyas edades dan un término medio de cuarenta. Algunos de esos jóvenes han estado incluso en los medios universitarios de París, y éstos son los que más actúan de levadura entre los estudiantes de las mezquitas.

UNA LLAMADA A LA JUVENTUD INFATIGABLE

Entre las medidas que se quieren poner en práctica ahora está la de hacer un llamamiento a la juventud. Los franceses dicen: «¡Qué bella carrera se abriría a los jóvenes nacionalistas marroquíes si quisieran asociarse a nuestra tarea educadora!» Pero

la idea de la emancipación y el «self-government» está demasiado arraigada entre los dirigentes nacionalistas para que este colaboracionismo se produzca entre ellos y los franceses. A duras penas se da la convivencia, aunque sea solamente en periodos de laxitud o de aparente fatiga.

Fez es el cuartel general de los nacionalistas marroquíes pero más que cuartel general lo que en la medina de Fez existe es la Plana Mayor, el núcleo ejecutivo de unas instrucciones que muchas veces se dan desde El Cairo.

No olvidemos que las sacudidas en el Marruecos francés están directamente relacionadas con la actividad de los dirigentes de esa Liga Árabe que influye en territorios bastante más grandes que Europa occidental y agrupa una masa humana de 45 millones de musulmanes.

He ahí a un poderoso organismo supranacional que apoya su conjunto en diversos nacionalismos, a los que extiende su lazo de solidaridad amplia, en la que, según los estatutos de la Liga, «se considera árabe a todo musulmán que se sienta árabe».

Esa amplitud permite que incluso hombres netamente de raza bereber militen en el nacionalismo marroquí de la zona francesa y participen en esa peligrosa agitación que, por su marcado fondo religioso y por lo cruento del sacrificio, puede ser comparada a los desfiles de «hamadchas», cuyo rito consiste en excitarse al son de la música y la danza, para terminar lanzando hachas al aire y recibir su filo con la cabeza.

«Han lanzado las hachas al aire y ahora yacen sin sentido», se ha atrevido a decir un periódico de aquí, interpretando como un desmayo ritual de esas fiestas de fanáticos el que la tensión sea ahora mucho menos fuerte que en días pasados.

SIGUE EN EL AIRE LA CUESTION DINASTICA

Si los dirigentes del Istiqlal tenían como objetivo inmediato el llamar la atención sobre Marruecos francés en el aniversario de la deposición del Sultán, Mohamed ben Youssef, no puede negarse que esta finalidad ha sido alcanzada. Si se pretendían mejoras inmediatas de carácter económico-social, la etapa ha sido cubierta sólo a medias.

En cuanto a la creación de Asambleas marroquíes locales y demás medidas de descentralización que se han prometido desde la Asamblea Nacional de París, no se sabe aún exactamente en qué van a consistir tales organismos ni si pueden tener eficacia práctica. Todo depende de que logren entablarse conversaciones entre las autoridades francesas de Marruecos, los pocos partidarios de Ben Arafa, y los representantes de una opinión marroquí que, en su mayoría, no parece muy dispuesta a coordinarse con unos ni con otros si antes no se resuelve, sin cortinas de humo ni manobras de diversión, el punto más fundamental de todos, que es el «affaire» dinástico, dejado aparte y en el aire en los discursos y debates parlamentarios de París.

La impresión que se tiene es de que el plan Mendes-France

para Marruecos francés: Asambleas locales, descentralización y algunas mejoras de carácter económico-social, está completamente condicionado a la actitud que ante él adopten los nacionalistas marroquíes. Se cree que este proyecto no es más que un «interim» o un «modus vivendi», en espera de que circunstancias mejores de apaciguamiento hagan posible las «construcciones del futuro» de que ha hablado el residente general, Francis Lacoste, antes de su viaje a París, en París y después de París.

«ANTES QUE EL PAN, EL SULTAN»

En el ambiente marroquí más responsable, y hasta responsabilizado dentro del nacionalismo de la zona francesa, no ha caído muy bien el que, respecto al bienamado Mohamed ben Youssef, solamente se haya dicho que su suerte personal y la de sus familias será mejorada, pero que no puede pensarse en un retorno de Mohamed V a su trono de Rabat. «Por lo menos por ahora no puede pensarse en un retorno eventual», ha añadido a las matizaciones de Mendes-France un periódico de aquí, bien en contacto con esa realidad autóctona y popular, a la que no puede contentarse con rizados, complicaciones y piruetas de expresión parlamentaria.

Por eso, porque la cuestión de fondo no ha sido atacada, arde en el Marruecos francés la llama del incendio de cosechas y el fuego de la exaltación nacionalista, dentro de una aparente calma, en la que las ciudades hacen ahora una vida casi completamente normal, pese a que algunos golpes esporádicos del terrorismo denotan que en el corazón de Marruecos sigue una taquicardia que, o no fué bien auscultada, o no se ha sabido encontrar para ella el adecuado remedio.

Las mezquitas, los zocos, las medinas, el ambiente portuario casablanqués, los establecimientos donde se sirve el té en infusión verde o negra..., saben bien de esos musulmanes que cuchichean y que son como una imagen viva del misterio. «teléfono moruno», por el que mantienen un grande y secreto cuchicheo los portavoces de las distintas naciones, libres o dependientes, de todo el Islam.

Unidos religiosamente, mejor, mahometanamente, todos «los del Libro», tienen en la cuestión dinástica marroquí una estrecha solidaridad de sentimientos, que son vistos con simpatía por muchos que, sin haber nacido en la comunidad musulmana, sentimos por «el Libro» los máximos respetos.

Y eso es lo que hace falta en todo el Imperio: el respeto que para ese pueblo indomable se tiene en la zona jafifana.

Me lo ha dicho un mendigo. Uno de esos filósofos mendigos de Marruecos, que saben pedir limosna tan dignamente que convencen de que la dádiva es más por Alá que para ellos mismos. Uno de esos mendigos que no saben ser criados me lo ha dicho: «¿Sabes por qué arden los trigales? Porque antes que el pan querremos al Sultán.»

F. COSTA TORRO

(Enviado especial.)

LA TRAVESIA DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR EN UNA BALSA PREHISTORICA

La nueva "Kon-ti-ki"
española a punto
para la ruta de
la inmortalidad

Una aventura entre dos corrientes

EN el mes de mayo último, el profesor don Luis Pericot García, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, pronunció una conferencia en el Centro Cultural de los Ejércitos de la Ciudad Condal, a lo largo de la cual desarrolló su ya famosa teoría de que hace trescientos mil años el hombre paleolítico llegaba a Europa procedente del continente africano, por el sencillo procedimiento de cruzar el Estrecho de Gibraltar en balsas de troncos que, empujadas por las corrientes marinas, arribaban a las costas de España.

Es cosa archisabida que las teorías no siempre se ven confirmadas por la práctica. Cuando se especula con hipótesis más o menos fundamentadas, pero que no han tenido una confirmación real, la gente piensa invariablemente aquello de que «del dicho al hecho va mucho trecho».

Don Luis Pericot, intimamente convencido de que no hay error en sus afirmaciones —fruto de largos estudios y meditaciones—, deseaba, sin embargo, para que éstas quedaran demostradas de un modo fehaciente, que alguien se decidiera a sentirse hombre paleolítico e intentara llevar a cabo la misma hazaña que otros hombres realizaron muchas veces en una época perdida ya en sombras de milenios, y a la que incluso con la imaginación cuesta trabajo remontarse.

Existe en la actualidad una gran afición a las manifestaciones deportivas de cualquier clase que sean. La juventud gusta del deporte, del aire libre, de los grandes espacios: se siente atraída por la aventura que grita desde las cumbres montañosas o desde las simas profundas su llamada de desafío. En el caso concreto que nos ocupa, el ejemplo de la célebre «Kon-ti-Ki» estaba presente en el ánimo de to-

dos. ¿No habría nadie dispuesto a lanzarse al mar desde las playas de Marruecos, en un balsa primitiva con rumbo—o sin rumbo—a las costas españolas? No es que las palabras de Pericot en aquella conferencia constituyeran un reto, pero la idea encerraba en el fondo una velada invitación que quedó flotando en el ambiente.

APARECE EL PRIMER HOMBRE PALEOLITICO

Entre los que acudieron a escuchar la conferencia del profesor Pericot se encontraba Alberto Aizpún López. Alberto Aizpún es un navarro bastante calvo, de estatura corriente, delgado. No se trata precisamente de un atleta. Tiene treinta y cuatro años, es licenciado en Ciencias Exactas y desempeña el cargo de Jefe de Actividades Culturales del Sindicato Español Universitario de Cataluña y Baleares. Mesurado en el hablar, correcto, amable, no responde, desde luego, a la idea que uno puede tener del hombre paleolítico. Pero respondió, en cambio, a la invitación del profesor Pericot, ofreciéndose a llevar a cabo la travesía.

Cuando le he preguntado los motivos que le impulsaron a intentar la aventura balsística, no me ha dado una respuesta muy categórica.

—Sencillemente ha dicho—, yo pensé que la teoría del profesor Pericot era interesante y merecía la pena demostrarla prácticamente. Por otra parte, el tono en que se expresó en la conferencia parecía, en efecto, una llamada a la juventud, que alguien debía recoger, y yo lo hice.

No es fácil arrancarle más declaraciones al capitán de la «Tartesos» —la balsa se llamará

Los navegantes a «la época prehistórica», reconocen el sector de salida



De izquierda a derecha: Los héroes de la travesía: Ramón Serrano, Antonio Berini, Alberto Aizpún, José Antonio Larrinaga, Antonio Duró y nuestro enviado especial, Ruiz Catarineu

así—, porque, como ya he advertido, es hombre de pocas palabras. Alberto Aizpún, desde el punto de vista personal, no concede trascendencia a la empresa, y se muestra seguro de que la travesía terminará felizmente.

Pericot inició el asunto exponiendo sus teorías, y Aizpún ha sido después el verdadero promotor de la aventura, el hombre que se ha sentido capaz de demostrar las palabras con hechos. Pero no parece preocuparle que su nombre figure poco o mucho. No creo que busque la fama ni que le hayan movido intereses de tipo material. El ha enfocado la cuestión con sencillez, lo cual supone, a mi modo de ver, una garantía de éxito, aunque, naturalmente, hablar de éxito de la «Tartesos» es todavía prematuro. Pero conviene tener en cuenta que las grandes hazañas humanas —y esta travesía del Estrecho de Gibraltar en balsa puede ser una gran hazaña— se llevaron a cabo muchas veces por hombres modestos, que no daban importancia a lo que hacían.

Con la decisión de Aizpún se había dado el primer paso. El mismo se encargó de reclutar al resto de los expedicionarios —siete en total—, de los cuales me ocuparé más adelante. Faltaba tan sólo encontrar el dinero ne-



cesario para acometer la empresa, y esto se resolvió pronto. La Dirección General de Marruecos y Colonias acogió con entusiasmo la idea, y puso 40.000 pesetas a disposición de los navegantes, quienes emprendieron el viaje a Ceuta decididos a dejar en buen lugar a todo trance las teorías del profesor Pericot. Y yo me vine tras ellos.

OPINIONES PARA TODOS LOS GUSTOS

A partir de Algeciras, siguiendo la pista de los balsistas, empecé a oír opiniones acerca de la travesía. La verdad es que mientras cruzaba el Estrecho de Gibraltar a bordo del «Victoria», sobre un mar apenas ondulado por el soplo invisible de la brisa, pensaba que pasarlo en balsa no debía ser empresa de gigantes. De un lado a otro, las respectivas costas se divisan perfectamente en los días claros, y yo me imaginaba la singladura de la «Tartessos», como una especie de paseo en lancha por el estanque del Retiro.

Hablé con un marinero del «Victoria».

—No llegarán a España—opinó rotundamente.

Me quedé mirándole, sorprendido por la firmeza de su declaración. El marinero no parecía dispuesto a decir nada más, como si considerase innecesario explicar lo que para él no ofrecía duda alguna.

—¿Por qué está usted tan seguro de que no cruzarán el Estrecho?

No contestó directamente a mi pregunta, limitándose a lanzar otra afirmación tan rotunda como la anterior:

—Irán a las costas de Orán.

—¿Usted cree?

Apareció en su cara un amago de sonrisa y me miró con pena, suponiéndome, sin duda, un completo ignorante en cuestiones marítimas, suposición, por cierto, nada equivocada.

—Yo no veo—insistí—esas famosas corrientes.

Esta vez su sonrisa fué completa. Estábamos acodados en la borda y el marinero señaló un punto no lejano del mar, preguntando:

—¿No ve usted ahí una franja de agua más oscura?

—Sí.

—Pues eso es una corriente.

—Parece muy pacífica.

—A veces son tan fuertes que desvían incluso a los barcos grandes. La balsa no podrá cruzar.

—Pero si se procura dirigirla en sentido tangencial...

—Irán a Orán en el mejor de los casos—repetió.

—Dio media vuelta y yo me quedé allí contemplando el mar, tratando de penetrar ese misterio de sus corrientes, mientras el «Victoria», sin el más ligero balanceo, se acercaba al puerto de Ceuta, con su carga de turistas y su enorme panza llena de automóviles.

En realidad, la opinión de ese marinero coincide con la de casi todos los prácticos del Estrecho. Los pescadores, acostumbrados a navegar por estas aguas durante años y años, también se muestran de acuerdo con la teoría de que la balsa «Tartessos» será arrastrada hacia las costas de Orán. Esto, naturalmente, da más mérito al intento de Aizpún y sus muchachos, y en el caso de que consigan su propósito aumentarán las proporciones del triunfo.

No vayan ustedes a creer, sin embargo, que todo son opiniones contrarias a la teoría de Pericot. No faltan quienes aseguran que la empresa, con tiempo apropiado y vientos favorables, tiene bastantes probabilidades de salir adelante. Citaré también como contraste con el pesimismo de los pescadores, el comentario que hizo el gerente del hotel Atlante, de Ceuta. No sé si tendrá conocimientos marineros, pero es indudable que, al menos, está acostumbrado a contemplar diariamente el Estrecho desde la puerta del hotel, situado en un atractivo paseo que discurre junto al mar.

—¿Usted es periodista? —me preguntó—. ¿Y ha venido usted para escribir un reportaje sobre eso de la balsa? ¡Bah! Cualquiera chiquillo sería capaz de realizar la travesía. Aquí hubo dos muchachitos que desaparecieron un buen día, alarmando a todo el mundo, y resultó que se habían ido a Gibraltar en un esquife.

Dejando a un lado las oponio-

nes más o menos documentales de unos y otros, y colocando las cosas en un justo término medio, la verdad es que pasar el Estrecho no será fácil ni cómodo y con respecto al resultado final, se abre todavía un interrogante de misterio. Únicamente cuando la «Tartessos» se haga a la mar y haya transcurrido el número suficiente de horas, sabremos a ciencia cierta si las famosas corrientes le han sido propicias o no.

Aparte de las corrientes hay otros factores que pueden influir decisivamente en la travesía. Ocioso es decir que un temporal desencadenado súbitamente daría al traste con el proyecto y hasta podría poner en peligro las vidas de los esforzados tripulantes de la balsa.

El viento jugará también un importante papel y tal vez la niebla, si aparece, aunque ésta en menor escala.

LOS PALEOLITICOS EN TETUAN

Los componentes de la expedición habían pasado por Ceuta muy de prisa, casi sin detenerse, para seguir viaje a Tetuán, donde tienen que realizar las gestiones necesarias para obtener la madera con la que construirán la balsa. Y aquí pude localizarlos al fin, a los tres días de mi salida de Madrid.

Forman un equipo de lo más heterogéneo. De Alberto Aizpún ya he hablado antes. Yo esperaba que mi presencia y, sobre todo, mi propósito de hacer con ellos la travesía, le sorprendería un poco, pero no fué así. En realidad, Aizpún es hombre que, según he podido comprobar, rara vez se sorprende. Me preguntó únicamente que si sabía nadar, y cuando le dije que no lo bastante para enfrentarme con el mar, se quedó tan tranquilo. Más tarde me presentó a sus compañeros.

José Antonio de Larrinaga es el decano de la expedición. Por eso le cito el primero. Tiene cincuenta años y nació en Durango (Vizcaya). Es un hombre elegante, siempre preocupado de su persona, que se cambia de camisa todos los días y algunos días dos veces.

El polo opuesto —en edad, se entiende— lo forman Antonio Duró y Ramón Serrano, que sólo tienen veintidós años. Duró es de Andorra, pero reside, como todos ellos, en Barcelona, donde estudia Derecho. Según sus compañeros no se da mucha pisa en terminar la carrera. Es el que más habla —cuando coge la palabra no hay modo de meter baza— y su tema favorito de conversación son los automóviles.

En cambio, el otro benjamín, Ramón Serrano, graduado social, permanece casi siempre silencioso. Se ha incorporado al equipo procedente de un campo de trabajo del S. E. U.

Drís Jaladi Barnosi, profesor de árabe de la Universidad de Barcelona, tiene treinta años, una estatura más que corriente y abundancia de grasas. Nació en Branes —Marruecos francés—, y su familia reside aquí en Tetuán.

Hay uno que a pesar de tener anunciada su llegada desde hace días, aun no ha comparecido. Se trata de Jesús Bonet Belmonte, de treinta y un años, que estudia



Nuestro enviado especial presencia el trabajo de los navegantes en la playa. Todo parece estar a punto

en la Escuela de Periodismo barcelonesa.

Intencionadamente he dejado para el último a Antonio Berini Giménez, de treinta y un años, estudiante de Comercio y natural de San Antonio de Calonge (Gerona), porque es, a mi juicio, el que mejor «encaja» en la «Tartessos». Berini es de poca estatura, grueso, fornido. Muy nervioso, excelente nadador y jugador de rugby, tiene una impresionante capacidad gastronómica y puede permanecer durmiendo dos días como si tal cosa. Berini asegura —y yo lo creo— que si durante la travesía se cae alguno al mar, él se lanzará a sacarlo. También dice que buceará con frecuencia por debajo de la balsa para comprobar el estado de las cuerdas. Se muestra partidario —y lo bueno es que lo dice en serio— de hacerse a la mar aprovechando las condiciones meteorológicas más desfavorables. Por ejemplo, en medio de una tormenta, en lucha con los elementos. De este modo, según él, la cosa tendría más emoción y más mérito, extremo éste que nadie le discute, aunque, por fortuna, tampoco apoya nadie su pretensión. Berini, en fin, puede ser en la «Tartessos», con un poco de imaginación, lo más parecido al auténtico hombre paleolítico. Y digo esto en un sentido puramente admirativo.

RUEDA DE PREGUNTAS

Reunido con los miembros de la expedición que se encuentran aquí, inicio una especie de entrevista en rueda, sólo que al revés, porque en este caso ellos son la rueda, y yo parezco más bien el entrevistado que el entrevistador. Me interesa conocer, sobre todo, los motivos que tuvo cada uno para aceptar el requerimiento de Aizpún y alistarse voluntariamente en esta batalla contra el mar. Me interesa oír a los actores antes de que se alcé el telón de lo que puede ser comedia fácil o drama terrible, triunfo o fracaso. La representación hay que vivirla sobre el lomo azulado del mar, y sabe Dios cómo se deslizarán los diferentes actos de la misma.

Larrinaga —seguiremos dando primacía a la edad— es hombre que siente la atracción de la aventura. Le gusta el riesgo de lo desconocido.

—¿Nada más?

—Hay algo más, sí. Pero es una cuestión de tipo sentimental, muy íntimo.

Antonio Duró, el jovencito andorrano, se encuentra en este momento de mal humor. Cuando le hago la pregunta de ritual contesta como un rayo:

—Yo vine porque soy tonto.

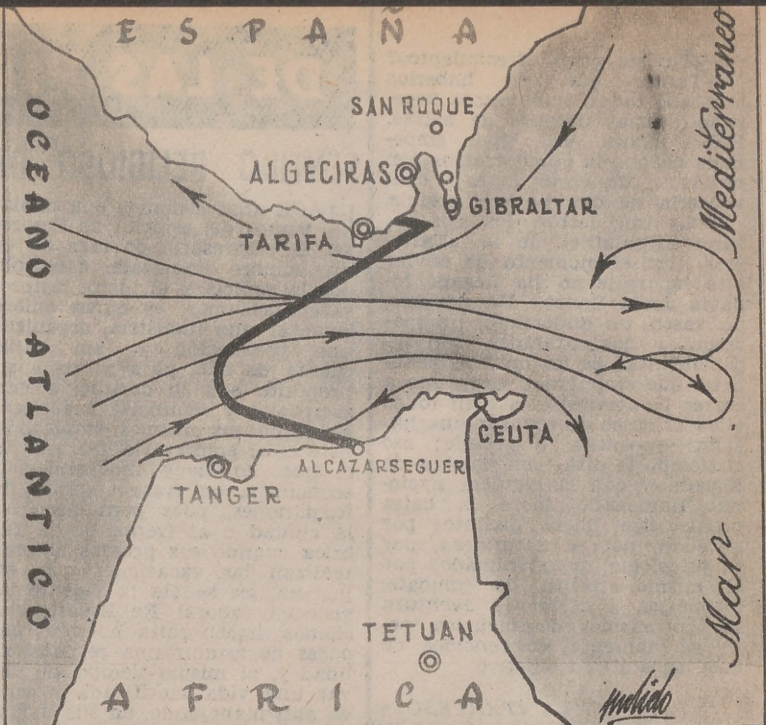
—Dejo la pluma en alto y le miro. Se pone muy encarnado, y luego empieza a hablar en tromba, como en él es costumbre.

—No publicarás eso, ¿eh?

—¿Por qué no? Si es el verdadero motivo...

—No, no. Es una broma. Yo acepté encantado, como todos, porque me gusta el mar, y el deporte, y el riesgo. Además, esta es una empresa de hombres. Y además, seremos los primeros que lo hagamos. Y además...

Hay que interrumpirle para que su disertación no dure hasta la



Sobre esta improvisada carta, también prehistórica, se aprecia la ruta que a través de la corriente del Estrecho realizara la «Kon-Tiki»

madrugada. Ya se le ha pasado el mal humor, y da la sensación de ser el más animado de todos, por lo menos el más vehemente. Si se menciona alguna posible dificultad encuentra en seguida argumentos para demostrar lo contrario. Si se habla de que la cosa puede salir mal, afirma que todos son unos pesimistas y que le importaría un comino embarcar él solo.

Siguiendo este breve interrogatorio, entra en turno Ramón Serrano, que tiene siempre en los labios una sonrisa socarrona.

—En primer lugar —responde— acepté porque me lo dijo Aizpún, y yo con Aizpún voy adonde sea.

Esta respuesta da lugar a un aluvión de comentarios guasones por parte de los otros.

—Menos coba al jefe—dice uno de ellos.

Serrano, sin inmutarse, me expone un segundo motivo, que, francamente, no me esperaba.

—La travesía del Estrecho puede proporcionarme material para escribir.

—¿Escribir qué?

—Una novela.

—No sabía que fueses novelista.

—Y no lo soy, pero intento serlo.

El hombre paleolítico, Berini, rara vez habla en serio.

—Yo he venido para fastidiar a Larrinaga.

—Espiéndolo motivo.

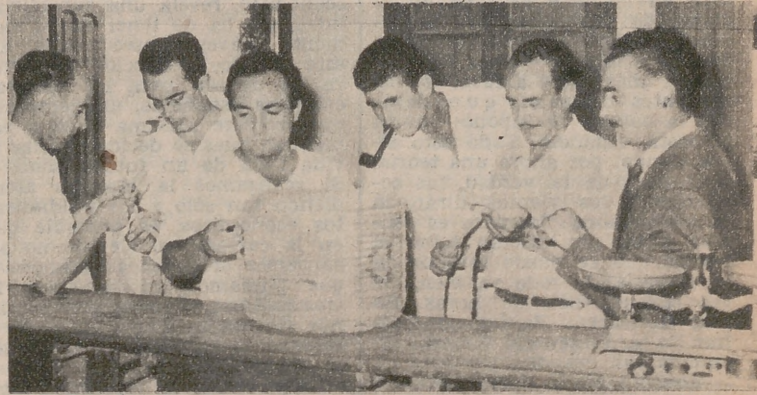
—Pero además de eso, por mi afición a la náutica. Soy el mejor remero de España.

—Tengo entendido que en la balsa no habrá que remar.

—No importa. La cosa es estar en el mar. Si tuviéramos la suerte de que nos cogiera una buena tormenta...

El marroquí Dris Jaladi, reclamado por obligaciones familiares, no estaba presente en esta conversación. Es lógico que teniendo aquí la casa conviva menos con los otros hasta el momento de la partida.

—A Dris Jaladi— me informa Aizpún— le conocí el año pasado en el Albergue Universitario de Navia, del que yo era jefe. Es un hombre de empuje y nervio. Pensé que podría sernos muy útil por su conocimiento de Marruecos, y le propuse que viniera. Aceptó sin vacilar.



Los héroes del Estrecho comprueban concienzudamente la calidad y resistencia de las estachas. De ellas dependerá tal vez el buen éxito de la empresa

—¿Tuviste otros ofrecimientos?
—Tantos que, de haberlos aceptado todos, hubiéramos necesitado varias docenas de balsas. Había incluso una chica empeñada en que la admitiéramos con nosotros. Me costó trabajo convencerla de que no era posible.

Estos son, lector, los seis futuros tripulantes de la «Tartesos». (En el momento de enviar este reportaje no ha llegado todavía Jesús Bonet.) Un navarro, un vasco, un andorrano, un marroquí y dos catalanes. Con independencia de los motivos personales que empujan a cada uno a correr la aventura, late en todos ellos el deseo de realizar una hazaña —pequeña o grande; eso el tiempo lo dirá— en nombre de España y con la bandera nacional flameando sobre la balsa prehistórica. Tipos distintos por su edad, por su naturaleza, por su psicología, pero animados por el mismo espíritu de combate, dispuestos a correr la aventura sin optimismos desquiciados, pero serenamente, convencidos de que lograrán su objetivo.

LA «TARTESOS»

La balsa estará formada por tres troncos de pino de siete metros de largo, en sentido longitudinal, de unos 40 centímetros de base por 20 de punta. En sentido horizontal, otra serie de troncos de cinco metros, completamente unidos, formarán encima la plataforma de la «Tartesos», que llevará también una especie de choza, con techo de ramaje, que permita en determinados momentos a los tripulantes protegerse del sol y del viento. La comida estará formada por conservas, principalmente galletas. Un farol servirá en la noche de punto de referencia a los barcos que puedan encontrarse en la ruta, y como únicos instrumentos de navegación se construirán unas palas primitivas, iguales a las utilizadas por los hombres prehistóricos. En pocas palabras, ésta será la «Tartesos». Los preparativos llevan un ritmo más lento de lo previsto y no es posible calcular por ahora cuándo estará la balsa en disposición de partir.

En cuanto al plan de navegación, puede observarse en el gráfico que se inserta. Las líneas señalan la dirección de las corrientes que, junto a las costas, se dirigen al Atlántico, y en el centro del Estrecho, al Mediterráneo. La idea, adoptada después de un detenido estudio, consiste en lanzarse al agua en la playa de Alcazarseguer, procurando navegar primero en dirección al Atlántico —línea negra— y virar más tarde a favor de las corrientes centrales, que llevarán la balsa —se supone— hacia la costa española. Todo esto sigue siendo, por ahora una teoría. A la hora de la verdad, las corrientes y los vientos dirán la última palabra. Tampoco es sencillo hacer un cálculo sobre el tiempo que se puede invertir en la travesía. Si todo va bien, tal vez sea cuestión de horas. En caso contrario... Será mejor confiar en la Virgen del Carmen. El mar es tan grande...

Joaquín RUIZ CATARINEU
(Enviado especial)

DE LAS PIEDRAS, PAN

SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA PROFESIONAL

HACE unas semanas que habíamos del espíritu de Empresa. El empresario de raza no es un hombre impulsado tan sólo por la codicia y el lucro. Empresario, decíamos, es quien quiere levantar una industria, organizar una producción y, sin darse cuenta de ello, para servir a su propósito o a su destino, acepta sacrificios y renunciaciones superiores a las de sus mismos empleados. Este es el empresario de raza. Es el que no tiene independencia económica, en frase chistosa de Romanones, pues permanece en la ciudad o al frente de su fábrica cuando sus propios obreros realizan las vacaciones que, en justicia, les señala la vigente legislación laboral. En España, decíamos, hacen falta hombres capaces de asumir una responsabilidad y, al mismo tiempo, de llevar una vida sacrificada y activa aun manejando, en sus industrias, muchos y muchos millones. La imagen cinematográfica del millonario que se entretiene en todos los deportes imaginables y en todas las aventuras posibles, no va a la realidad y a la necesidad de nuestro país, que debe levantar aún de nivel su industria privada. He aquí por qué decíamos que la vocación de empresario es una vocación de servicio a la colectividad, abnegada y aun espiritual, y que, en este sentido, la querriamos ver seguida, por más amplios sectores de nuestra juventud.

Lo que afirmábamos del espíritu de Empresa, podría aplicarse a las demás profesiones. ¿Las profesiones, en España, son servidas con auténtica vocación, con auténtico espíritu? He aquí una pregunta cuya contestación nos podría dar la clave de muchas situaciones incoherentes, de muchos fallos e imperfecciones en nuestra vida social. Creemos, personalmente, que muchas veces perdemos el sentido religioso que toda profesión tiene. Toda profesión es religiosa, porque nos religa, nos une, a los demás y a Dios. Una actividad profesional no es tan sólo un hacer movido por la necesidad de «ganarse la vida». Es un hacer que constituye el rostro que los demás ven en nosotros. El hecho de que juzguemos las profesiones atendiendo tan sólo a su rendimiento económico, revela una superficialidad que ha de tener en su momento graves consecuencias. En este sentido, la elección de carrera ha de ser, para las familias católicas españolas, una empresa que requiere máxima tensión espiritual, pues se decide en ella la vida toda de un futuro hombre. Si realizamos la elección atendiendo tan sólo a los rendimientos económicos, es probable que en la carrera así elegida no alcancemos el desahogo económico que buscamos, ni tan sólo la tranquilidad, el sosiego, de sentirnos vinculados dignamente a nuestra tarea, propio de quienes la ejercen con vocación.

La profesión es, repetimos, algo profundamente religioso. Aun di-

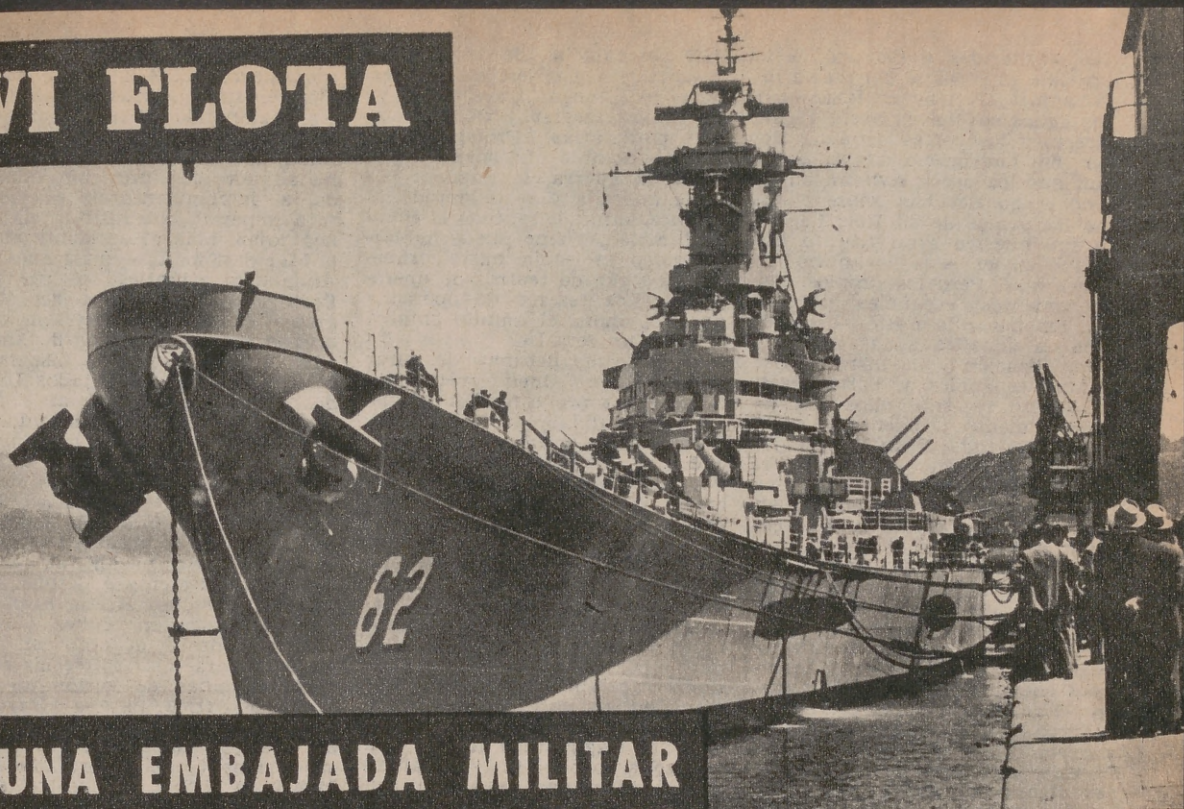
riamos más: algo profundamente sagrado. «Sagrado—escribe Gustave Thibon—es todo aquello que tiene un valor por sí, que no está en el comercio de los hombres, que no se puede comprar y vender.» He aquí porque no nos podemos dejar comprar por los beneficios que se obtengan en determinada actividad para la que no tengamos auténtica vocación, a la que nos llame un auténtico destino. Un Ejército se pierde, la familia se pierde, el pueblo se pierde, viene a decir Peguy, cuando el que está en una situación determinada, intemporal, la juzga en un sentido temporal y comienza a pensar lo que él hubiese sido, lo que él hubiese hecho, qué matrimonio habría contraído, lo que él ganaría en la misma hora, qué situación social habría alcanzado, si no hubiese hecho la tontería de dejarse seducir, de elegir, de enamorarse de aquella mujer, de aquella profesión de aquella actividad. Efectivamente, podríamos decir que la judicatura se desmoronaría si los jueces y magistrados se preguntaran cuánto ganarían si no fuesen jueces o magistrados; y el sacerdocio perdería nervio y efectividad apostólica si los sacerdotes se preguntaran cuánto ganarían si no fuesen sacerdotes. Cuando las actividades que obedecen a un destino, a un sentido sobrenatural y eterno, son juzgadas con criterios puramente temporales, estas actividades se vacían de sentido y pierden su jerarquía espiritual y humana.

La superioridad moral del empresario de raza reside en la pobreza voluntaria que acepta en beneficio de su industria. Ya sabemos que esto de la pobreza es siempre relativo: un gran industrial puede ser un hombre sacrificado y austero, a pesar de utilizar varios coches, de vivir con cierta comodidad, si renuncia a muchas y muchas cosas que le serían posibles, en beneficio, por ejemplo, de sus obreros, e incluso de la prosperidad y de las reservas de su Empresa.

Sólo por el sacrificio y por la concepción religiosa de todas las profesiones, puede la sociedad entrar en un periodo de más justo equilibrio. No es el dinero quien lo ha absorbido todo. Somos nosotros quienes nos hemos lanzado en el terreno propio del dinero. Y si nos lanzamos a este terreno, el más material, es justo que el poder económico sea el predominante. En otras épocas existían instituciones, profesiones, aparentemente modestas, que ocupaban un rango y una categoría superior al que da una gran riqueza personal. Hoy, muchas de estas profesiones se han comercializado y, por lo tanto, no sería justo que atribuyesen a los demás su propio y voluntario suicidio. He aquí por qué, ante el próximo año escolar, nos parece que es oportuna una meditación a fondo sobre las carreras, sobre el misterio y la dimensión sagrada de toda actividad profesional.

Claudio COLOMER MARQUES

VI FLOTA



UNA EMBAJADA MILITAR PERMANENTE DE ESTADOS UNIDOS EN EL MEDITERRANEO

Si hay dentro del ámbito geográfico mundial algo cuyo valor prevalece siempre, ello es el Mediterráneo. He aquí, en efecto, un mar a cuyas orillas brillaron antaño las más espléndidas civilizaciones y que no renuncia nunca a mantener la primacía de su importancia en la carta del mundo. Allí, junto a sus aguas, en efecto, surgió magnífica la civilización levantina en Asia, desde donde se extendería luego por el Egeo a Grecia y más tarde a Roma, que hizo de aquéllas su «Mare Nostrum». Por el reborde meridional de la gran cuenca caminó rápida hacia el Occidente, con los árabes, otra nueva cultura que del Oriente vino también y, en fin, sobre las aguas azules del viejo mar latino cruzaron las naves de los comerciantes de las Repúblicas italianas, y las españolas mantuvieron a raya la expansión del infiel. El antiguo Mediterráneo, el de la civilización clásica, el del medioevo y el de la Edad Moderna, incluído, repleto de historias y de gloria, importa e interesa hoy, sin embargo, a la política universal mucho más que nunca. Ya no puede ser un «charco» a cuyo torno croaran las ranas, tal como se le imaginara graciosamente Platón. Hoy el Mediterráneo, resucitado en toda su importancia histórica como nuevo Ave Fenix, centra como antaño la atención de los estadistas y estrategas del globo. Y es que el Mediterráneo, que comenzó siendo en el más remoto pasado algo así como un «patio» de la también más vieja civilización de su tiempo, se ha convertido hoy en plataforma central del universo, en inmensa placa giratoria de las comunicaciones

del orbe, en camino, en fin, que une a la vez Europa y Africa y, sobre todo, al Occidente con el Oriente, resultando así enlace a la vez entre dos mundos y entre dos hemisferios.

Quede dicho ello por delante, porque si al mundo entero le preocupa e interesa actualmente el destino del mar, a ninguna potencia de la tierra puede esto interesarle y preocuparle tanto como a España, al fin potencia mediterránea por su situación, por su geografía y por su historia y hasta por su economía primordial.

UN MAR TURBULENTO

El Mediterráneo es, como su nombre indica, un mar interior, un «mar entre tierras», que es lo que literalmente quiere decir tal nombre. Pero el Mediterráneo nuestro es el Mediterráneo por antonomasia. Mucho más Mediterráneo en lo geográfico, por su mera estructura fisiográfica, que esos otros Mediterráneos que se llaman americano o mar Caribe, o asiático, o mar del Japón. Y, por añadidura, más importante aún que éstos también. El Mediterráneo, en fin, es un mar que cubre unos tres millones de kilómetros cuadrados con sus aguas; esto es tanto como seis veces la extensión de nuestra Patria. No es tan extenso como el mar de las Antillas, pero sí es siete u ocho veces mayor que ese otro Mediterráneo europeo que se llama el mar Báltico o que el activo mar del Norte, Mediterráneo al fin también.

El Mediterráneo es, a su vez, la cuenca marítima de una región mundial sita entre tres partes del mundo: Europa, Asia y Africa.

Toda esa gran región mediterránea mide ya cerca de nueve millones de kilómetros cuadrados; esto es, casi toda Europa, y de cuya superficie, la mayor parte —más de la mitad, exactamente 4.500.000 kilómetros cuadrados—, son tierras africanas, 1.800.000 europeas y sólo 600.000 asiáticas. Países todos afines, en cierto modo, a los que no sólo el mar común relaciona entre sí, sino que unifica también con sus producciones y economía primaria, los mismos frutos santos que sirven de base a nuestra liturgia cristiana: el trigo (pan), el vino y el aceite.

Sobre su gran eje, que sirve al tráfico entre los dos hemisferios, el Mediterráneo mide unos 4.000 kilómetros de Gibraltar a Suez. Pero el corredor azul tiene amplitud muy variable: de Francia a Argelia hay 800 kilómetros de distancia; de Grecia a Egipto, apenas la mitad. Pero el corredor mediterráneo se angosta mucho más en el Estrecho de Sicilia, en donde las costas insulares de aquella tierra europea no distan de las continentales norteafricanas apenas más que 140 kilómetros. Y la angostura, en fin, se hace mínima en el españolísimo Estrecho de Gibraltar, embocadura del no menos español Mar de Alborán —no en vano llamado por los antiguos cartógrafos Mar Ibérico—, que a la postre es también el cuello de esa gran botella marítima que es el Mediterráneo.

Sobre el Mediterráneo, y en el Mediterráneo, España tiene sus intereses más vitales. Los tuvo, en realidad, siempre. Pero los tiene hoy más intensos y más primordiales que nunca. En realidad, sin embargo, el Mediterráneo fue siempre históricamente un mar turbulento. Los pueblos púnicos se enseñorearon en él; primero, Fenicia; luego, Cartago. Incluso cerraron su salida a todas las naves que no fueran propias, para reservarse para sí el tráfico con

las Casitéridas y Guinea. Roma arrebató el dominio del mar a los cartagineses. Aragón lanzó por sus aguas sus naves hasta Italia, Grecia y las costas de Asia. Roger de Lauria no aceptaba ni aun que los peces vivieran en su seno si no llevaban sobre el lomo las armas de su Rey. Lepanto fué nuestro gran triunfo imperial en el seno levantino de aquel mar. Pero los propios descubrimientos españoles parecieran amenazar la misión hegemónica de aquellas aguas cargadas de civilización y de historia. Los nautas españoles y portugueses, en efecto, y tras ellos los de otras marinas occidentales europeas —Holanda, Francia e Inglaterra— aprendieron pronto el camino de América. El Nuevo Mundo se ofrecía espléndido en realidades y esperanzas. Las corrientes del Estrecho de Gibraltar, por otra parte, facilitaban bien poco a las naos de aquel tiempo la aventura de lanzarse al Atlántico desde el Mediterráneo si no era ello con un viento favorable. Las marinas mediterráneas comenzaron así a languidecer. Por su parte, los privilegios otorgados a Sevilla y a Cádiz parecía debían dar al traste con el viejo esplendor de los puertos levantinos peninsulares. Por entonces comenzó a librarse, en realidad, la primera batalla del océano, que la historia debería luego reproducir tantas veces. El Mediterráneo parecía entregado al olvido. Su reinado, en la geografía de la actividad internacional, se podría suponer vencido. Y, sin embargo, no ocurrió ello así. Bastó que Fulton aplicara el vapor a la navegación, para que las adversas corrientes imperantes en el Estrecho de Gibraltar no significaran, en lo sucesivo, ningún obstáculo formal para la navegación. Por otra parte, Lesseps, al abrir el canal de Suez y al acortar, de este modo, casi la mitad la distancia del occidente europeo a la India y al Extremo Oriente, había convertido al Mediterráneo, de un golpe decisivo, de un antiguo mar interior, de un «casi lago», en un amplio pasillo; en un verdadero nexo de unión de Oriente con Occidente. El Mediterráneo recuperaba, de un prodigioso salto, su lugar prevaeciente en la carta internacional de las comunicaciones.

UN PROBLEMA EN EVOLUCION CONSTANTE

He aquí algo que en el orden militar debería tener, naturalmente, una singular repercusión y una excepcional trascendencia. Y hoy más que nunca. Porque, en efecto, hubo antaño un tiempo en que la guerra tenía carácter meramente local. Se hacía, sobre todo, táctica, por así decirlo. La guerra tuvo durante muchos siglos así límites geográficos tan reducidos, que casi podría decirse que era un fenómeno militar topográfico. No tenía, ni siquiera, dos kilómetros el viejo frente de batalla de Aníbal en Cannas. Las mismas batallas de la edad moderna se libraban sobre horizontes poco más amplios. Sólo ya en los días de Napoleón la guerra afectó a escenas más altas. La palabra estrategia, en realidad, es muy reciente, aunque el origen etimológico del vocablo sea muy remoto. Antes de la primera guerra mun-

dial se hablaba de táctica, de gran táctica y de estrategia. Después de la segunda se habla ya de «geoestrategia» y de «estrategia planetaria». Preferimos el primer nombre. La paz, y por tanto la guerra, le importa por igual ahora a todo el mundo. Y la hace, fatalmente, todo el mundo también. Ya no puede hablarse, como se hacía hasta primeros de siglo, de teatros de operaciones. Los teatros de operaciones son ahora el mundo entero; el atlas universal.

Es así como debemos de mirar este problema mediterráneo, al igual que tanto otro. Un problema, en realidad, en el que entran muchos y varios factores y que está en evolución constante. Se haría, en efecto, tan mal en creer esta cuestión mantenida dentro del viejo «statu quo» de antaño como en suponer que los factores que la afectan no han variado a su vez.

La política mediterránea —al fin, una secuela de la política europea y hasta de la política mundial—, por cuanto decimos, ha variado radicalmente en los últimos tiempos hasta el punto que hay que enjuiciarla con puntos de vista originales y nuevos. Un vistazo a todo el inmenso ámbito mediterráneo nos llevaría pronto a esta conclusión, aunque el examen sería largo y prolijo. Múltiples factores políticos y militares, en efecto, no sólo han variado, sino que están en constante evolución actualmente en torno del viejo mar. Inglaterra y Francia han abandonado los territorios que ocasionalmente poseyeran en Levante. Ha surgido Israel. Es una realidad la Liga Árabe y el despertar de Egipto, cuyo país abandonan los soldados ingleses al fin. La cuestión del petróleo del Oriente Medio ha entrado en liza. La propia situación asiática, en general, y en el Extremo Oriente, en particular, repercute fundamentalmente sobre el problema mediterráneo, ya que Suez es el camino del mundo oriental. Los Balcanes, y principalmente los intereses de Grecia y Turquía —aunque orientales, potencias de la N. A. T. O., esto es de gravitación política y estratégica occidental— tienen una ubicación mediterránea. Los estrechos —la larga angostura que comienza en el Bósforo y termina en los Dardanelos— constituyen el objetivo ansiado por Rusia, desde los días imperiales de Pedro el Grande y de Catalina II. Italia es, asimismo, potencia mediterránea, bien centrada en la cuenca de este mar. Albania es un enclave comunista en el Adriático. Yugoslavia es también potencia adriática, con una política interna comunista y una exterior occidental. Trieste está en el seno de ese mismo mar. Al sur del Mediterráneo, Libia surge como primera nación independiente norteafricana; Francia es igualmente a España, un país bimarítimo; sobre el Mediterráneo tiene a su gran puerto metropolitano, Marsella, y, en sus aguas, la provincia insular de Córcega. Más al Sur surgen, en plena cuenca marítima de este mar, las islas italianas de Cerdeña y Sicilia, y más allá, en fin, un imperio afroalago, en plena ebullición interior. Al occidente, en el extremo oeste del mar, dominando su acceso, España y, al otro lado

del Estrecho, su protectorado nortemarroquí. Allí están, también, en fin, nuestras Islas Baleares. Jalonando el paso, que el Mediterráneo constituye, en realidad, de Oeste a Este, Inglaterra ha situado, con previsión talmaida, el jalonamiento de su vieja ruta imperial, que intitula (da línea roja). Más al occidente aún, el Mar de España —entre nuestra Andalucía atlántica, el sur de Portugal y a poniente del Mogueb— es como la antesala del océano inmenso, camino de América, que abrieran los hispanos. Más lejos aún, los Estados Unidos y los pueblos hermanos del Nuevo Mundo; la Hispanidad, por último, con su fe, su sangre y su lengua afines a la nuestra.

Francia no influyó gran cosa antaño en el Mediterráneo. Lo hace singularmente sólo cuando inicia, con la conquista de Argel, en 1830, su actuación africana, que Bismark alentaré después de 1870. En 1881, en efecto, Francia pone los pies en Túnez y, en 1902, tras de un acuerdo con Inglaterra para distribuirse las respectivas zonas de acción en el norte de África, pasa a Marruecos, de donde va prescindiendo de nuestros derechos a través y sucesivamente de los tratados de 1904 y de 1912, y a la postre ¡sin tratados también!

Inglaterra —ahora se ha recordado— hace dos siglos y medio nos despojó de Gibraltar, cuya posición sigue manteniendo contra todo derecho y contra toda razón. En 1801, se situó en Malta. Tras la apertura del canal de Suez se apresuró igualmente a establecerse en Egipto, en 1882, en donde ha permanecido hasta ahora. En Chipre se instaló cuatro años antes.

Italia, la más joven de las potencias mediterráneas occidentales, ya que no realizó su unidad hasta 1870, saltó a Libia, en 1911, en donde permaneció, con alternativas muy diversas, hasta que el régimen fascista consolidó y completó la ocupación hasta la última guerra.

ESPAÑA, POTENCIA MEDITERRANEA

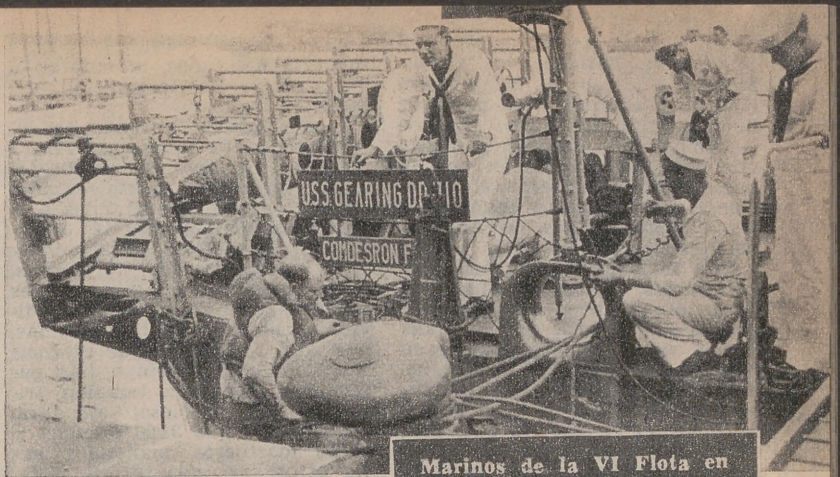
España es, sin embargo, la más vieja y capital potencia mediterránea. Domina el acceso de este mar. De aquí la transcendental importancia de su situación. Tiene, en su seno, cual centinela avanzado, el archipiélago balear. Su historia es, en gran parte, mediterránea también. Más de la mitad de las costas peninsulares españolas, mediterráneas son igualmente. De los cuatro millones y medio de toneladas importadas en 1951, más de dos millones y medio entraron por las costas catalanas, levantinas y andaluzas de este mar; del mismo modo que de los tres millones ochocientos mil toneladas exportadas, un millón ochocientos mil salieron por el mismo litoral.

Entre los grandes puertos comerciales españoles son mediterráneos los de Barcelona —el más importante—, Valencia, Málaga, Alicante, Almería, Castellón y Tarragona. Mediterráneos son también nuestros puertos militares de Cartagena, Palma de Mallorca y Mahón. Y Cádiz, si es atlántico en realidad, es también un centinela puesto a la entrada de aquel mar.

Sobre el borde del Mediterráneo

neo se extienden las grandes concentraciones industriales de Cataluña y Valencia; las ricas y feraces vegas catalanas; las «huertas» ubérrimas de levante y las óptimas «hoyas» del sur andaluz. En Africa está España, en realidad, desde siempre. En 1640, al separarse Portugal de España, Ceuta quedó voluntaria para nuestra Patria. Melilla fue ocupada en 1497, cinco años después de la ocupación de Granada, y antes incluso de la incorporación a España de Navarra. En 1678 fue conquistada Alhucemas, mientras que Vélez lo había sido anteriormente, en 1508. Las Chafarinas, la última tierra española incorporada como tal a nuestra nación, lo fué en 1848, poco después de haber puesto el pie en Argelia los franceses, que por cierto se disponían a poseerla.

El Mediterráneo ha sido, por todo, un mar capital en nuestra geografía, en nuestra historia y, por tanto, en nuestra estrategia nacional. Pero nuestra política, sin embargo, no lo entendió desgraciadamente siempre así. A decir verdad no faltaron jamás tampoco los intereses extranjeros empeñados en provocar desvíos a nuestra natural inclinación. Una historia breve de nuestra política mediterránea moderna distinguiría claramente cuatro etapas. La primera, la más antigua, de los comienzos de la Edad Moderna, es activa. La inspiran y alientan los Reyes Católicos. Fernando es el paladín de la política aragonesa tradicional que mira, con preferencia, al viejo mar. Isabel es el complemento, cuando piensa, sobre todo, en Africa y en Gibraltar. Y hasta nos lega en su testamento la norma de una política para nosotros eterna. La segunda etapa de ese pasado español en el Mediterráneo es, por el contrario, adversa, aspira a una astuación restringida. Carlos V piensa preferentemente en Europa. Su política es eminentemente continental. Nuestras armas se emplean a fondo, en defensa del ideal de nuestra fe, en los campos de batalla de todo el occidente europeo. La tercera etapa de nuestra política mediterránea llega con los Borbones y es lamentablemente abandonista. Su signo es negativo. Se piensa en recuperar Argel, pero para destruirle luego y abandonarle. Se decide la voladura de Vélez, cuya resolución extrema no se realiza por un gracioso deslíz de nuestra burocracia, que instruye un expediente administrativo al efecto, confundiendo este Peñón con el de Alhucemas. Se ceden Orán y Mazalquivir. La cuarta y última etapa, cuando otros —ya lo hemos visto— se aprovecharon bien de nuestro desmayo, pretende iniciar una recuperación. El signo se hace esta vez positivo. Pero se camina, al principio, con mucha dificultad y vacilación. En 1860 es la guerra de Africa. Luego la pacificación y colonización de Marruecos. Anhelos de acción exterior; propósitos de pesar, como corresponde, en la política del Mediterráneo. Son los días de Maura; con la entrevista de Cartagena y la ley de la primera escuadra. Desgraciadamente una acción no siempre suficientemente perseverante y, sobre todo, no



Marinos de la VI Flota en las faenas de amarre en Barcelona

intensa y diligente. Las potencias que debían de ser amigas no les interesa lealmente nuestra amistad; prefieren interferirse y postrarnos. Es el modo de lograr permanecer en Gibraltar; de arrebatár Tánger a la zona del protectorado nortemarroquí; de obstaculizar hasta el máximo, nuestra acción en Marruecos. En definitiva, a las potencias occidentales —Inglaterra y Francia— les interesa más una España débil que una España amiga, pero fortalecida. No pasamos, cuando más, del rango de «hermana menor». Han sido así nuestros días, los que siguieron venturosos a la guerra de Liberación, cuando, bajo la diestra y firme política de Franco, España ha ganado rápidamente el terreno perdido por tanta incuria, por tanta obstrucción y por tanto tiempo. España se mantiene unida; surge fuerte; junta del brazo con Portugal, dueña de sus destinos; dando, en Africa del Norte, una lección política a los que se suponían maestros. España se renueva y España renueva, por consecuencia, su política exterior. He aquí lo que surge cuando tanta otra potencia interesada antaño por los destinos del viejo mar ven decrecer su prestigio y vacilar su fuerza. Cuando Francia abandona Indochina y tiene en agitación a toda Berberia. Cuando Inglaterra —que como Francia, ha abandonado también sus posesiones en el levante mediterráneo— sale de Egipto y ve vacilar la fir-

meza de su misma posición en Chipre y en Malta incluso, y cuando España invoca sus irrefutables derechos sobre el Peñón. Es el momento, también, en que el oso ruso muestra feroz sus dientes, y la ambición y la violencia resultan ser normas habituales de Moscú. Es el momento, igualmente, de la máxima debilidad italiana y aun de Francia y de Inglaterra misma, que ha perdido fatalmente la primacía de su poder naval y ve resquebrajarse su Imperio. Es el instante, en fin, de que los Estados Unidos hayan recogido en sus manos el tridente de Neptuno y reemplazado a Albión en su ya tres veces secular hegemonía marítima.

Surge así una nueva potencia mediterránea: Norteamérica. Ciertamente, los Estados Unidos no poseen en las orillas de este mar una sola hectárea de terreno propio. Ni felizmente pretenden poseerla. Pero la más grande potencia de todos los tiempos; la más grande potencia naval, como decimos, de los actuales, no puede naturalmente desentenderse de los problemas políticos y militares del Mediterráneo, que ya no es el viejo mar interior que definen las geografías y del que nos hablan las historias antiguas, sino, como insistimos, el gran colector naval que relaciona entre sí al Occidente y al Oriente. De aquí que los Estados Unidos estén atentos al desenvolvimiento y al fortalecimiento de las potencias amigas que tienen en dicho mar; ayudando económica y militarmente a Grecia y Turquía. De aquí que los Estados Unidos quieran orden y tino en toda la cuenca de este mar; en Egipto, en el Oriente Próximo, en el norte de Africa y en el sur de Europa. De aquí que los Estados Unidos hayan destacado al Mediterráneo en cuestión una gran escuadra propia, su VI Flota, con carácter de constante permanencia.

UNA EMBAJADA MILITAR PERMANENTE

La VI Flota es así una embajada militar permanente de América en esta enrucijada de caminos entre Europa, Asia y Africa, que es, a la postre, el Mediterráneo. Unas fuerzas navales —«Task Forces»— con misión expresa montan la guardia allí. Todos los almirantes yanquis lo han repetido; Washington quiere mantener expresamente a través de esta formidable escuadra mediterránea que enarbola el pabe-



Marinos americanos en la verbena madrileña

lón de las bandas y de las estrellas, el deseo de la poderosa República americana de paz y de buena voluntad, pero también —¡también!— advertir a Rusia que toda extralimitación por su parte tendría enfrente el poder colosal y la voluntad unánime de los Estados Unidos de América del Norte.

Esta flota, en fin, es como una vanguardia militar yanqui. Puede acudir al fuego que provoque suicidamente Rusia, donde quiera que sea, siempre que ocurra en el seno del Mediterráneo mismo. Esta escuadra constituye al efecto algo así como un gran ejército flotante, ya que no solo está constituida por navios numerosos y modernos, sino también por una poderosa aviación embarcada y por un cuerpo importante de desembarco: los «marines». Algunos ejercicios de semejante acción conjunta han sido realizados ya últimamente, por ejemplo, en el supuesto de una agresión soviética en los Balcanes y de un apoyo inmediato a Grecia y a Turquía. Las potencias occidentales han de sentir, por tanto, el alivio de ese apoyo inmediato ante la contingencia de cualquiera súbita agresión por parte de la U. R. S. S.

Esta flota americana del Mediterráneo tiene por característica especial su constante movilidad. Sus unidades se reemplazan, como sus tripulaciones, periódicamente. Al Almirantazgo yanqui le importa mover mucho sus buques y hacer conocer a sus tripulaciones todos los mares del mundo.

Durante algún tiempo la VI Flota, sin embargo, no tocó en puertos españoles, y eso que se brindan espléndidos y seguros como ningún otro en el Mediterráneo. Pero bastó que en la Casa Blanca se comprendiera a España, como se comprendió ya antes en el Pentágono. España, para los Estados Unidos debía de ser así —y no somos nosotros quienes primeramente lo afirmamos—, no una aliada más, sino la más sólida y mejor de las aliadas. Al fin, ningún país del mundo gana al nuestro, ni en experiencia, ni en oposición al régimen comunista. Y Franco, sobre ser un gran estadista, es también un gran soldado. España aparece así a los ojos de Washington actualmente, como un estado monolítico interior, vocacionalmente anticomunista, sano de moral y poseedor de un Ejército aguerrido y valiente. Justamente, cualidades nada frecuentes, por desgracia, allá del Pirineo. Y con el pacto felizmente firmado en el palacio madrileño de la plaza de Santa Cruz los barcos yanquis comenzaron a frecuentar nuestros propios puertos. Por primera vez, en enero de 1951 la VI Flota abordó el litoral mediterráneo hispánico. La visita se repitió en agosto del año siguiente. Pero desde 1953 estos arribos felices se han reiterado tanto, que hasta el momento once veces los buques americanos destacados en aguas mediterráneas han visitado ya los puertos españoles. Últimamente, apenas hace unos días, coincidía con estas visitas levantinas la llegada de otros dos buques, ajenos a la VI Flota a Santander: un barco escuela y un portaaviones que envió los aparatos a Parayas para que, en vuelo, desde aquel ae-

ropuerto montaños, marcharan a los campos de instrucción del interior.

Una estadística curiosa cita durante todo este tiempo, de 1951 a la fecha, la presencia en Barcelona —principal puerto español visitado— de nueve grandes portaaviones americanos, 12 cruceros, 35 destructores, siete submarinos, otros tantos torpederos, cinco dragaminas, tres buques tanques, dos transportes y diversos barcos auxiliares más, hasta un total de 94, de diversas clases. Al mismo tiempo, han pasado por Barcelona, también, tripulando esta colosal escuadra, nada menos que 3.300 oficiales y 48.000 marineros, mandados, entre otros comandantes de flota, por los almirantes O'Beirne, Casady, Garduer, Ballentine, Comb, Brown, Masehouse y Cruse. ¡Hasta este punto es activa y potente la rotación de la flota mediterránea americana! Y es que América no desconoce, naturalmente, el valor inmenso del Mediterráneo. Los Estados Unidos mismos figuran, por la intensidad del tráfico internacional, en un lugar preferente del movimiento del canal de Suez y sobre todo de el del Estrecho de Gibraltar.

LA VI FLOTA EN PUERTOS ESPAÑOLES

Bien venidos, en efecto, sean los marinos yanquis a nuestros puertos. Para ningún país como para España, esta visita puede ser tan grata. Los españoles nos identificamos singularmente con estos marinos, centinelas de la paz y guardianes del anticomunismo; precisamente porque, como ningún otro pueblo, amamos la paz y repudiamos el marxismo rojo. Esto último, sobre todo. Porque si la agresión comunista surgiera un día y el alud soviético se resencadenara sobre Europa, España se pondría en pie, exactamente como lo hiciera aquel día 18 de julio de 1936. ¡Fué ese el día en que España puso fuera de ley al comunismo! ¡Tan diligentes somos! Desde entonces, ocupamos la vanguardia política occidental por derecho propio, aunque no se nos comprendiera entonces.

También para los marinos americanos —a juzgar por lo que galante y sinceramente repiten siempre— estas visitas a puertos españoles resultan asimismo gratas. Acá se les acoge sin reserva. Ideológicamente ellos también son fervientes y decididamente anticomunistas. Los Estados Unidos y España tenían, en efecto, que entenderse. Estas visitas son, por demás de simpáticas, sin duda, útiles. Los americanos necesitan de nuestro apoyo. Hubo unos días, es cierto, que se aludía mucho a la plena autonomía de estas «Tanks Forces» del Mediterráneo. Hasta se afirmaba entonces que eran autónomas y que podían subsistir por sí mismas, sin más que una eventual y lejana relación con la metrópoli yanqui. Se pretendía con esto repetir algo de lo que, en realidad, se había hecho, «a fortiori» es cierto, durante la guerra última en el Pacífico, en donde, falta de bases debidamente utilizadas, la gran Flota de la victoria americana navegaba sola apoyada en sus propios medios a flote. Esto, sin embargo, sería difícil o, al menos, antieconómico, estratégicamente,

de repetirlo un día en el Mediterráneo. Limitaría la acción de los navios y obligaría a constantes desplazamientos hasta América, para reparar unidades y hasta para limpiar fondos. Complicaría engorrosamente, además, la logística de los servicios de abastecimiento, de municionamiento y de Sanidad.

UNAS BASES LIBRES DE TODO RIESGO

Las Escuadras precisan siempre bases. Bases que le procuren todo esto. Bases en donde fondear, descansar y reponerse. Y España, sobre su litoral mediterráneo, se las brinda espléndidas. Palma de Mallorca es una magnífica base adelantada en pleno Mediterráneo occidental, complementada por las inmensas y seguras bahías isleñas septentrionales de Pollensa y Alcudia. Mahón, es un seguro puerto de apoyo para las unidades sutiles. Baleares, en fin, complementa su importancia militar como un grande e inmenso portaaviones insumergible, con sus diversos campos de aviación. Cartagena fué elegida ya como base principal en el Mediterráneo en el Pacto de Madrid, magníficamente situada y convenientemente provista y defendida. Otros numerosos puertos se prestan también para fines militares o simplemente logísticos, desde la bahía de Rosas, hasta el sero mismo de la óptima rada de Algeciras, en el Estrecho.

Estas bases no sólo son un regalo de la geografía militar española. Son también unas bases seguras. Unas bases que tienen detrás a España entera, y no retaguardias débiles y en descomposición moral. Son bases libres de todo riesgo interior y decididas a rechazar cualquier agresión exterior. Bases españolas; defendidas por soldados españoles, bajo la bandera española; bases, en fin, de una nación unida y anticomunista; por principio de fe, que acogen, naturalmente, con cordialidad a cuantos, con nuestra misma ideología, gustan de nuestra amistad, de nuestra cooperación, frente a la eventualidad de una misma agresión comunista. La clave del Mediterráneo, sobre todo la del Mediterráneo occidental, es España, con sus islas y el Estrecho, sencillamente porque aquí está su puerta. Sólo España, en efecto, detenta el paso de un mar a otro: del Atlántico al Mediterráneo, y viceversa, como afirmara un almirante francés famoso: Caxtes. Ninguna nación-aeródromo hay en todo el Mediterráneo mejor situada que España. Ningunas bases navales tan estratégicas en dicho mar como las españolas. Ningún país de sus riberas nos aventaja tampoco en odio al comunismo. Y España, por añadidura, está segura, como nadie, también, del temple de sus hombres de mar, de aire y de tierra. Ninguna nación más estricta cumplidora de sus compromisos internacionales, ni más leal en su amistad, como España. ¡Bien venidos seáis, pues, en efecto, camaradas de las Fuerzas Armadas de la poderosa y libre América! Sois como nosotros, y como vosotros somos. Juntos estamos todos, firmes y atentos. La mejor manera de evitar un peligro es prevenirlo.

HISPANUS

PAELLA PARA LA ESCUADRA

FIESTA GASTRONOMICA ESPAÑOLA EN EL PORTAAVIONES «CORAL SEA»

HACE unos meses, durante la estancia del «Midway» en las afueras del puerto barcelonés, los hombres de a bordo descubrieron que la paella es un plato succulento. Apenas puesto el pie en tierra se dieron cuenta de ello. Naturalmente, este hallazgo, no nos sorprende a ninguno de nosotros. A mí, particularmente, once años de estancia en Valencia, me indujeron a considerarla como el plato más completo que uno puede saborear, formando trilogía con el pote gallego y el cocido madrileño. Mas los marinos de referencia, si debieron encontrar la cosa sensacional. Por todo el barco se corrió inmediatamente la voz de alerta. Y la palabra «paella», con fonética especial, bailaba insistente en los labios de los tripulantes del portaaviones. Entre ellos hubo, sin duda, alguno que, avispado y con buen sentido, pensó en voz alta:

—Y ¿por qué no nos hacen una, aquí mismo, en casita, sin movernos, para que la comamos todos juntos en amor y compañía?

Como para ellos querer es poder, así se hizo. Y Bofarull—el popular Bofarull, ese hombre gordo y campechano, inteligente y agudo, de quien un día habrá que escribir su biografía, tan ligada a la ciudad, desde su puesto de observación, una sencilla mesa de madera, al aire libre, en Escudillers, la calle que conoció en sus buenos tiempos el perfil arrogante, en pleno éxito, de la Bella Otero—fue el encargado de realizar la faena. Quedó a la altura de Chamaco y con eso está dicho todo. El señor «Tony» no necesita de propaganda. ¡Cómo sería su triunfo, que las fotografías del acontecimiento vivido por la Escuadra han dado la vuelta al mundo, en las páginas de las revistas, con expresivos comentarios en inglés! Bofarull se ha hecho famoso del brazo de los marinos norteamericanos. Gran labor de acercamiento. Por eso la fama de un español así debe brincar alegremente, con propia satisfacción, a esas páginas, nacidas y confeccionadas cada semana, para tomar el pulso vivo de los acontecimientos españoles.

Ahora entró en el puerto parte la VI Flota. Venía de Gibraltar, soñando con la paella, de la que habían hablado sin cesar sus compañeros de las otras unidades. Por eso, apenas enfilada Barcelona, saltó en todos los ojos la petición. Se braban las

palabras. El teniente jefe de cocinas, rubio y simpático—el doble de Kubala—, comprendió en el acto, y a vueltas con el castellano se presentó a Bofarull, para decirle:

—Nosotros no podemos ser menos. Queremos paella. Venga con todo lo que precise, al «Coral Sea».

Y allá fué la oronda silueta de un jefe de cocina que habla cinco idiomas, aparte del español y su lengua nativa catalana, y en cuyo honor se celebró no hace mucho en París un banquete al que asistió el Presidente de la República. Pero no iba solo. Entre sus cuatro ayudantes me colé por las buenas. La experiencia era tentadora. Yo presumo un poquito de técnico en paellas; sobre la mesa, claro. Mi sensible paladar me indica con presteza si el arroz está en su punto o si al condimentador se le fué la mano en el agua o en la sal. Pero no había visto hacer ninguna. Y muchísimo menos a bordo de un gigantesco portaaviones. Confieso que regresé emocionado.

Diez y treinta.—Estamos en la Puerta de la Paz. A Colón, unos pasos más allá, empieza a darle el sol de costado, mientras las primeras parejas toman el ascensor para intentar subirse a los pies. Los curiosos se agrupan junto a las escalerillas donde se toman las lanchas de la Marina visitante. Nuestra llegada, con grandes cajas de mariscos, cestas y voluminosos paquetes, provoca mil conjeturas. Las «golondrinas» esperan la carga inicial para salir hacia la escollera y el rompeolas. El primer refresco lo tomamos en un chiringuito, mientras pasa un largo tren de mercancías, a cinco centímetros, echando humo que da gusto. El fegonero grita: «¡Buena máquina para hacer películas!» A nuestro lado, un guía, que espera a los viajeros de un trasatlántico italiano, nos sugiere argumentos favulosamente divertidos para terminar con uno formidable, que no tiene más que una pequeña pega: está en el índice.

Diez cuarenta y cinco.—Llega el teniente, y embarcamos. ¿Se ha colado un polizón? No. Es un cobrador, que lleva unas facturas



El célebre Bofarull prepara la paella para la Flota

para el barco, y como no sabe inglés se aferra a nosotros, como un naufrago a una tabla, para que Bofarull le sirva de traductor. Cruzamos el puerto con mar blanda. Se alejan paulatinamente los altos edificios. Está entrando con suavidad el «Augustus». Bordeamos los marcos de la Escuadra, y a un lado queda la activa mole de Montjuich. La vista desde lo alto, con un día como éste, claro, sin la más débil neblina, debe ser magnífica. En alta mar las olas se agitan. La lancha las corta sin contemplaciones. En popa, un negro dormita, apoyado en el mástil de la bandera estrellada, que en algunos momentos se ciñe a su cuerpo fino, impulsada por el aire. El cobrador señala para un muchacho rubio que cuida de un cargamento de cigalas. El limpiabotas de «Un camino a la derecha», murmura. Y lo es. De la pantalla a la gloria no hay más que un paso. El agua continúa poniéndose farruca y nos inclinamos a un lado y a otro; pero ya está ahí la gallarda línea gris plomo del «Coral Sea». El jefe de la expedición española exclama: «Parece un pueblo.» Y, desde luego, el tremendo navío merece ese calificativo. Adentrémonos en sus fauces. Nos esperan y nosotros hemos de salir a la plaza—a la plaza del pueblo—con esa paella que de momento sólo tenemos en la imaginación.

Once.—Subimos a bordo. En la cubierta, un oficial inquiera ice

Este fué el teatro de operaciones donde se condimentó la paella



motivos de nuestra presencia. Al conocerlos sonríe. Pero quien no logra hacerse entender es el cobrador. Hay un momento en que él cree que, al fin, va a tener sus pesetas, y ellos que han comprendido. ¡Cuidado! Piensan que son las facturas de la paella... por anticipado. Se deshace el equivoco. Llega providencialmente uno que habla francés, y como puedo me entiendo yo mismo con él, para acabar poniendo sobre la pista de los billetes al pobre hombre, que ya estaba temiendo volver sin los cuartos a la oficina. Atravesamos el gran hangar, con el suelo brillante, como si estuviese encerado, y penetramos en el vientre del buque, rumbo a la cocina de oficiales. Está llena de negros y filipinos, que nos miran con atención no exenta de fina ironía. ¡Bien sabe Dios que no pretendemos dar lecciones! Al menos, yo..., aunque me despoje de la chaqueta, como los otros, y pasee con cierto tonillo de importancia por entre los fogones, las pavas peladas, los botes de piña, los inmensos trozos de carne y los estupendos aparatos, que harían la felicidad de cualquier ama de casa. Bofarull ordena que enciendan el fuego. Le dan a las llaves; pero él observa y pone mala cara. No está a su gusto. «No pita. Esto no es el «Midway.» Habrá que suplir la falta de energía con el esfuerzo personal. Esforcémonos todos.

Once y quince.—Se colocan las ollas sobre el fogón especial. El pollo en una, el jamón en otra, los moluscos en la tercera, las cigalas, las gambas, en las restantes. Lo primero que pide Bofarull es cebolla. No lo entienden. Es natural. Lo pide en castellano. Se le ha olvidado, con las prisas, el inglés. Los nervios. Estaba más tranquilo el año pasado, enfrentándose con los rusos, en italiano, en Venecia. Entonces no le cortaba nadie. Pero es hombre de recursos. Se saca de la manga un diccionario y me lo da. «Pídele tú.» Pido la cebolla; no sé cómo, mas la pido. ¡Albricias! Ya la traen. Curiosa misión la mía: aprender inglés en la cocina de un portaaviones norteamericano.

Once y treinta.—Nos ofrecen bebida: grosella con mucha agua y buena dosis de hielo. Como hace calor, la bebemos; pero pronto descubrimos una de esas máquinas que por cinco centavos de dólar ofrecen coca-cola servida en vaso y todo. Ello nos anima un poco. Bofarull está inquieto. Parece mentira que con su humanidad se mueva de este modo. El fuego no se pone al máximo, como él desea. «Vera Yeat»—dice imperioso—. «Vera Yeat». Y yo repito «Vera Yeat», mientras paso afanosamente páginas del diccionario para ver lo que significa. Viene el electricista y resulta imposible arreglar aquello. Habrá que colocar las paellas e ir dándoles salida de dos en dos. No hay más remedio. Y en esto se acerca el teniente presurco. Pensamos que todo se va a solucionar, y lo que él ha dicho es. «La comida es a las doce y media. ¿Estará?» Bofarull mira primero al teniente, después al reloj y, por fin, entrecortadamente, expone: «Sí. Haremos lo imposible. Con este fuego no hay forma. Pero un español no queda

mal.» Ha dado su palabra, y a las doce y treinta habrá, al menos, cuatro paellas para cien bocas, aunque arda Troya; porque lo que no arde es la cocina. Los negros dormitan.

Doce.—Los cocineros ponen en juego su sabiduría. El contenido de cada paella ha sido mezclado con el de las demás, y las doce—una por cada hora del día—se alinean impecables, esperando el momento de pasar por la prueba del fuego. Y de pronto yo hago a mi vez un descubrimiento en el diccionario. Doy un salto y grito: «¡Celerity!», atreviéndome con todo. «Celerity», repite no se quién. La palabra tiene éxito y se nota en la gente más movimiento. Poco después, un filipino, al verme descansar del esfuerzo hecho, sobre un alto taburete, casi dirigiendo las operaciones, con mi vocabulario hispano-inglés y mi curva de la felicidad bien pronunciada, me pregunta: «¿Usted es el chef?» Le juro que no; señalo con el dedo al verdadero «chef», que está pasando lo suyo, y para distraerle miro hacia el lugar donde los cocineros españoles depositan ahora en las paellas, después de lo más sólido, el pescado. Aquello va tomando forma. Le toca el turno a los pimientos morrones, y en seguida se espolvorea el arroz con mano delicada. Luego se vierte el agua, y después la sal. Dos paellas, las primeras, crujen ya con grandiosa solemnidad. Contemplamos su carga dorada y sabrosa. Bofarull suda; pide coca-cola y se sienta. ¿Llegaremos a tiempo? Hamle no sintió más angustia al plantearse su célebre dilema.

Doce y veinticinco.—Llegamos. Ya está ahí el teniente. Los hombres esperan. Bofarull mira de nuevo la hora. ¡Esto sólo se consigue en España! Que estamos en territorio ajeno, amigo. Prueba él la paella. La probamos todos, y el visto bueno es unánime. Un blanco y un negro, cada uno de un asa, llevan al comedor las cuatro primeras. La entrada es triunfal. Las pasean con orgullo, como si las hubieran hecho ellos, y luego Bofarull sirve su ración a cada comensal. No se oye ni el más mínimo bispisio. Todos comen sin prisa, pero sin pausa, y por el gesto deducimos que la cosa les parece un manjar. Poco a poco llegan las paellas al otro comedor. ¡Oh, fatalidad! Se había olvidado la butifarra. No importa. Aun es tiempo. Se cuece en un santiamén, se corta en trozos y se sirve. Ahora los que se sientan son los cocineros. Bien ganado lo tienen. Lo malo es que siguen bebiendo demasiados tragos de grosella.

Una y treinta.—Han comido todos. El teniente se acerca al micrófono y pronuncia unas frases que deben ser muy elogiosas. Yo no las entiendo ni con el diccionario en ristre. Todos los oficiales aplauden y el autor de la paella saluda sonriente, mientras un fotógrafo dispara sus «flashes». Todo tiene un marcado aire cinematográfico.

Dos.—Comen los cocineros. Los negros prefieren la butifarra, sin despreciar el arroz. Los filipinos dedican su entusiasmo al arroz—hay quien se engulle tres platos—, sin olvidar la butifarra. De vez en cuando, con leve sonrisita, dicen: «Mocho bueno.» Apa-

rece un intérprete, un marinero joven que habla el español. Salgo de apuros, y Bofarull lo mismo. Nos miramos. Y aquí también sobran las palabras. Se ha batido una marca: en dos horas escasas, trescientas paellas. Y sin fuego a punto. ¿Cuestecitas a él? Si llega a haberlo, ¿qué hubiese pasado?

Dos y treinta.—Comemos nosotros, lamentando no poder acompañar la paella repleta de tropezones con unos buenos vasos de tinto con sifón. No le va a aquello la coca-cola. Ante mis dos platos de arroz confieso que estaba en un error. También puede salir exquisito en la cocina eléctrica de un barco, sin lumbre de leña, como en Valencia. ¿Cuál será el secreto? Tal vez aquello que, en un alarde genial, yo improvisé: «Celerity». ¿Dónde está el cobrador? Que deje las facturas. Esto vale todo el oro del mundo.

Tres.—Dormimos una siestecita sobre la mesa, con paño verde, del comedor. Nos despierta el jolgorio de unos oficiales españoles ante la máquina del coca-cola. Así, a secas, bien está. Yo les daba el tormento de probarlo con arroz. Hasta entonces, el silencio de los oficiales norteamericanos para servirse el café y charlar en la sobremesa resultaba impresionante. El intérprete nos dice que ahora van a Italia; que lo que más le gusta, en viaje, es Barcelona, y nos da pormenores sobre el servicio y lo que cobran. Interrumpe el teniente para hacer cuentas con Bofarull. Y se deshace en elogios al comprobar que el trabajo ha sido llevado a cabo por amor al arte: a su arte de cocinero motorizado.

Tres y media.—Montamos en una lancha llena de visitantes del buque. Las olas nos refrescan y el valvén resulta delicioso. Un remolcador tira del «Augustus», que ya se va, con gran desencanto de los pasajeros, que no pueden ver la novillada de turno. Hay un revuelo de pañuelos en despedida sobre la estación marítima. Las «golondrinas» se cruzan con nosotros. Hace un calor sofocante; sobre todo, después del arroz. Yo no sé lo que gritarían los conquistadores al pisar tierra. Lo que sí se es lo que yo clamé, dirigiéndome al chiringuito: «¡Un vaso de vino y buen café! ¡Y coñac!» Nunca es tarde para hacer honor a la paella. A esa paella para la Escuadra, cuyas incidencias hemos seguido minuto por minuto.

He aquí cómo se desarrolló la jornada gastronómica solicitada por la oficialidad norteamericana a bordo del «Coral Sea». Una jornada que puso a prueba una vez más el tesón español, nuestra capacidad de improvisación. Es verdad que nuestros hombres, con los medios que los demás poseen por ahí, lograrían maravillas. Esta paella contra reloj constituye el más fehaciente testimonio. Claro que yo estaba allí, sin chaqueta, diccionario en mano, y mi aportación fué decisiva. Nunca olvidaré la energía con que en el momento cumbre pronuncié aquello de «Celerity». Que me perdonen Bofarull y su ciencia; pero creo que allí estuvo la clave de todo.

Jesús VASALLO

VICENTE CARREDANO

EL ESCRITOR QUE TUVO MUCHOS OFICIOS

LA PROFESION
DE VIVIR PARA
LUEGO CONTAR

UN HIJO DE ESTE
SIGLO SE INCLINA
ANTE EL ESPEJO

ALTO, delgado, más viejo por la cara que por los años, voz gruesa; comedido en sus gestos, cordial, muy cordial y sincero... Esto nos ha parecido en nuestra charla Vicente Carredano.

Encima de la mesa, un libro de 128 páginas, titulado «Los ahogados». Este trágico título sirve de etiqueta a una colección de once cuentos. Título un poco desconcertante. Es decir, que puede desconcertar al futuro lector sobre el contenido de la aprendida obra.

La sinceridad de Carredano nos ha valido mucho. Una sinceridad que está en línea con la línea de sus cuentos, pues estos, en resumidas cuentas, nos dan la impresión de unas instantáneas de su vida. Pero unas instantáneas fieles y limpias, captadas principalmente por estos tres sentidos: vista, oído y olfato. Un conjunto artístico de sensaciones sin más poesía que la que da la vida misma. Ahí está su gran mérito. En captarla disuelta en la vida, sin abstraerla.

UNOS PERSONAJES EN QUE ALIENTA LA ESPERANZA

SUTIL.—Asusta un poco el título de su obra. Eso de «Los ahogados» me parece, a primera vista, algo inmerso, sin nada en la vida, salvo los recuerdos. En cambio, creo ver en todas las páginas nada más que vida y, generalmente, vida en primavera. ¿A qué obedece esto?

CARREDANO.—Vayamos por partes. He calificado de «ahogados» a los personajes que se mueven y palpitan en los cuentos, porque sus caminos vitales fueron obstaculizados y a veces torcidos. Porque su propia ansiedad o el ambiente les ahoga. Pero tomado el título en un sentido absoluto, puede resultar excesivo, ya que en mis personajes, en última instancia, siempre alienta



«Yo no soy un escritor realista en la acepción de la palabra»

la esperanza. Quitarle la esperanza a un personaje es matarle.

ALVAREZ.—¿Tanto le concede a la esperanza, como para convertirla en una especie de boya en su obra.

CARREDANO.—Sí. Y le diré, ya que está de actualidad la polémica sobre literatura católica,

que para mí sólo se puede llamar escritor católico aquel que haga gravitar sobre su obra las tres virtudes teológicas.

SUTIL.—Hemos hablado de la esperanza. ¿Y la fe, qué representa para el literato?

CARREDANO.—Es necesario creer, aunque a esa posesión—la fe siempre es una posesión—lleguemos tras un proceso torturador.

COVALEDA.—¿Cuál es la influencia de la caridad sobre la novela?

CARREDANO.—Total. No se puede hacer novela sin caridad. A esta razón achaco el que en nuestro país escaseen los buenos novelistas, aunque abunden los escritores esteticistas. Cervantes, perdonando injurias, y don Benito Pérez Galdós, viejo y ciego, charlando con los cocheros a la puerta de Palacio, son dos nombres esencialmente caritativos.

COVALEDA.—Volviendo a su libro, ¿qué unidad se propuso al realizar la obra?

CARREDANO.—En realidad, no me propuse nada. Todos mis cuentos responden espontáneamente a una misma línea humana y estética.

UN HOMBRE SIN CONCIENCIA DE ESCRITOR

Con esta contestación, se nos puso delante, sobre el tapete, la figura humana del autor, porque, ¿puede distraerse un autor de su propia vida? Pero, en fin, no estábamos allí para dictaminar, sino para saber, inquiriendo, el proceso de la obra literaria de Vi-

cente Carredano. También había que obtener su perfil artístico. Mejor dicho, su proceso de formación.

SUTIL.—Antes ha dicho que su obra responde a una misma línea humana. Bien, ¿cuál ha sido esa línea? ¿Qué ruta ha seguido hasta llegar aquí?

CARREDANO.—Yo no soy un escritor realista en la acepción rudimentaria del concepto, pero siempre trabajo sobre mi experiencia o sobre las experiencias ajenas que he conocido. Siempre uso una poyatura real y concreta. Eso del proceso que me pide es difícil de explicar. Hasta que empecé a escribir —y empecé mucho más tarde que el resto de mi generación— fui simplemente un hombre con sus tareas, ilusiones y problemas. Un hombre sin conciencia de escritor. Un hombre que se fué llenando sin pensar que aquello que vivía era bueno día lo iba a convertir en literatura. Y les aseguro que sigo siendo el mismo. Un hombre cualquiera, un hombre como entonces que, además, escribe.

«TODA MI VIDA HA ENTRADO EN MI LITERATURA»

Carredano concede mucha importancia a la vida como preparación para el escritor. Se nota al repasar su pasado. Legionario y oficial de la Metálica, a los diez y siete años, en el Ejército nacional; luego, dilapidador rápido de una pequeña herencia; estudiante de Derecho; representante de vinos, agente de Seguros, profesor de Historia, telefonista... Y así hasta los veintiocho años, en que comienza a escribir. Por eso decía con asegurada naturalidad: «Me dediqué a vivir. Sólo eso. A vivir».

ALVAREZ.—¿Y su experiencia de la guerra?

CARREDANO.—Toda mi vida ha entrado en mi literatura. La guerra fué para mí un capítulo más de mi vida. Un episodio que

duró tres años. Los tres años que van desde los dieciséis a los diez y nueve, y que, como es lógico, me dejó una huella profundísima en el alma. Ahora bien: quiero hacer constar que nunca la consideré como un medio para adelantar el curso de mis posibilidades personales o materiales. Esta obra, con tal preparación vital, responde a unos interrogantes que se hacen en el cuento «El 23 de octubre», al dialogar con uno de los personajes que dice: «La guerra nos dejó inservibles. Nos apagó, después de usarnos, como se apagan los cirios, terminada la liturgia». Tal postura de desesperanza había provocado este examen interior. «Yo mismo había sido desarraigado y apenas lo notaba. (Cuando se es joven se puede empezar cualquier cosa. Nada hemos hecho aún.) Pero él también era joven. ¿Tendrá razón? ¿Pueden unos hombres desquiciados acoplarse a la paz?» Creemos que en «Los ahogados», el libro que hoy comentamos reunidos, está la contestación adecuada. Una contestación hecha a golpe de voluntad.

COVALEDA.—Para dar forma a ese material bruto que le proporcionó la vida, tendría que apelar a alguna forma expresiva, ¿no? ¿Alguien le sirvió de maestro?

CARREDANO.—Indudablemente. Todo escritor tiene sus antecedentes y pobre de aquél que no los tenga. Les doy un nombre: Azorín.

COVALEDA.—Por lo que veo, son muchos los hijos literarios de Azorín.

CARREDANO.—Azorín es un renovador absoluto de la forma. Se puede hablar de «antes y después de Azorín». Algunos esto no lo confiesan. Sin embargo, está claro que ha influido hondísimamente en el mecanismo expresivo de las dos generaciones posteriores. Ahora bien: he de aclarar que Azorín es quizá el escritor del 98 que menos seguidores

creacionales tiene. Por eso, el título de «hijos literarios de Azorín» no me parece exacto. Conozco más hijos literarios de Baroja o de Valle-Inclán que de Azorín. Azorín ha ejercido un magisterio gramatical y ha enseñado a educar la sensibilidad. Es el escritor que se dió cuenta que un libro se hace para leerlo una persona en soledad. La mayoría de nuestros escritores del XIX escribían como si los libros fueran para leer en voz alta. Quizá influenciados por la brillante oratoria de la época. Pero a pesar de todo lo que acabo de decir, Azorín, con soberana generosidad, se imposibilitó para tener discípulos. Una cosa es la esencia creacional y otra cosa muy distinta los útiles de trabajo.

SUTIL.—¿Quisiera apurar un poco más esta cuestión. A esta forma expresiva inspirada en Azorín tuvo que preceder seguramente una estructuración de sus vivencias, de su experiencia, que diese lugar a la formación del escritor. Y bien, ¿quiénes fueron esos escritores que revelaron su latente vocación, la empujaron y dieron forma?

CARREDANO.—Quevedo es mi pasión.

SUTIL.—No me extraña. Quevedo fué un hombre de vida intensa y agitada.

CARREDANO.—Pero mi apasionamiento no nace en su biografía. Fué su obra la que me llevó a él. Si debo citar otro artista que entra de lleno en mi órbita de admiraciones, ha de ser un poeta: San Juan de la Cruz. Su «Canto espiritual» me parece la obra lírica más importante de la lengua castellana. Iba a decir del mundo, pero yo no he leído a Dante en italiano ni a Shakespeare en inglés. Y a los poetas hay que leerlos en su idioma vernáculo.

SUTIL.—¿Lee frecuentemente poesía?

CARREDANO.—Sí. Aunque desgraciadamente no tengo el

“MI PRIMO ES INTELIGENTE Y BUEN ESCRITOR”

Angelines Sarachaga

VICENTE Carredano es primo hermano mío. En mis afectos particulares suprimiría la palabra primo; en realidad hemos vivido casi toda la vida juntos. Esa vida suya, agitada y neurasténica, con quince años de diferencia sobre la mía.

Mis padres casi puede decirse que han sido los suyos, y su vida con nosotros creo que comenzó con el estallido de la guerra.

En Valladolid, donde nos refugiábamos, se escapó voluntario al Tercio. Después... no sé. Entonces yo debía tener alrededor de uno o dos años, y de aquello sólo sé lo que me han contado luego.

Creo que en San Juan de Luz me bajaba a la playa porque le divertía aquella bola rolliza con media lengua trabada, pero incansable, y se pasaba el día haciéndome verdaderas perorias.

Acabó la guerra y se marchó de nuevo. A ningún sitio fijo. Quizá



María de los Angeles Sánchez Sarachaga

los más estables. Santander y Oviedo.

Debía tener yo quince años cuando entró un día por la puerta de casa con una maleta colgada de la mano. Desde entonces los dos siguen aquí: la maleta y su dueño. Con algunas ausencias intermedias, desde luego. Pero eso... son «gajes del oficio», y sin ellos no se puede llegar al «genio literario».

Su llegada revolucionó a mis hermanos, y todos tenemos que agradecerle algo. Sentido del humor es lo más exacto. Inteligente—los que le conocen saben que lo es—, en casa resulta un bromista empedernido, pero con gracia. A veces—casi siempre—estas gracias resultan excesivas; pero todos las seguimos, porque con él hemos aprendido a hacerlo.

Y ese es Vicente; neurasténico por encima de todo y un bigudo deshecho por su amistad con el vino. Ratos de buen humor y re-

tiempo ni el reposo que quisiera para dedicárselo. De paso quiero decirles que considero óptimo el momento actual de la poesía española.

ALVAREZ.—¿Un poeta de hoy? CARREDANO.—Podría citar lo menos seis o siete de magnífica calidad. Pero sólo quiero nombrar a uno, en que me parece que sus méritos son muy superiores al conocimiento que la gente tiene de él. Carlos Salomón es un extraordinario poeta.

UN MOSAICO DE MÚLTIPLES PIEZAS

Pensamos un momento en Quevedo, en San Juan de la Cruz y en Azorín. Y sólo a este último, tal vez, le podamos entrever en la obra de Carredano. Un ejemplo: «Se pasa la mano por la frente, por el cuello. Cierra los ojos. En los párpados, punteados de lucecitas verdes, hay ventruosas copas de coñac. Dos. Tres. Una botella. Arrastra la lengua reseca por los labios resecos. Entrecreza las manos. Las aprieta. Se apoya en la pared. Inmóvil. ¿Cuánto tiempo? Abre los ojos. Afloja los músculos. Sigue andando. A pasos cortos. A pasos largos».

ALVAREZ.— Ese estilo literario...

CARREDANO.—Es la sencillez. Y la sencillez consiste en la eliminación de todo lo sobrante. Por ejemplo, si trato de describir una calle, no lo hago relacionando sus múltiples cosas, sino tratando de describir, escuetamente, lo que el personaje ve de la calle en ese momento.

Carredano ni es conceptista como Quevedo, sino claro y diáfano. Ni tan dulce y místico como San Juan de la Cruz, ya que es fuerte y a veces violento. Y aunque coincide en la visión analítica de las cosas con Azorín, es más rápido, duro y tajante que él. En verdad, un cuento de Carredano parece un mosaico hecho de múltiples piezas bien ajusta-



Nuestros colaboradores cargaron sus preguntas con la mejor pólvora de la entrevista

das. Para cada aspecto de una cosa, para cada movimiento, tiene una frase concisa. A veces, una sola palabra. Y cada frase brevísima o cada palabra es una pieza del bello mosaico. Porque a pesar de su precisión —y esto es lo grande— su obra transpira una humanísima poesía. Y en esto precisamente, en su vida palpitante, vemos sus grandes diferencias con Azorín.

COVALEDA.— Este estilo, que bien podemos llamar carredanismo, ¿a qué obedece?

CARREDANO.—A un modo de sentir y a una elaboración continuada.

ALVAREZ.—Una de las características de su estilo es el ahorro de metáforas y elementos poéticos, ¿por qué?

CARREDANO.—Yo creo que el mayor peligro de un escritor es dejarse llevar por la pluma. En el grafófono hay mucha ganga. A mí me costó trabajo tachar lo

que podríamos llamar «imágenes brillantes» y «bonitas frases». Las sacrifiqué porque yo no quiero que entre mis personajes y el lector se interponga nada. Y esas cosas distraen la atención del que lee. Además rompían la unidad de mi prosa. Evidentemente sé que un número grande de lectores gustan de oropeles.

¡Allá ellos! Yo soy un escritor honesto, no quiero engañar. Tengo un sentido determinado de la literatura y prefiero seguirlo. Y sobre lo que llaman «elementos poéticos» les diré que no los uso porque no los necesito. Creo que tanta poesía tiene un perro junto a un farol como la luna rielan-

do en el lago. Todo en el mundo es poesía, ya que todo es obra de Dios. Lo que pasa es que hay que buscarla. Algunas cosas tienen una poesía epidérmica, fácilmente aprehensible. Otras, una poesía más honda y para su comprensión es necesario una sensibilidad más depurada.

LA VIDA, COMO PUNTO DE PARTIDA

SUTIL.—Entonces, concretando. ¿El punto de partida de un escritor...?

CARREDANO.—La vida.

SUTIL.—¿Así? ¿Simplemente? Se habrá impuesto alguna disciplina, alguna norma, algún método...

CARREDANO.—Yo trabajo de una forma anárquica, pero hoy en día bastantes horas. Para lograr esas horas tengo una norma que más que norma es deseo, costumbre: no hago ninguna vida social.

ALVAREZ.—Y cuando no escribe, ¿qué hace?

CARREDANO.— Me gusta pasear por las calles a esa hora maravillosa del cierre de los comercios. Me gusta charlar de vez en cuando con algún amigo. O beber unos vasos de vino. O leer de todo, sin disciplina. O jugar una partida de mus. O alegrarme de verdad cuando encuentro un buen libro, escrito por un hombre de mi generación.

EL TREMENDISMO Y LO ROSA, CORRIENTES FALSAS

La obra de Carredano resulta muy humana. Muy humana, pero sin concesiones. Mejor dicho, sin caer en esos baches de los que quieren contemporizar con los naturalistas. Tiene algunas caídas, pero muy pocas. Se mantiene digno en el concepto y en la palabra.

SUTIL.—¿Es lícito en literatura el uso de vocablos fuertes?

CARREDANO.—Claro que es lícito. Los que mejor nos lo han demostrado han sido los clásicos. El escritor no debe mostrarse pusilánime ante el vocablo, cuando la situación o el personaje lo requieran. Pero una cosa es esto, y otra el uso desmedido y arbitrario de él, que siempre me ha pa-

tos de gritos y portazos. Amigos y enemigos muy marcados. Se lo merece porque él mismo es apasionado en todos sus juicios personales y porque es lo suficientemente inteligente y buen escritor (no se asusten, no me ha sobornado) como para no quedar nunca relegado al indiferente término medio.

Yo le admiro como literato y amigo, a pesar de sus múltiples defectos como hombre. Entre éstos está el de no afeitarse demasiado.

Durante nueve meses no suelo verle hasta las tres de la tarde. Es la hora en que yo vuelvo de mi Universidad y él de su oficina. Y después de comer me gusta oírle hablar de cosas serias con mi padre.

Sus charlas directas conmigo son por la noche. No demasiado tarde, porque ésta es una de sus nuevas normas en la retirada de vida bohemia. Y así, hacia las doce, yo le cuento mis pequeños problemas y él recuerda en voz alta alguna de sus experiencias.

Por todo esto creo que no me correspondía a mí el hacerle una semblanza. Porque hasta hace poco he sido demasiado joven para poder hablar con una persona «mayor» directamente. Hace un año—tan escaso como mis veinte—que me han reconocido este privilegio. Y porque ese es demasiado poco tiempo para conocer una acusada personalidad que ya ha pasado treinta y cuatro veces seguidas por el aro de abril.

Angelines SARACHAGA



Le dediqué a vivir. Sólo eso. A vivir»

recido una idiotez. Me recuerda a los niños que, para presumir de hombres, sueltan tacos. El tremendismo, lo mismo que lo rosa, no pueden ser considerados escuelas literarias, pues ambas corrientes son falsas.

ALVAREZ.—¿Cómo concibe el cuento?

CARREDANO.—Misterio y sorpresa. Aprisionar un instante y un ambiente.

COVALEDA.—¿Sencillo, por tanto?

CARREDANO.—Sencillo.

SUTIL.—¿Y subjetivamente?

CARREDANO.—En el cuento predomina la sensibilidad.

En efecto, la obra de Carredano no es más que un conjunto de sensaciones. Pocas veces entra en juego la reflexión e, incluso, la imaginación.

ALVAREZ.—¿Por qué se cultiva en España tan poco el cuento infantil?

CARREDANO.—No va con el carácter celtibérico. Para hacer cuentos infantiles hace falta una cualidad poco frecuente entre nosotros: la ternura.

COVALEDA.—Pocos. Pocos cuentistas tenemos en España.

CARREDANO.—Sí. Pocos. Sin embargo, en estos momentos se pueden hallar hasta seis nombres de primera calidad, hecho que me parece desusado en la historia de la literatura española.

«EL CUENTO ES LINEAL: UN PERSONAJE, UN MOMENTO, UN AMBIENTE»

Carredano en sus cuentos a veces se convierte en reportero. En una especie de operador del NO-DO montado en su coche. Es el caso del cuento «El fugitivo». Un hombre que huye porque le han dicho: «¡A ese, a ese!». Creemos que en esta expresión delatora está el punto de partida, porque antes aquel pobre hombre se había retirado sin precipita-

ción del sitio donde estaba. Pero en cuanto el mangrero del Retiro dijo: «¡A ese!». Empezó a correr. A huir. El personaje sigue una sola línea: la huida. En rapidísimos planos desfilan a su lado en sentido, como los árboles a los lados de un coche, colores, cosas, obstáculos, hasta que, huyendo, sube al cuarto piso de una casa en construcción. Allí, sin especto para proseguir la huida, quiere seguir, ya jadeante, sin fuerzas, sin más idea que la huida, huyendo. Y para esa huida no le queda más que espacio en sentido vertical desde un cuarto piso. Y cae. Eso es todo. Las sucesivas sensaciones del fugitivo, pero con una pequeña variante: que a veces parece que el autor se mete en el fugitivo para verlo por dentro. ¡Cuánta sensibilidad, cuánta humanidad en este relato que entenece!

ALVAREZ.—Veo entonces que entre el cuento y la novela hay muchas diferencias, que son específicamente distintas.

CARREDANO.—Sí, son dos géneros estancos. Ninguno de los dos es superior al otro; son simplemente distintos. El cuento es lineal: un personaje, un momento, un ambiente. La novela puede ser múltiple en cada uno de esos tres sumandos.

SUTIL.—¿Y desde el punto de vista del autor?

CARREDANO.—También existen diferencias, a mi juicio, fundamentales. El novelista tiene una técnica; puede, incluso, hacerse a sí mismo con observación, estudio y constancia; pero el cuentista no, el cuentista tiene que serlo por naturaleza, ha de estar provisto de una sensibilidad especial que le permita captar cuanto puede ser materia de cuento, para luego verterlo en su propia personalidad.

COVALEDA.—¿Entonces para escribir una novela no vale como preparación el ejercicio en el cuento?

CARREDANO.—No sirve. Ya he

dicho antes que son géneros formalmente distintos. Puede haber, claro, un autor que sea novelista y cuentista, como también puede haber novelista y poeta.

ALVAREZ.—¿Y la novela corta?

CARREDANO.—La novela corta, sí. La novela corta puede servir de ensayo para la novela larga; en ellas no hay diferencias específicas, sólo problemas técnicos, pero correspondientes a la misma esencia.

SUTIL.—Volviendo al tema del cuento: estamos de acuerdo en que hay pocos cuentistas, ¿esto es un defecto del temperamento español o, por el contrario, es que no se le presta la atención que merece este género?

No nos extrañó la reacción física de Carredano. Después de todo es un escritor dedicado de lleno a este género. Mediaron, por tanto, esos instrumentos de tregua que suele haber en los coloquios entre hombres, tales como un cigarrillo, etc. Aspiró un poco de aire para dar más fuerza a su voz, ya de por sí bastante sonora, y dijo:

CARREDANO.—De todo hay. Pero sólo quiero señalar un fenómeno frecuente que siempre me ha parecido incomprensible: ¿por qué los periódicos y revistas españolas publican constantemente cuentos extranjeros mediocres existiendo en España cuentistas de gran calidad?

COVALEDA.—¿Y al público le gusta leer cuentos?

CARREDANO.—No lo sé exactamente. Me han dicho que este libro mío se ha vendido muy bien y conozco otros de compañeros de los que se han agotado varias ediciones.

«SE PAGA LA PLUMA DEL ESCRITOR, NO SU LITERATURA»

ALVAREZ.—¿Qué causa perjudica a la literatura española de nuestros días?

CARREDANO.—A mi juicio algo que parece paradójico: el que hoy se paga al escritor mejor que nunca; pero se paga su pluma, no su literatura. Un dinero ganado fácilmente en el radio o en el cine, por ejemplo, constituye el máximo peligro para el escritor. Admiro a los escritores que saben renunciar a estas tentaciones y que se dedican con absoluta honestidad a su obra literaria. Para mí sólo es literatura el libro. Estos escritores son los que, al fin y al cabo, quedarán.

SUTIL.—¿Continuará en la línea del cuento?

CARREDANO.—Me gusta mucho este género. No obstante ahora preparo una trilogía de novelas cortas sobre la ciudad y una novela larga que se titulará «Los débiles».

Dejamos a Vicente Carredano para que libremente viva su vida, que es la literatura; pero no para hacer vida literaria—que no es literatura—, según él nos dijo en el curso de nuestra variada y larga conversación. Su vida es una copa de vino, una meditación, cualquier cosa que pueda dar literatura, más nunca—y esto lo recalco él bien—se puede hacer vida literaria y literatura.

Carredano nos había dicho que tenía pasión por Quevedo.



Vicente Carredano, con el uniforme de alférez, en nuestra Cruzada. Contaba entonces diecisiete años

ESTRATEGIA POLITICA

Por T. NIETO FUNCIA

Las dos primeras partes de este trabajo fueron publicadas en nuestros números anteriores. Resumimos en estas líneas lo que antecede al texto que sigue:

Comienza afirmandose la posibilidad de mejorar los actuales planteamientos de estrategia política que se caracterizan por cifrar sus objetivos cardinales: a) fortalecimiento económico, y b) aproximación creciente a una distribución equitativa de la renta nacional. Se objeta luego a los planteamientos de estrategia mantenidos en torno a estos objetivos:

Primero, que no permiten alcanzar una prefiguración orgánica del Estado; segundo, que son un factor decisivo de complicación y proliferación legislativa, que se traduce en creciente pérdida de las condiciones de seguridad jurídica. Se denuncia seguidamente la impropiedad e imprecisión de esos objetivos cardinales de estrategia política, a los que se debe cuanto da fundamento a las objeciones señaladas.

A continuación se propone la conveniencia de reemplazar los objetivos cardinales de estrategia política actual por el de elevación progresiva del mínimo económico privado definido como el que resulte para los individuos del conjunto de los servicios públicos gratuitos que afectan a todos los miembros de una comunidad. Este objetivo de estrategia política que se propone comprender con ventaja el objetivo general del fortalecimiento económico, comprende también lo que se expresa en los planteamientos actuales como aproximación creciente a la equitativa distribución de la renta. Se examina, por último, el hecho de que la elevación progresiva del mínimo económico privado permite la compaginación práctica de los principios de autonomía de los objetos de derecho y de tutela social que inspiran actualmente la acción política.

III

9.º El mínimo económico privado como objetivo cardinal de estrategia política y las objeciones hechas a los actuales planteamientos.

Convendrá que examinemos ahora el mínimo económico privado como objetivo cardinal de estrategia política con relación a las dos grandes objeciones que hemos hecho a los planteamientos de estrategia política actuales.

El mínimo de nivel económico privado nos capacita para una prefiguración del modo cómo han de disponerse los órganos del Estado, la jerarquía entre ellos, su número y su volumen. Al lado de los instrumentos coactivos o de fuerza, que son condición previa de la existencia misma de la comunidad política, y prescindiendo de los órganos legislativos, la clave del Estado había de estar por un lado en los órganos de administración financiera, y, por otro, en los de administración de justicia. Los de administración financiera, puesto que el grueso de la acción política de tutela social se efectuaría mediante sistemas de financiación pública. Los de administración de justicia, como medio de asegurar la vigencia y el cumplimiento de las normas.

Toda la gama de actividades del Estado de otro género que tanto volumen han alcanzado en el Estado intervencionista cuando no hubieran de desaparecer pura y simplemente, habrían de convertirse cada vez más en cosa adjetiva y de volumen e importancia cada vez menores. Esto es, como puede comprenderse, volver a los esquemas del Estado clásico, destruyendo la enredadera del Estado intervencionista, con grandes posibilidades de economía y racionalización en el ordenamiento de los órganos y de sus funciones.

Y de la misma manera la precisión y la comprensión del mínimo económico privado, en cuanto objetivo cardinal de la estrategia política, permite desandar progresivamente el actual proceso de complicación legislativa para ganar de nuevo la unidad, la sencillez, el restablecimiento de la je-

rarquía de las normas y las condiciones óptimas de efectividad de la seguridad jurídica. Así es por la sencilla razón de que con el mínimo económico privado lo que se consigue es una expresión satisfactoria de lo que se quiere en materia política. Las aspiraciones políticas, a las que apremian los más difundidos y nobles estados de conciencia en las comunidades políticas de hoy, quedan con esto expresadas en términos materiales, tangibles e inequívocos, lo cual hace cobrar relieve decisivo a las relaciones de conveniencia de medio a fin. Se ve con perfil corpóreo lo que se quiere, a lo que se aspira; se reconoce por apreciación directa, o con auxilio de todos los medios humanos de juicio, la entidad de los medios disponibles y las leyes generales de comportamiento humano en los diversos supuestos; y todo ello es cuanto se necesita exclusivamente para alumbrar un verdadero sistema de normas fundamentales, susceptibles de ramificarse con la más rigurosa fidelidad al espíritu y a los principios de esas normas.

La explicación última del proceso actual de complicación y de proliferación legislativa está en la vaguedad de la formulación de los objetivos de estrategia política. De esa vaguedad procede la dispersión de los esfuerzos en todas direcciones, con la necesidad de atemperarse en cada caso a unas exigencias específicas y la de concitar en la empresa de mando multitud de colaboraciones heterogéneas que mixtifican voluntaria o involuntariamente el designio o propósito capital de la política so capa de obediencia a razones técnicas ineludibles. Pues bien, por la misma razón que esa vaguedad en el señalamiento de los objetivos políticos de estrategia explica el actual proceso de complicación legislativa, con sus numerosas y deplorables consecuencias, la formulación precisa, rigurosa y concreta de esos objetivos en el mínimo económico privado que, como hemos visto, comprende a los de los planteamientos actuales de estrategia, permitirá volver a lo que llamamos unidad y sencillez legislativa sin esfuerzo suplementario o complementario alguno, por simple obediencia a los impulsos más elementales de espontaneidad. Cuando es accesible la sencillez es más atractiva que lo complicado. Sólo puede haberse caído en la actual postergación de los supremos valores jurídicos, de los que depende la eficacia de las normas y la expedición y uniformidad en la administración de justicia cuando han parecido cegadas las fuentes de un desarrollo unitario y coherente de las normas, al mismo tiempo que se experimentaba la necesidad de reglamentar y someter a ley especial los más diversos sectores de la vida y en la casi totalidad de sus aspectos. La complicación legislativa, la proliferación legislativa y la marcha evidente hacia el estatismo, a través de una extensión indiscriminada y constante de las competencias del Estado y de los órganos encargados de asumir o atender esas competencias, son manifestaciones distintas de un único problema de interpretación de las necesidades colectivas y de la concepción de los objetivos de estrategia política, por cuya consecución vinieron a quedar satisfechas esas necesidades en lo que tienen de material y en lo que tienen de problema de explicación racional. Al mínimo económico privado ascendente le atribuimos nosotros esas cualidades del objetivo de estrategia política, que responde a la interpretación correcta de las necesidades colectivas y cuyo cumplimiento entrañara la satisfacción de esas necesidades, en lo que tiene de material y en lo que tiene de problema de explicación racional. El lector verá, por lo que llevamos expuesto, la solidez del fundamento con el que atribuimos estas cualidades al objetivo cardinal de estrategia política que proponemos.

10. Importancia de las objeciones hechas a los actuales planteamientos de estrategia política.

Después de cuanto queda expuesto, falta aun para redondear el tema, y para que adquieran to-

do su valor las razones dadas, alguna observación sobre la importancia de las objeciones hechas a los actuales planteamientos de estrategia política, objeciones que se salvan en la mejora que indicamos y alguna referencia a las cuestiones de paso, desde los actuales a los planteamientos que se propongan.

La falta de principio constructivo del Estado que lleva a la multiplicación indefinida de órganos de la administración al modo que ya se ha visto en el desenvolvimiento del Estado intervencionista, y la complicación y proliferación legislativa crecientes, que suponen la pérdida progresiva de las condiciones de seguridad jurídica, son las causas reales de una multitud de defectos de la política contemporánea, de gran repercusión en la estabilidad, en la continuidad y en la eficacia. Ambas cosas obran como resistencias u obstáculos y filtros de la voluntad política suprema y como impedimentos, también, a la fiscalización de las numerosas formas de autoridad delegada que impone la magnitud del Estado moderno. Es indudable que el máximo recurso de fiscalización de que dispone el poder supremo respecto de la cadena de sus instrumentos de mando, es la colaboración que para él resulta del ejercicio normal y constante de sus derechos por parte de los particulares. Los particulares, velando por sus propios intereses, tal como están reconocidos en las leyes, obran en realidad y a este respecto como un cuerpo inmenso de agentes fidelísimos del poder supremo cuya voluntad tiene oportunidad de manifestación y de ejecución en las normas, con significado, de un lado, para los particulares, y de otro, simultáneamente, para sus propios servidores inmediatos desde los puestos de la Administración. La norma, de una parte, limita el fuero de la Administración y define, de otra, es decir, limita también el de los particulares.

Tan decisivo es este recurso que a falta de él parece inevitable que entre el poder supremo y los particulares se interponga un ancho espacio, en el cual los instrumentos de mando llegan a adquirir sustantividad y jurisdicción autónoma por una tendencia natural, cuando no por una necesidad del desorden, al abrigo de la falta de fiscalización. Entonces queda rota la línea de comunicación directa y resulta de hecho una multiplicidad de poderes extraordinariamente propicia a mil formas de corrupción y perversión de la acción pública. Tal es la causa última de las torpezas, contrasentidos, abusos de poder, multiplicidades de jurisdicción o de competencia y multiplicidades de criterio con los que se estrecha la actividad privada en sus inevitables y cada vez más numerosas relaciones con la Administración, dentro del Estado intervencionista.

Ahora bien, en el recurso de fiscalización que entraña para el poder supremo el ejercicio de sus derechos por los particulares, ocupan un lugar o papel decisivo la unidad y sencillez en la legislación, como cualidades contrarias a las de complejidad y proliferación legislativa. La primera condición para que los sujetos de derecho se sientan inclinados a ejercer los que le corresponden es que éstos sean muy claros o bien definidos, de prueba enteramente accesible, y que tengan la sensación de una Administración de justicia expedita y uniforme. En la medida en que se dan estas condiciones las tentaciones de violación de un derecho se paralizan y la fiscalización que resulta del ejercicio de sus derechos por los particulares se convierte en segura y automática. Es decir, la eficacia de este máximo instrumento de la acción del poder supremo depende del grado de unidad y sencillez legislativa inmediata y directamente. A su vez la unidad y sencillez en la legislación resultan utópicos sin una determinación muy concreta del objetivo o los objetivos cardinales de estrategia política, merced a la cual se pueda llegar a una concepción general válida del montaje estatal y de las líneas esenciales de acción administrativa o política, en virtud de las cuales, y de las tendencias generales y medias de conducta humana, podamos reconocer las conveniencias en cuanto al contenido y la articulación de las normas, desde el punto de vista de la unidad y sencillez. Hay, pues, una estrecha relación e interdependencia entre las razones que abonan la mejora de los planteamientos de estrategia política actuales en el sentido indicado.

Como puede verse, hay detrás de este análisis y de las apreciaciones implícitas en él un nuevo

entendimiento de las razones en que se fundan las excelencias del Estado de Derecho frente al personalismo de cualquiera de las formas arbitrarias de ejercicio del poder. Habitualmente se presenta la seguridad jurídica como destinada a amparar a los sujetos de derecho contra las extralimitaciones o simples arbitrariedades del poder supremo. Ha contado entre las estimaciones más difundidas la de una oposición de intereses entre quienes encarnan la soberanía en la comunidad política y los demás miembros de la comunidad. El origen de esta idea fué enteramente circunstancial. Surgió de las incidencias de la lucha del liberalismo con la realeza, lo cual no le ha impedido ser tradicionalmente admitida como una de las bases del pensamiento sobre el que se ha construido el Derecho Público. Esta apreciación, sin embargo, resulta inadmisibles a la luz de los testimonios históricos, que prueban que es común la línea general de interés entre el poder soberano y la generalidad de los miembros de la comunidad política, así como que este interés se sirve del mejor modo mediante la unidad y sencillez legislativa, poniendo en manos, respecto del poder supremo, el máximo instrumento de expresión de su voluntad y de correcto cumplimiento de la misma; y respecto de los particulares las indudables ventajas de un estatuto perfectamente definido y orientado a garantizar su autonomía.

Ya es extraño que estando tan difundido en todos los países el estudio del Derecho no hayan surgido voces autorizadas y poderosas denunciando los graves inconvenientes de la progresiva complicación y proliferación legislativa y señalando los males de que habían de ser manifestación estos defectos. Y la explicación puede estar en esa referencia de la seguridad jurídica a la oposición entre autoridad y libertad, que dejó vacilantes y perplejos a los juristas cuando por causas de diverso orden desde todos los rincones y campos se ha ido pidiendo la extensión de las competencias públicas que implicaba la desarticulación de aquel juicio.

Así, pues, la entidad de las objeciones hechas a los planteamientos actuales de estrategia política es de extraordinaria consideración. A nuestro juicio la cuestión a dilucidar es la de si son o no fundadas tales objeciones, porque si están bien fundadas encierran motivos suficientes y sobrados para recusar enteramente tales planteamientos. Amortiguar, entorpecer y filtrar la voluntad política suprema es tanto como viciar esencialmente la acción política, establecer una condición general de ineficacia, de desviación, de adulteración; introducir elementos de confusión insalvable en todas las formas de comunicación de interés político y arrastrar con ello a una subversión de valores que es la típica de la historia política contemporánea y que constituye en sí misma un mal que agrava y envenena el contenido de todos los demás problemas políticos. Los inconvenientes que se resumen en estas objeciones, además, no son aislados y separables, sino que desencadenan procesos acumulativos de intensificación y extensión de los mismos males y defectos que los originan, hasta abocar al dislocamiento de las modernas y frecuentes crisis revolucionarias; es decir, a la ruptura de la estabilidad y la continuidad que merecen considerarse como los supremos valores políticos.

Tan grande como sea la entidad de las objeciones será, por la misma razón, el mérito o el interés de la mejora que proponemos si en ella se salvan tales reparos. De aquí nuestra insistencia, ya que con esto se cierra la marcha general de nuestra argumentación en este trabajo.

Finalmente merece dejar constancia de que la sustitución de los actuales planteamientos de estrategia política por la versión sustancialmente mejorada que proponemos puede hacerse en orden y sin necesidad de una ruptura violenta. La corrección de los planteamientos de estrategia alumbra por sí misma la conveniencia respecto a los planteamientos y operaciones tácticas, con atención a las circunstancias de lugar y tiempo. Sea suficiente con indicar que acaso ninguna de las acciones políticas de creación emprendidas actualmente desde el Estado en cualquier país serían condenables desde el punto de vista de los nuevos planteamientos estratégicos. Lo que resultaría de su consideración desde este nuevo punto de vista sería su más eficaz, económica y ajustada instrumentación.

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO



VIDA Y ANECDOTA DE LOS REPORTEROS DE SUCEOS

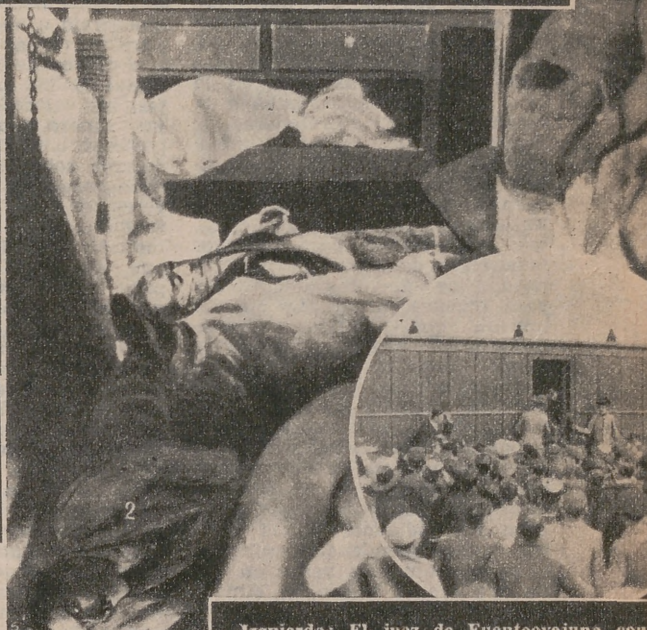
EL CRIMEN DEL EXPRES DE ANDALUCIA

NO había hecho hasta entonces información de sucesos. En los siete años que llevaba ya de vida profesional pasé por todas las secciones de un periódico, menos la de escribir editoriales—que en mis tiempos se llamaban «artículos de fondo»—, los sucesos y los deportes. De éstos se daba por aquellas fechas muy escasa noticia. El dedicar sólo al fútbol páginas enteras, a veces la cuarta parte de la superficie de un diario, es cosa de ahora. Después, andando el tiempo, hubé de escribir muchos editoriales, centenares de artículos, firmados o sin firmar. Y también hice la sección de sucesos, aunque esporádicamente. En lo que sigo inédito es en el deporte.

Mi debut, no muy afortunado, como redactor de sucesos fué, como verá el que leyera, cuando el crimen del exprés de Andalucía, bárbaro atentado que se fraguó entre criminales natos y señoritos invertidos, que por el camino de su degeneración moral y fisiológica llegaron a lo más abyecto, incluso a aquel asesinato de tanta espectacularidad, y que el general Primo de Rivera, que gobernaba a la sazón, quiso que tuviera una ejemplaridad, aconsejando, para lograrla, al Rey que no ejerciera la prerrogativa del indulto. Como se recordará, la pena de muerte que un Consejo de guerra impuso a tres de los encausados—otro se suicidó, y el quinto, Donday, cómplice del crimen, fué condenado a veinte años de presidio—se ejecutó en uno de los patios exteriores de la Cárcel Modelo, ya desaparecida.

En «La Epoca», donde se daba a la sección de los sucesos muy poca importancia, limitando la reseña de los algo descollantes a unas líneas y reduciendo la información de los sensacionales a la justa medida, para que los lectores no dejaran de conocer sus detalles más interesantes, es-

taba encargado de esa información Luis Ardila, al que yo conocí en «El Globo», en nuestros comunes comienzos profesionales. Ardila, en el que siempre aprecié capacidad, inteligencia y vocación para nuestro oficio, y al que yo recomendé para su entrada en el diario conservador, iba a la Dirección de Seguridad todas las mañanas y todas las tardes. Y luchaba con inútil tesón para que se publicasen las noticias que llevaba. Pero la costumbre y la tradición eran que el periódico no diera importancia a la sección. Y, como digo, con unas líneas se despachaba. Había dejado ya de actuar Ángel Torres del Alamo, aunque seguía siendo redactor, y publicaba cosas pintorescas y artículos de humor. Pero nada relacionado con la crónica judicial. El conocido y popular sainetero era de los más antiguos en la Dirección de Seguridad y en los Juzgados, donde se le tenía una gran estimación. Su colaborador y entrañable camarada Antonio Asenjo, redactor de «El País»—entonces la significación del periódico en que se trabajaba no importaba nada para la de uno—, hacía también sucesos, y de la coincidencia en ese destajo nació la amistad y la colaboración, que habría de consolidarse a raíz del triunfo de «El chico del cafetín». Asenjo era, al mismo tiempo, funcionario municipal. Dirigió varios años la Hemeroteca, en la que había sucedido a Ricardo Fuentes, gran periodista, de filiación republicana, lerrouxista, del que conté en estos apuntes alguna anécdota curiosa. En la Zona Nacional, durante nuestra Cruzada, Asenjo se encargó de organizar una nueva Hemeroteca, y lo hizo con la pericia y el celo que le caracterizaban, llegando a reunir colecciones de Prensa muy notables y cuantiosas. Los reporteros de sucesos tenían, antes de



Izquierda: El juez de Fuenteovejuna con los oficiales de la Guardia Civil que intervinieron en la captura de Fiqueras.—Interior del coche correo donde perecieron asesinados los oficiales ambulantes de Correos. En el círculo, momento de sacar los cadáveres del vagón.

la Dictadura, una especial unión entre ellos, una solidaridad que les llevó a la creación y sostenimiento de un llamado «Centro de Reporters», que, en realidad, era una casa de juego, cuando éste estaba autorizado. Los que integraban la agrupación se repartían mensualmente unas pesetas, no muchas, que venían a ser para ellos un refuerzo de los sueldos, generalmente poco espléndidos, que recibieran en sus Redacciones.

Como decía, Luis Ardila era el que hacía la sección. Pero llegó el tremendo suceso del exprés de Andalucía, el alevoso asesinato de los dos funcionarios ambulantes de Correos, y la necesidad de publicar una información amplia, con el mayor número de detalles y de noticias—si podía ser inéditas, exclusivas, que ésa era la «salsa» del periodismo cuando se estilaba el «pisarse» los unos a los otros—, obligó en muchas Redacciones, y también en la nuestra, a reforzar la labor del encargado de la sección. Como yo, por mi condición de redactor de la agencia Febus, adscrita a «El Sol», y mis trabajos como ayudante de la correspondencia de «Las Provincias», de Valencia, y otros periódicos de fuera de Madrid, tenía que seguir también las incidencias y derivaciones del trágico suceso, ayudé a mi compañero, y con él fui encargado de seguir adelante la información. Tan adelante la seguí, con tal empeño—el entusiasmo de los años juveniles y la afición irresistible que he tenido siempre a mi actividad profesional—, que estuve a punto de ir a un calabozo, y no como interrogador de algún detenido, si-

no como ocupante por derecho propio.

LOS REPORTEROS, EN LA DIRECCIÓN DE SEGURIDAD

La cosa fué así: los reporteros nos reunimos en un patio encristalado, que se había convertido en despacho, con unos pupitres, y que estaba en el piso principal de la casa que, en la calle de la Reina, ocupaba a la sazón la Dirección General de Seguridad. Allí se intercambiaban las noticias. Los funcionarios de la Dirección, tanto los agentes de Policía como los telegrafistas, y, desde luego, los altos jefes, tenían para nosotros toda clase de atenciones, procurando las mayores facilidades para nuestra misión. Lo que no impedía que algunas veces se produjeran disgustos y roces porque una noticia no había gustado, porque otra pareció indiscreta y podía perjudicar de determinadas pesquisas policíacas, y por pequeñas cosas por el estilo. En general, las relaciones eran muy cordiales. Y, naturalmente, los redactores de sucesos eran conocidísimos en la casa, por cuyas dependencias entraban y salían como les venía en gana. Yo era el nuevo, el «intruso», y, a pesar de mi ya no corta experiencia periodística y de la amistad con mis compañeros, me sentía un poco intimidado, a lo que no dejaba de contribuir la timidez que siempre me ha acompañado, aunque muchos que no me conocen bien crean lo contrario. El ser tímido y tener una preocupación de no hacer lo que no es correcto, de no excederse en nada, no quiere decir que uno se detenga ante las empresas que considera necesario afrontar. Son cosas y conceptos distintos.

EL CRIMEN DEL EXPRES

Hago esta aclaración porque lo que me pudo costar un serio disgusto—un susto fuerte, por lo menos—podría parecer que era una audacia mía. Y no era eso, sino el interés por dar una noticia, la impaciencia y el deseo de que las Redacciones a las que yo servía estuvieran bien informadas. El hecho es que, por pura casualidad, me fué posible conocer algunos interesantes pormenores de la gestión policíaca. Era en los días que siguieron al trágico suceso. La actividad de los agentes de la Brigada de Investigación Criminal se había intensificado en la forma que es de suponer. Todo el país estaba pendiente de la captura de los criminales y demandaba, emocionada, vehementemente, que se hiciera justicia. Como el que me lea recordará, los ambulantes postales iban en el coche-correo distribuyendo la correspondencia y los valores con destino a Andalucía, y en una estación cercana a Madrid, creo que Aranjuez, entró en el vagón un compañero de ellos, Navarrete, con unos amigos. No les podía extrañar la presencia del primero porque esto era frecuente. La camaradería justificaba el que un funcionario, conocido de los de servicio, pudiera acceder al coche y viajar con ellos. Pero iban cuatro y perpetraron la agresión. Poco después de subir, y cuando

los ambulantes no se habían repleto de la sorpresa, se consumaba el bárbaro asesinato. En Alcázar, el cómplice de los asesinos, Donday, apodado «Pildorita», cuya fama de invertido se conoció rápidamente, después del crimen, esperaba con un taxi, que sirvió a los autores de aquél para volver a Madrid. Se llevaron del coche-correo, después de matar a los infelices ambulantes, los valores declarados, alhajas, dinero, certificados que supusieron que eran importantes, y dejaron sobre el suelo del vagón, encharcado de sangre, los cadáveres de los dos infortunados funcionarios que habían sucumbido en acto de servicio y a los que, en Madrid, se rindió después un emocionado tributo al verificarse el sepelio. Este fué, a grandes rasgos contado, el dramático y salvaje atentado que conmovió a todo el país.

Inmediatamente se iniciaron las pesquisas. Y no costó mucho localizar a los criminales. Teruel, acaso el instigador y preparador del plan, vivía en una casa muy modesta de la calle de Toledo, un poco más allá de la Fuente-cilla. Después del suceso, en la vecindad notaron algunas cosas extrañas. La actitud recelosa, el aspecto de nervosismo y, sobre todo, el advertir que disponía de dinero—lo corriente es que siempre estuviera alcanzado y debiera el alquiler del cuarto, así como en las tiendas del barrio—, infundieron sospechas. Y por allí vino la pista que permitió descubrir toda la trama y quienes participaron en ella. En la misma casa de Teruel vivía el regente de la imprenta de «La Epoca», Julián Téllez, operario tan competente como leal, al que todos teníamos sincera estimación en el periódico. Y éste nos habló a Ardila y a mí de las sospechas de los vecinos y de que ya había ido por la casa algún policía, realizando las primeras indagaciones. El criminal desapareció unos días, pero volvió. Cuando se le iba a detener, en su propia alcoba se descerrajó un tiro. En los barros de la cama, huecos y disimuladamente tapados, hallaron los agentes, al efectuar el minucioso registro que era de rigor, muchos de los efectos y dinero que los asesinos se llevaron del coche-correo del expreso. La mujer de Teruel quedó detenida, y de los interrogatorios subsiguientes sobre amistades, relaciones, visitas, etc., fué saliendo toda la verdad, hasta permitir el conocimiento exacto de los implicados en la trágica aventura. No quedaba ya más que el hecho material del obligado epílogo: la detención y proceso de los autores para entregarlos a la acción del verdugo.

FUERON A DETENERME COMO SOSPECHOSO

Esta fué, precisamente, la causa de la actividad que los reporteros hubimos de desplegar y que estuvo a punto de costarme la desagradable «broma» de ser detenido nada menos que como «sospechoso». Yo había tenido ocasión de conocer unas noticias, que juzgué muy interesantes, sobre la labor policíaca. Y, naturalmente, no quería dictarlas ni al periódico ni a Febus por los teléfonos que los periodistas te-

níamos a nuestra disposición en la Dirección de Seguridad, porque si lo hacía utilizando uno de esos aparatos podían escuchar mi información los compañeros. Y de lo que se trataba era de «pisarla» o, cuando menos, adelantarla. Eso es el nervio y la gracia del periodismo. Y me trasladé a una taberna—más bien una bodega—de la calle de la Reina, que venía a estar por donde luego hubo un restaurante que, si mal no recuerdo, se titulaba «Roncesvalles», y más tarde una sala de té a cargo del barman Fernando Gaviria. Pedí un chato de vino y, al mismo tiempo, permiso para hablar por teléfono. Se hallaba éste en un rincón del establecimiento, entre unas tinajas grandes, en sitio que me pareció muy a propósito para dictar mis informes sin que me oyeran los que llenaban el local. Sin embargo, con mis apuntaciones en una mano y haciendo bocina con la otra para atenuar aún más mi voz, comencé a dictar. Como es natural, en el curso de lo que iba diciendo a mi compañero de Redacción hubo de mezclarse varias veces los nombres de los autores del crimen. Y repetí las palabras «el crimen del expreso». Y aludí a Teruel, el suicidado, y a Navarrete, el abyecto joven compañero de las víctimas, y a los otros cómplices: Honorio, Piqueras y Donday. Estaba enfascado en mi tarea de dar esas notas al periódico cuando sentí de repente que una mano se posaba sobre mi hombro, interrumpiendo la conferencia telefónica.

—¡Queda usted detenido!—me dijo un individuo, que ya conocía yo como funcionario de la Dirección de Seguridad.

Y a continuación, subrayando la frase ritual del policía, una risotada de varios periodistas, mis camaradas, que le acompañaban.

—¡Pero sí es Casares!—dijeron a coro.

Y explicaron al sorprendido agente que yo era compañero de ellos y que hacía también información del apasionante suceso. Le dijeron que no era de los redactores habituales, conocidos todos en la casa, pero que respondían de mí como de ellos mismos. Yo aclaré al policía, que se hallaba, lógicamente, corrido, que quise dar, con la mayor reserva posible, unas noticias que había conseguido, y que por eso acudí a aquel teléfono, que me pareció garantizaba la discreción que yo necesitaba. Y quedé, «ipso facto», en libertad de seguir dictando mis informes. Lo hice pasado un rato y tras de beberme otro vaso de vino. Porque no he de ocultar que estaba nervioso y conturbado. No estaba acostumbrado a que se me noticiara—¡con aquel «aparato»!—, que se me considerara merecedor de apartarme de la sociedad como delincuente presunto.

ME DENUNCIO EL CHICO DE UNA TABERNA

Cuando terminé mi tarea telefónica y subí a la oficina nuestra, en la Dirección de Seguridad, los compañeros me completaron la información del episodio.

—Un policía—me dijeron—

acercó a nosotros y nos dijo: «Si me acompañan ustedes presenciaremos una detención importante que vamos a efectuar. Es aquí al lado, en la taberna X de la calle de la Reina.

No hay que decir que los periodistas recibieron jubilosamente la novedad que se les anunciaba. Presenciar una aprehensión de alguien que tuviese relación, más o menos directa, con el suceso del exprés, era cosa de inusitada importancia. Y el agente que les daba las primicias de tan sensacional propósito, con otro colega suyo y con los míos, se trasladó a la bodega.

La sugestión fué de un chico de este establecimiento vinícola. Había pasado junto a mí cuando estaba dictando mis noticias. Me vió en actitud un poco misteriosa, hablando en voz baja, advirtiéndome que citaba los nombres, ya muy divulgados, de los autores del crimen. Y en la mente del chaval servidor del bodeguero surgió la idea de que «allí» había un cómplice de los asesinos a los que se andaba buscando afanosa y hasta el momento infructuosamente. Corrió a comunicar el «descubrimiento» a su patrón:

—Ahí en el teléfono hay un tipo que habla mucho del crimen y de Piqueras, Navarrete y los otros... Lo hace con mucho misterio, como tratando de evitar que le oiga nadie. Yo me malicio que ése está complacido...

—Pues corre a la Dirección y díselo a don Fulano, el inspector.

Como es natural, el dueño de la taberna conocía a los jefes y a muchos de los agentes de la dependencia policíaca, por razón de vecindad y, en algunas ocasiones, de servicio.

El chico cumplió el encargo que su propia sugestión y su ingenuidad habían determinado.

—En mi bodega hay un individuo que...

Y contó lo que había visto, lo que había podido escuchar y las instrucciones que le diera su jefe. No voy a culpar—no lo hice entonces, aun estando legítimamente dolorido—a aquel inspector de ligereza. Comprendo, y comprendí, que se vivían momentos de anormalidad, con los nervios en tensión. Lo único que me pareció mal es que, por un afán, acaso disculpable, de congraciarse con mis compañeros, en vez de acudir al establecimiento donde yo había sido «descubierto» y proceder con la obligada cautela, hasta saber lo que hubiese de cierto en las sospechas del muchacho denunciante, le diera crédito desde el primer momento y atribuyera a la detención que iba a efectuar tanta importancia como para movilizar a los periodistas. Claro que en el pecado llevó la penitencia, porque el «fiasco» fué morrocotudo, y las risas, estreptosas.

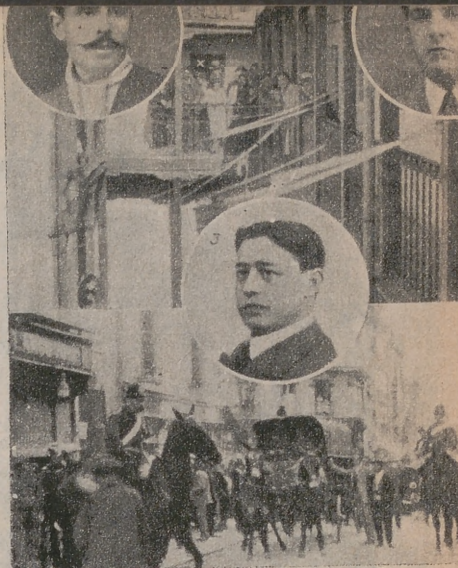
Todavía seguí unos días—el entusiasmo paliaba lo que de depresión y mal humor me pudo quedar después del incidente—en la labor informativa. Había que terminar la misión encomendada. Lo que no tuve ya fueron

ganancias ni estímulos para buscar noticias por mi mismo y tratar de epatar a los demás. Me limité a seguir sus mismas gestiones y a dar lo que todos tenían. A poco, los criminales fueron cayendo en manos de la Policía. La actividad que ésta desplegó fué certera, inteligente y de verdadera eficacia. Yo siempre he tenido el mejor concepto de la organización policíaca española, que, sin la espectacularidad y la fama de la de otros países, sabe cumplir su obligación y ha prestado en todas las épocas, desde que yo ando por las sendas del periodismo, y lo puedo saber de cerca, excelentes servicios.

LOS ASESINOS, DETENIDOS.—EL CASO DE NAVARRETE

Se esclareció todo. Quedaron detenidos y encarcelados los generados autores. De Navarrete, que, por su cultura y educación, resultaba más extraña la participación, se supieron pormenores infamantes. Su familia, que vivía en la calle de Argensola, y un hermano suyo, también funcionario postal, con destino en Cádiz, era respetable y respetada. El padre, militar con brillante hoja de servicios, con magnífica reputación, sufrió, como es de suponer, el más amargo de los golpes. Yo tuve ocasión de visitar aquel hogar, deshecho por el dolor y la vergüenza, y recuerdo que salí de él con el ánimo destrozado. La impresión era patética, desoladora. ¡La vida es así! Por vinculaciones familiares mías me fué dado conocer algunos pormenores de los Navarrete. Uno de ellos—que también había servido en Cádiz, como su hermano, hasta que consiguió el traslado a Madrid—acusó desde pequeño ciertas inclinaciones. Era afeminado y caprichoso. Las personas de mi familia a que me refiero vivieron también en la capital gaditana algunos años. Y tuvieron amistad con aquella familia. Estaba muy bien conceptuada y gozaba en Cádiz de gran estimación. A todos los que los conocían les produjo estupor la conducta criminal de uno de los Navarrete. Se sabía de sus defectos de sus desviaciones y de la afición a andar con «malas compañías»; pero no se podía suponer que llegase a extraviarse tanto como para manchar sus manos de sangre en uno de los crímenes de más abyección y de más resonancia también en la crónica negra española.

Los otros eran de condición mucho más baja. Algunos de ellos, con antecedentes como «de cuideros» y ladrones, con ficha en los archivos policíacos. El más caracterizado como delincuente, el Teruel, que no quiso ser protagonista, como sus cómplices, en el tético final en el patíbulo, y se hizo justicia a sí mismo. Piqueras y Honorio eran delincuentes habituales. La Policía los localizó rápidamente. Y el general Primo de Rivera dispuso que se les juzgara en Consejo de Guerra. La Dictadura militar se había asignado facultades excepcionales que permitían separar de la jurisdicción ordinaria un caso como aquél. Y



1. Antonio Teruel, uno de los asesinos, que se suicidó al verse descubierto. 2. José Sánchez Navarrete, principal autor del suceso, y Honorio Sánchez Molina, coautor del asesinato. Patio de la casa donde vivía Teruel (x) y exterior de la misma

llevar el proceso a la jurisdicción castrense, se le daba más severidad, más carácter de excepcional. Y mucha mayor celebridad en los trámites judiciales. La que se imprimió a las actuaciones fué extraordinaria, en consonancia con lo que la magnitud monstruosa reclamara. Y con lo que demandaba también la opinión pública, lógica y fuertemente impresionada por el crimen del exprés.

EL CONSEJO DE GUERRA

La Cárcel Modelo, en una de sus dependencias, estrecha, donde apenas se cabía, fué el escenario del Consejo de Guerra. Lo presidió el coronel Giraldo, que mandaba uno de los regimientos de Húares, no recuerdo bien si de la Princesa o de Pavia, que eran los dos que ocupaban el cuartel de la calle del Conde-Duque. Este jefe del Ejército, que tenía un aspecto grave, que imponía, fué asesinado en El Escorial en 1936, en los primeros momentos del Movimiento y de la dominación marxista. No he retenido en mi memoria—y escribo esta parte de las que voy perfeccionando sin datos a la vista—los nombres de los defensores de los encausados. Sé que uno de ellos, el de Navarrete, era el comandante don Aurelio Matilla, que ejercía también como abogado, y era entonces compañero nuestro en la Prensa. Pertenecía por aquellas fechas a la Redacción de «La Correspondencia Militar». Fué Gobernador Civil con la República y luego, al producirse el Alzamiento, se hizo muy afecto al Frente Popular y actuó como militar en las fuerzas republicanas. Al liberarse España en 1939, huyó. Creo que a Méjico. Y, según noticias, allí, en el exilio, ha muerto no hace mucho. Del desarrollo del Consejo de Guerra y de la ejecución de los reos—que presencié, y de la que hice una detallada información—me ocuparé en otro capítulo de estas Memorias.

Francisco CASARES

IRLANDA

EL 53 POR 100
MASCULINA PIA

BOICOT FEMENIL

la natalidad más alta de Europa, haya visto decrecer en los últimos cien años su población de una manera verdaderamente alarmante. En efecto, en 1841 el número de habitantes era de ocho millones, aproximadamente la mitad de la población de la Gran Bretaña de entonces, mientras que en 1951 la población era de 4.332.000 en Irlanda, es decir, una décima parte de la actual de Inglaterra.

El gran descenso se inició durante el invierno de 1846-47, en que se produjo la gran hambre de aquella época, y esta regresión demográfica continuó sin interrupción hasta 1926, año desde el cual la población ha permanecido estable. No obstante, los 24.384 irlandeses que emigran por término medio al año constituye la cifra de nacimientos, que excede sobre las defunciones, lo que hace que a duras penas se conserve esta estabilización, que, por lo menos, impide la anterior disminución. Exactamente los técnicos en esta cuestión opinan que de cada cien personas del superavit de nacimientos, noventa y seis dejan el país.

La gravedad de todos estos hechos ha preocupado, como es natural, profundamente a los Gobiernos irlandeses. Con el fin de estudiar científicamente todo este fenómeno, hacer un cuadro exacto de la situación y proponer las medidas oportunas para remediar lo que hasta ahora han sido males inevitables, se decidió en 1948 constituir una Comisión que llevase sobre sus hombros esta importante tarea.

Teniendo en cuenta la importancia del problema, integraban la Comisión, aparte de competentes técnicos en cuestiones demográficas, toda una serie de importantes personalidades irlandesas pertenecientes a las más diversas actividades. Entre los 24 miembros de la Comisión figuraban el arzobispo de Cork, destacados profesores de la Universidad y de los Seminarios religiosos, economistas y especialistas en cuestiones sociales.

Después de seis años de largos e improbos trabajos, la Comisión ha emitido un exhaustivo informe en el que tras de trazar un cuadro general de la situación, basado esencialmente en estadísticas indiscutibles, se trazan y esbozan toda una serie de posibles medidas para remediar los problemas que plantea la permanente emigración.



Lagos y ríos proporcionan en Irlanda el deporte de la pesca

CUANDO en noviembre de 1941 el entonces Presidente de Irlanda, Eamon de Valera, reafirmó el propósito de su país de permanecer alejado de la contienda universal, a pesar de la extensión del conflicto que acababa de producirse con el ataque del Japón a Pearl Harbour, agregó a su declaración unos comentarios que presentaban un aspecto casi pintoresco. Así, tras de declarar que Irlanda sería «un neutral amigo de los Estados Unidos», añadió que «no sería natural el que no simpatizásemos de una manera especial con Norteamérica cuando su entrada en la guerra ha causado ansiedad y pena en todos los lugares del Eire, ya que apenas hay una familia en este país que no tenga a uno de sus miembros o parientes en aquella nación.

TREINTA MILLONES DE IRLANDESES FUERA DE LA ISLA

Al hablar así De Valera—él mismo oriundo de Norteamérica—expresaba, por extraño que pueda parecer, una realidad como la que es el que toda la población de un país pueda estar emparentada con una parte de la de otro. Los irlandeses, por una serie de circunstancias de que luego hablaremos, son un pueblo cuyos componentes pueden recibir, en cualquier momento, una herencia al otro lado del Atlántico. Y su fortuna no sólo le puede venir de la Unión Norteamericana, sino también de Australia, Canadá y, últimamente, incluso de Inglaterra, países por los que se reparten los treinta millones de irlandeses de ultramar, que convierten a la propia isla con sus escasos cuatro millones de habitantes de la raza irlandesa en una pequeña provincia.

Es un lugar común en estas latitudes, que por cierto repiten

hasta la saciedad los prospectos de turismo el comparar a Irlanda con un barco que navega por el Atlántico. La comparación quizá sería mejor si se afirmase que este navío hace agua y su tripulación se apresura a abandonarlo buscando refugio en otros lugares más seguros. No tenéis que preocuparos en buscar mucho en estas tierras la confirmación de esta dispersión familiar. Es raro que habléis con un irlandés que no tenga algún pariente en Nueva York, Glasgow o Camberra. Al principio esto os llama un poco la atención, pero luego encontraréis completamente natural conversaciones como la que yo tuve hace unos días con una profesora universitaria de Dublín:

—¿Estará usted hasta el final del curso?

—No. Me marchó a casa de vacaciones.

—¿Vive usted lejos de Dublín?

—Un poco. Mi familia reside en Nigeria.

La conversación es un ejemplo, entre otros muchos, que podrían citarse. Pero, naturalmente, lo que yo no puedo reflejar en mi crónica es la naturalidad con que la profesora me afirmó que al día siguiente emprendería un viaje aéreo de dos días para reunirse con su familia. Naturalmente, los progresos de los tiempos en que vivimos le permite a ella y a otros como ella, en casos semejantes, mantener vivo el vínculo familiar por un contacto frecuente, cosa que hubiera sido completamente imposible antes de que el tráfico aéreo se convirtiera en un medio normal de transporte.

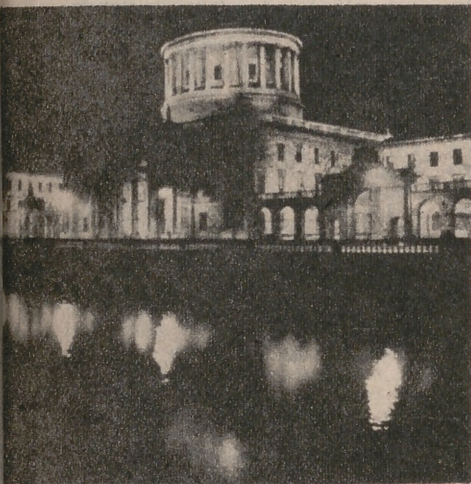
DISMINUCION PERMANENTE DE LA POBLACION DESDE HACE UN SIGLO

Esta emigración permanente ha sido la causa de que Irlanda, a pesar de ser el país que posee

MORTALIDAD CRECIENTE Y EMIGRACION

LA POBLACION PERMANECE SOLTERA

SEGUN LAS ESTADISTICAS



Dublin durante unas recientes manifestaciones de exaltación nacional y patriótica



El Trinity College de Dublin

BOICOT FEMENINO A LOS ESTADISTICOS DE EMIGRACION

La Comisión ha trabajado en firme, y en sus esfuerzos por encontrar los datos que necesitaba ha tropezado con no pocas dificultades. Entre éstas no ha sido la más pequeña la negativa que ofrecieron las mujeres a descubrir determinados datos que los investigadores necesitaban. Hubo momentos, según parece, que los miembros de la Comisión estuvieron a punto de renunciar a sus puestos si las mujeres no cambiaban de opinión y cesaban de boicotear sus trabajos. La oposición venía, precisamente de la tradicional resistencia femenina a revelar nada que pueda relacionarse con su verdadera edad.

El propio informe hace constar esta dificultad, no estando incluso sus autores muy seguros de que se haya logrado solventarla totalmente en determinados casos. Se afirma en él que las mujeres se negaban radicalmente a poner en los formularios el número de sus años y también la edad que tenían cuando contraieron matrimonio. La Comisión estima que debe cesar esta manera de comportarse, para lo cual promete dar en sus próximas investigaciones las máximas garantías de que todas las informaciones recogidas serán registradas y conservadas en el terreno confidencial más estricto.

Los hechos más importantes revelados por el informe son: hay más mujeres emigrantes que hombres; la edad que reúne mayor número de emigrantes es la de veinte a veinticinco; la mayoría de los emigrantes van aho-

ra a Inglaterra, a diferencia de antes, que era a los Estados Unidos, y, finalmente, el número de estos emigrantes ha sido de 25.000 en el período que media entre 1946-51.

EL 53 POR 100 DE LA POBLACION MASCULINA CELIBE

Antes de que las estadísticas lo revelasen a través de este informe, que durante todo el mes de julio ha sido el tema principal de la Prensa irlandesa, era un hecho manifiesto para cualquier observador de estas tierras el enorme número de solterones que por aquí existen. Ahora los números se han encargado de concretar estos puntos. De ello se deduce que el 53 por 100 de la población masculina superior a los quince años permanece celibe y que a un 43 por 100 de la masa total del sexo débil le ocurre lo mismo.

Teniendo en cuenta estos datos, y sobre todo viendo cómo el solterón es ya casi una institución en Irlanda, lejos de ser mirado con recelo, como ocurre en otros países—aquí casi se respeta a esos «probos varones» que llevan una vida familiar encuadrada dentro del vínculo filial, alegrando y acompañando los últimos años de sus progenitoras—nada tiene de extraño que entre los emigrantes el número de mujeres sea bastante superior al de hombres.

Las mujeres irlandesas prefieren, sin duda, arrostrar las dificultades de una vida nueva en un país distinto a tener que soportar la incertidumbre sobre su futuro matrimonial.

La voluntad de permanecer celi-
libes por parte de los irlandeses
se quiebra en determinadas cir-
cunstancias, y ello es la causa de
los abundantes y tardíos matri-
monios. Porque Irlanda es el
país de Europa donde hay mayor
número de bodas de madurez,
donde la proporción de casamien-
tos en relación con el número
de habitantes es más reducida.

Las causas de esta emigración
continúa se debe, según la cita-
da Comisión, al fracaso econó-
mico en los intentos de lograr
un nivel de vida alto. La misma
Comisión rechaza la sugerencia
de que la emigración sea una
válvula de seguridad que evite
en el país el paro e impida crisis
económicas y políticas. Por el
contrario estima que la salida de
tanto ciudadano tiene conse-
cuencias casi siempre nocivas pa-
ra la vida del país, y que por lo
tanto hay que buscar algún re-
medio que la impida.

UN SERVICIO DE AUTO- BUSES QUE VALE POR TODA UNA CIUDAD

La emigración ha ido acompa-
ñada por un aumento progresivo
de la población urbana de la isla
y de una disminución de los
habitantes del campo. Actual-
mente Dublín solamente cuenta
con una quinta parte de la po-
blación total de los 26 condados
independientes. No obstante se
estima que el crecimiento de Du-
blín no ha seguido un proceso
similar al de otras ciudades mo-
dernas.

No obstante el justificado de-
seo de los habitantes de Dublín
de que su ciudad mejore en to-
dos los aspectos cada día, la ca-
pital de la República del Eire nos-
otros creemos que en la actuali-
dad puede competir con cual-
quier ciudad europea y particu-
larmente con las de Inglaterra,
cuyas tradiciones y formas de vi-
da recoge y encuadra, aunque
dándole una mayor vivacidad.

Si bien es cierto que Dublín
posee también sus «slums», quizá
más numerosos de lo que debie-
ran desearse, originados precisa-
mente por la pobreza del país,
no es menos verdad que sin con-
tar ese espléndido casco urbano
que constituye la O'Connell
Street, existen también hermosos
barrios residenciales que forman
un cinturón de verdor a la ciu-
dad. Y hablando del verde por
asociación de ideas, me veo obli-
gado a señalar otra de las cosas,
quizá la mejor, que pueden carac-
terizar a Dublín como una gran
ciudad. Me refiero a su esplén-
dido servicio de autobuses de dos
pisos—pintados de verde—que
con una frecuencia inusitada—so-
bre todo para los que ya casi
nos hemos acostumbrado a pa-
sarnos tiempo y tiempo en las
paradas madrileñas esperando
semejantes vehículos—ponen en
comunicación los puntos más dis-
tantes. Pues Dublín, a pesar de
su población reducida, se extiende
enormemente, ya que la construc-
ción más corriente es la de casas
de uno y dos pisos, con su co-
rrespondiente jardín.

El autobús verde es algo que ya
siempre quedará unido a mi re-
cuerdo de Dublín. No sólo por la
excelencia de su servicio, sino
también porque al atravesar las
calles de la capital irlandesa uno

tiene que ir con el máximo cui-
dado de que no le apaste esta
constante oleada de gigantescos
vehículos, que a una gran veloci-
dad realizan su servicio urbano.
En realidad el autobús de Du-
blín no es sólo un objeto de ad-
miración para los extranjeros, si-
no también para los habitantes
de la ciudad, que se muestran
justificadamente muy orgullosos
de ellos y dan una cierta catego-
ría importante a los conductores
de los mismos, que no tienen ta-
rea fácil en llevar estos trans-
portes de diez toneladas en medio
del vivo tráfico de la ciudad.

LA CAPITAL MUNDIAL DE LA CERVEZA

Una de las causas que la Co-
misión señala como fuerza mo-
triz de la emigración reside en
las pocas posibilidades que el
país ofrece a sus hijos. La esca-
sa industrialización impide el au-
mento del nivel de vida, y, por
lo tanto, obliga a los irlandeses a
buscar fuera de su isla una tarea
que le permita vivir holgadamen-
te. La necesidad de mantener las
propiedades rurales impartidas
con el fin de no reducir las a pro-
porciones onerosas provoca en
primer lugar el abandono del
campo por aquellos miembros de
la familia que no poseen patri-
monio propio. Naturalmente, al
no encontrar una industria que
los acoja, la única solución posi-
ble es abandonar la isla y mar-
char a ultramar.

Si bien es cierto que la indus-
tria irlandesa está poco desarro-
llada, Dublín, sin embargo, se sa-
le de esta caracterización gene-
ral, ya que posee una de las fá-
bricas más gigantescas del mun-
do. Me refiero a la destilería
Guinness, productores de la famo-
sa cerveza, cuya publicidad llena
las paredes, no sólo de Irlanda,
sino también de toda Inglaterra.
Veinticinco hectáreas de terreno
ocupa esta empresa manufactura-
ra, que, además, emplea a 14.000
personas. Estas circunstancias ha-
cen creer a los irlandeses, y so-
bre todo a su propaganda turis-
tica, que Dublín es acreedora del
título de «la capital mundial de
la cerveza». Uno, que conoce Mu-
nich y el cinturón de fábricas de-
dicadas a esta bebida, no sabe
hasta qué punto será justa esta
afirmación y si no se menos-
preciará un poco ligeramente el
potencial cervicero de la hermosa
ciudad del Isar.

LA BEBIDA Y LA LLUVIA

No sé si por la abundante pro-
ducción cervicera o por motivos
más esenciales—me inclino por
estos últimos—los irlandeses
muestran un comprensible y na-
da censurable amor a la bebida.
Su alegría de vivir, manifestada
en tantas y repetidas ocasiones,
tenía que revelarse también en
este aspecto. Las imposiciones pu-
ritanas nada pudieron contra esta
afición—me refiero a la jovia-
lidad y no a la embriaguez, como
es natural—, y es llamativo el
contraste que existe a este res-
pecto entre ingleses e irlandeses.

En las cervicerías y cafés, que,
por otra parte, no tienen ese aire
de lugares ocultos y misterio-
sos que poseen los de Inglaterra,
los irlandeses se divierten y dan
rienda suelta a su vitalidad con
una franqueza que demuestra su
carácter alegre y catador de las

cosas buenas de la vida. Este ge-
nio ruidoso y en algunas ocasio-
nes incluso pendenciero los dis-
tingue en dondequiera que es-
tén. Una manera de localizar a
los emigrantes irlandeses en In-
glaterra, sobre todo en ciudades
como Glasgow, Liverpool y Bir-
mingham, donde existe una fuerte
colonía, es buscarles en el gru-
po más ruidoso y alegre de la re-
unión celta.

Hay quien dice que el amor a
la bebida de los irlandeses—hecho
que hace animarse los sábados
considerablemente las calles de
Dublín—viene precisamente de
los duros tiempos de la domina-
ción británica, cuando los hom-
bres buscaban en el alcohol algo
que aliviase la dura existencia.
Yo me aventuraré a esbozar la
hipótesis de que haya contribui-
do no poco a esta afición la llu-
via de este país, tan abundante
y copiosa, que a pesar de ser ya
un hecho diario y normal, obliga,
sin embargo, a los isleños a per-
manecer muchas horas bajo te-
chado.

La lluvia es algo de lo que tie-
ne que hablarse siempre que se
traza el cuadro de la vida irlan-
desa. Es ella la que ha hecho po-
sible esos incapables prados ver-
des que luego han servido para
ser utilizados como tópicos del
paisaje irlandés. Hora tras hora
transcurren los días sin que
se vea el sol, fenómeno que si
bien es cierto que a los irlande-
ses no les afecta mucho provoca
casi la desesperación de los que
son de tierras más meridionales.

En lo referente a la lluvia se
podría decir que los irlandeses,
tan semejantes en tantos otros
aspectos, son los antipodas de
los españoles. También aquí la
Prensa dedica considerable espa-
cio al tiempo, y sobre todo los
domingos se esbozan pronósticos
que generalmente afirman la im-
presión de que continuará la hu-
medad. Este año, sobre todo, la
lluvia ha sido de una persisten-
cia continua, hasta el punto de
que un cierto número de cose-
chas se han estropeado. Las con-
diciones meteorológicas se han
mostrado tan amenazadoras y
graves que los obispos irlandeses
han ordenado que en todas las
iglesias se hagan rogativas para
que se produzca el buen tiempo
y sin que deje de llover, que es-
to sería pedir lo imposible en Ir-
landa, se atenuo algo el caudal
de las aguas del cielo.

¿REVIVIRA LA LENGUA GAELICA?

Es una característica muy tí-
pica del irlandés la de conser-
var su propia personalidad don-
dequiera que vaya. Lejos de
anegarse en la marea de los paí-
ses a que emigra, sostiene sus
peculiaridades, cuya fuerza in-
trínseca llega hasta influir en el
ambiente que le circunda. El
irlandés dondequiera que esté
lleva consigo su manera de vi-
vir, sus tradiciones y sus creen-
cias. Al igual que por toda la
isla siguen erguidas las viejas
cruces y torres célticas, que pa-
recen simbolizar la supervivencia
de todo un genio nacional,
los isleños y sus descendientes
de Ultramar prolongan este es-
píritu nacional en las tierras
más distantes.

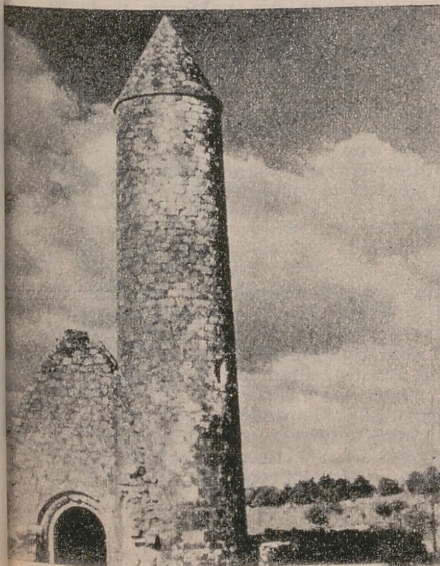
Hay que reconocer, sin embar-
go, que en esta supervivencia

ses cuentan con un trazo no pequeño. Me refiero concretamente a la desaparición casi total del gaélico; es decir, del idioma vernáculo de los irlandeses. Hace poco menos de dos siglos el gaélico se hablaba en toda la isla y el inglés era apenas conocido. Hoy las cosas han cambiado hasta tal punto, que ocurre exactamente lo contrario. Sólo en las lejanas costas occidentales, donde la influencia británica fué muy escasa, continúa el gaélico siendo la lengua usual y familiar.

Es precisamente en estas costas donde se mantienen las más viejas tradiciones y los tipos más característicos del folklore irlandés. Un verdadero ejército de investigadores se desparrama ahora por estas regiones con el fin de recoger canciones, leyendas y, en general, el mayor número posible de material relativo a ese pasado gaélico tan añorado.

Un Instituto especial, creado con el fin de revivir el gaélico, se encarga de realizar esta sistemática campaña de investigación de las costumbres del país. La labor realizada ha sido verdaderamente prodigiosa. Numerosos especialistas han pasado largas temporadas en las costas occidentales grabando discos en los que no sólo se recogen canciones, sino también toda clase de expresiones y formas dialécticas que, a no ser por esta investigación, acabarían perdiéndose para siempre.

Todos estos esfuerzos son la expresión más clara de que, a pesar de la anterior derrota, los irlandeses no se dan en esto por vencidos. No obstante, las críticas que ello provoca, particularmente entre los ingleses, el Gobierno de Dublin no ha abandonado, ni mucho menos, la esperanza de que el gaélico vuelva a ser otra vez la lengua nacional y el inglés un idioma extraño. Oficialmente Irlanda es un país bilingüe. De acuerdo con ello, todos los carteles oficiales están escritos en las dos lenguas. Cualquiera letrado en las calles se rige por normas idénticas. Las sesiones parlamentarias son abiertas con una oración en gaélico. Los sellos de Correos, desde hace algunos años traen ya sus inscripciones solamente en irlandés. Todos aquellos cargos que representan algo en el país se procura darles el nombre celta y olvidar el inglés. Así, cada vez se emplea más la palabra «Taoiseach» por la de primer ministro.



Dina irlandesa

Actualmente, el irlandés es obligatorio en las escuelas, y todos los funcionarios públicos tienen el deber de conocerlo. En algunos casos se llega hasta a enseñar exclusivamente el gaélico en los centros de enseñanza. Como ya he dicho antes, estos procedimientos provocan muchas críticas, algunas incluso entre los propios irlandeses, que consideran todo el asunto como caducado y creen que lo mejor es reconocer como invariable la situación actual. En estos mismos días se ha respetado una de estas polémicas. Un profesor se permitió opinar que era antipedagógico el enseñar en las escuelas diversas materias en gaélico, ya que el vocabulario de esta lengua no está a la altura de los tiempos modernos. Un senador y profesor de Economía expuso su más violenta repulsa a esta opinión, asegurando que es completamente falso que el inglés sea esencial para el progreso comercial, industrial o profesional.

EL GAÉLICO, MEDIO DE VIDA DE LOS ESTUDIANTES

Esta protección oficial a la difusión del gaélico ha provocado, entre otras cosas, que sean muchos los que lo aprendan para luego enseñarlo, o bien para enseñar determinadas materias en esta lengua, ya que la predilección oficial en este terreno permite honorarios bastante crecidos a los que demuestran poseer estos conocimientos. Como puede suponerse, entre los que buscan estos trabajos figuran en gran mayoría los estudiantes, que en Irlanda, al igual que en la mayoría de los países europeos, han acabado por independizarse de sus familias y se costean sus estudios con trabajos extraordinarios ajenos a sus estudios. Una amiga mía financiaba sus actividades enseñando nada menos que matemáticas en gaélico.

El estudiante irlandés vive intensamente todo el proceso de transición por que atraviesa su pueblo.

Actualmente posee Dublin dos Universidades. Una de ellas la Universidad Nacional, aunque fué fundada por el cardenal Newman, por su carácter católico se convirtió en el reducto nacionalista de la enseñanza superior. La otra Universidad, el Trinity College, fué establecida por Isabel I de Inglaterra. Naturalmente, fué un reducto intelectual de la dominación británica, aunque, justo es reconocer que, por ser la única institución de enseñanza superior, se educaron en ella las más destacadas figuras de la vida intelectual irlandesa, incluso muchos que después fueron portavoces de la resistencia nacionalista. El Trinity College, encuadrado hoy ya en la vida nacional irlandesa, es, sin embargo, por sus formas de enseñanza e incluso por la disposición de sus edificios, una típica Universidad británica. Situada en pleno centro de la capital, constituye una auténtica



isla en el mismo núcleo urbano. Construida de forma similar a los colegios de Oxford y Cambridge, es decir, formando varios edificios entre campos de deportes y prados, se rige por el sistema tutorial, que permite la convivencia de los estudiantes en un grado mucho mayor que el que establecieron las Universidades modernas.

En los edificios residenciales del Trinity College se advierte mejor que en ninguna otra parte lo que hay de grandeza y decadencia en el universitario educado a la inglesa. Al igual que en Oxford y Cambridge, aunque aquí sea más radical, el nivel de vida ha tenido que reducirse, ya que los tiempos cambian. Donde antes vivía un solo estudiante con su criado, hoy lo hacen varios universitarios. Una cocina colectiva suplente en cada piso no sólo a los sirvientes, sino a cualquier otro intermediario, ya que son los propios estudiantes quienes, además del desayuno, la comida esencial tanto en Inglaterra como en Irlanda, se complementan sus principales alimentos.

La otra Universidad, la Nacional, sigue sistemas distintos, aunque la vida estudiantil se deslice por cauces muy semejantes. Precisamente en estos días esta Universidad ha celebrado su centenario, y ello ha constituido un verdadero acontecimiento, en el que han participado no solamente los universitarios de este país, sino también los de todo el mundo. Estos actos han servido, por otra parte, como demostración de simpatía y afecto hacia su Canciller, Eamon de Valera, verdadero padre de la patria y que, por encima de las divergencias partidistas, continúa siendo el más preclaro símbolo del pueblo irlandés. La Universidad Nacional de Irlanda goza, por otra parte, de la amistad de la mayoría de los pueblos, por su espíritu cordial y abierto. Desde su constitución y, principalmente, desde que Irlanda es un país libre, no ha vacilado en acoger en sus cátedras a muchos científicos que tuvieron que abandonar sus países de origen por persecuciones políticas o raciales.

Un típico paisaje de Irlanda con las tradicionales torres

José Manuel GARCIA ROCA
(Enviado especial.)

JACQUELINE

NOVELA

Por Luis SANTAMARINA

ALEJANDRO de Montealegre marchó muy joven al Perú, en donde estaba bien emparentado. Tuvo suerte y se enriqueció pronto merced a la protección de un hermano de su madre, Narciso Alejandro de la Herrán, quien le arrendó por poco más de nada unas guaneras que tenía, muy descuidadas, allá en la raya con Chile. No paró ahí el tío solterón y cordial y se las dejó a su muerte.

De gustos ahidalgados, desprendióse de casi todos sus negocios y viajó, ocioso, por Europa. En París conoció a una señorita normanda, Jacqueline de Beurepaire—«de sable à trois gerbes d'argent», y casóse con ella poco después. Tuvieron una niña y le pusieron cuatro nombres muy bonitos, Laura Carlota Jacqueline Louise—de la abuela española y la madre francesa—, pero la llamaron siempre Jacqueline.

Cuando tenía unos veinte años vinieron a España, y en la aldea noruega donde naciera el padre pasaron unos meses en la vieja casa.

Allí conoció a su tía Laura, viuda hacia mucho, y a su primo Narciso Vicente de la Herrán, algo mayor que ella, espigado, alegre y de buena traza. Verano y otoño fuéronse en un vuelo. Salidas a caballo, jiras y excursiones. Largos paseos por los campos y por los castañales familiares vestidos con el regio ropaje del primer otoño. El cantaba dulces zorricos—«Maitte, maittechu mian...» («Querida, queridita mía...»), «La del pañuelo rojo»—con hermosa, abaritonada voz, que Jacqueline oía extasiada.

Quiso iniciarla en la caza, pero no fué posible, pues le daba pena matar las torcaces, las bécardas y monacicos, que abundaban allí. Sólo accedía a acompañarle, y con una «*arrière pensée*» en su fina cabecita, y muchas veces entre risas, desviábale la escopeta en el momento preciso. Narciso endurecía el gesto—estaba demasiado bien educado para enfadarse con una señorita—; pero eran tan hermosos sus ojos claros que terminaba riéndose también, ante la perpleja mirada de «Lord», magnífico setter Gordon, de punta y vuelta, que no se explicaba aquellas cosas.

Regresaron a Francia y, como si la visita hubiera sido una premonición, una presciencia, una oscura llamada de la tierra o quizá de sus muertos, Alejandro falleció pocos meses después. Allí reposa, en los claros y húmedos campos de Normandia.

Entre ambos primos nació un afecto que cuajó en amor, un amor juvenil que pasó, sin duda, como lluvia de primavera. Se escribieron muchas cartas; las de él, Dios sabe dónde andarán; de las de ella se salvó milagrosamente una veintena—vuelitas de «*billets doux*» en legajo de letra empalidecida—en un «*secrétaire*» imperio olvidado en la casita de campo a la que solían ir los abuelos durante la segunda ctoñada a vigilar la resalvia y recogida del fruto de los castañales, muy importante allí arriba por aquel entonces, cuando la «*Phitophora Cambivora*» no los había aún diezmando y vuelto a diezmar.

Faltan muchas. Sólo así se explica no se aluda en ellas para nada a la muerte de Alejandro de Montealegre, acaecida precisamente entonces, que fué definitiva para su desvinculación de la tierra y familia españolas y también su brusco terminar en pleno idilio. Otras, por grises o por un respeto excesivo quizá, no me resuelvo a transcribirlas.

21 DE NOVIEMBRE 1862

... Aquí nada ha cambiado, está todo igual; hasta las flores que dejé en la casa las he vuelto a encontrar; se han marchitado sin cambiar de forma; sólo han perdido el color: parece que todo ha dormido durante días y días. No hace frío apenas. Un cielo muy despejado, de un azul



verdoso, casi blanco; mucho viento sopla alrededor de la casa y se mete por las rendijas; a la perruca no le gusta nada y se viene a esconder cerca de nosotros con mucho susto.

30 DE NOVIEMBRE...

¡Si vieses qué luz más fina hay esta tarde! Está el bosque más claro, con más luz y menos hojas en los árboles; quedan sólo algunas quititas doradas aquí y allá, y ya no se oye más que el ruido suave de las hojas secas. Los cazadores—unos monstruos, como tú—han asustado a los conejos y aves, y cuando se van queda el bosque callado, ¡pobres bichos! Ya me estaba quedando dormida en este rincón tan silencioso. Parece que cada cosa haya encontrado su sitio dentro de mí, iluminándolo todo tu recuerdo; pasan las horas tan iguales que parece pararse el tiempo, y da impresión de libertad. Cuando estaba a tu lado me dolía que pasase el tiempo, aquí no; para eso es la vida: para que se la lleve el tiempo despacito o de prisa. Aquí hay un viejo refrán que dice: «*A chaque jour suffit sa peine et sa joie.*»

Adiós, amor mío, veo ya esta hoja de papel en tus manos, ¡qué lástima no poder mandar algo más en un sobre! Adiós, no estoy triste.

7 DE DICIEMBRE, NOCHE

Estoy tan cerca de ti, tengo tan ardiente dentro de mí el recuerdo de tus palabras y de tu cariño que, aunque quisiera, no podría pensar en otra cosa. En cuanto estoy sola me invade tu recuerdo, como aquellas olas violentas, verdes y espumosas del mar de nuestra tierra. Estarás dormido; es tarde. Yo estoy bien aquí sola; cierro los ojos y llegan a mi memoria tus palabras y hasta creo oír tu voz.

Adiós, no, pues cerraré esta carta y seguiré hablando contigo, como siempre, dentro de mí, como rezándote.

OTRO DIA

Recuerdo una impresión que tuve muchas veces delante de ti y que vuelvo a sentir hoy exactamente igual: impresión de no existir por mí misma, de ser algo vacío, algo como sería un pozo escondido entre árboles, silencioso y oscuro, hasta que aparte el viento las ramas y se refleje el sol en el agua dormida, llenándola de cielo y de luces... Ya no parecen negras las paredes; son brillantes y por ellas crecen hierbas y musgos; escondido, un sapo canta suavemente... Todo lo ha

cambiado el sol: tiene el pozo vida y alegría, pero sabe que no es vida propia, que es milagro de generosidad del sol, para que guarde esas riquezas como si fueran suyas, le dará el sapo amigo un secreto (porque esos bichos entienden de brujerías), una palabra mágica..., «recuerdo». Algo de mágico ha de tener esa palabra para que haga tales milagros; todo revive con la misma emoción, con la misma fuerza.

5 DE ENERO DE 1863

Estos días hacía un viento terrible; en el bosque se retorcián los árboles y volaban las hojas secas con una fuerza increíble; no se ven los animales, el viento es el único dueño: de todo se apodera y todo le obedece; en cada árbol canta con diferente voz; en los pinos silba entre la masa espesa de las agujas y, sacudiendo las ramas verdes y felpudas, no da queja, sino un rumor profundo, como las olas arrastrando arenas y pedruscos. En los robles es feroz, porque no pliegan las ramas rígidas; las que consigue romper quedan colgadas por la corteza y golpean el tronco rugoso con grave sonido. Las hayas grises tienen gestos humanos y el viento les arranca quejidos que suenan a latigazos. Arrastrando hojas secas y quimas rotas en un torbellino desesperado, canta y aúlla con mil voces diferentes, sopla con tal entusiasmo que parece barrer hasta los pesares escondidos; por lo menos ayuda a vencer nostalgias, ¿quién puede estar triste dentro de semejante tormenta? A mí me encanta el viento; no es siempre un amigo muy suave, pero así me gusta. Ha parado, cansado de atormentar los árboles; se han quedado inmóviles y sorprende verlos tan quietos y silenciosos; parece que está el bosque entero esperando. Veremos a ver si se cumple el refrán de aquí: «*Année venteuse, année pommeuse.*» Te lo cuento todo tan mal que no tiene interés, pero como tú conoces esas voces del viento, te lo recordaré...

Se acabó el día, tengo que continuar lo de siempre, algo más alegre por haber estado charlando contigo. Te mando esta hojita, que llegará a tus manos, y siento por ella un cariño muy suave.

(Y la hoja de olmo sigue allí: un corazón de oro desvaído, muy pálido, muy pálido.)

17 DE ENERO

Hoy recibí tu carta. Quería guardarla escondida mucho tiempo antes de abrirla y sólo pude esperar un rato, y eso andando muy de prisa por el bosque; por fin me senté cerca de un tronco para leerla. ¡Qué feliz estaba! Más contenta que las nubes blancas corriendo por el cielo oscuro (al menos parece que van muy contentas, jugando con la luz y el viento).

Estuve mucho tiempo leyéndola. Llegó muy pronto y pensaba que quizá tendrías tú la mía en aquel momento, y me parecía estabas muy cerca de mí. Triscaba suavemente el papel fino junto a mi piel; de cuando en cuando daba el sol y brillaban las hojas mojadas en el suelo. Un mirlo cantó en el árbol cerca de mí y pronto siguió el pío pío de los demás pájaros, juntándose para dormir. Se iba la luz; dejé aquel rincón del gran nogal y volví despacio a casa, con mi carta escondida. Hay mucho ruido en la casa estos días; no sé dónde meterme.

Pasó el viento y anoche empezó a caer nieve. Ahora está el bosque precioso; parece un país distinto.

8 DE FEBRERO

Mon ami:

Tengo tantas ganas de verte que estoy toda encogida, llena de angustia, intenso deseo, sed de tu presencia; pensar en tus manos, recordar tu expresión aumenta esa tensión dolorosa, y no lo puedo evitar. No creas que me queje o me desespere, ya conozco este malestar y sé que en unos días pasa y me deja abatida, pero sin pena. Vuelvo a sentirme en mí al menor recuerdo o suave impresión de compañía; vienen palabras tuyas en tus cartas y me traen fuerza y alegría, y ya no me duele la distancia.

De todos modos perdóname esta carta; te la mando porque me alivia pensar que la abrirán tus manos y durante unos segundos seguirán tus ojos estas líneas mías.

Gracias a Dios se acabó el jaleo de la casa; se fueron las visitas y nos quedamos en paz. Estoy algo atontada y me sorprende este ambiente tranquilo, hecho de mil rumores; hay que escuchar atentamente para distinguirlos, porque se funden. La leña humea en la chimenea, da un silbido suave y seguido, casi igual que el de los pájaros, fuera, en el jardín, y el sopleto de las llamas amarillas o azuladas se une al rumor del viento en los árboles. Algún silbido más intenso —un mirlo—alegra el ambiente sin desentonar. De cuando en cuando sale el sol y brillan las ramas de los árboles, mojadas de lluvia.

Poco a poco me irá ganando esta paz de las cosas y lograré una armonía interior, algo que no tenga tristeza ni temor, un clima de serenidad para que vivan mis recuerdos intensamente, y yo de ellos.

Te mando esta violeta, tan pequeñita y joven que aun no se la ve el corazón...

(Y allí está el espectro de la violeta unida al papel por una puntada de seda azul.)

16 DE MAYO

Te escribo desde un rincón del jardín; muy cerca hay un ruiseñor en una ramita con una pluma en el pico; creo que tiene el nido por donde estoy yo, y, aunque no me nuevo nada, no se atreve a entrar y revuela en torno mío con un ruido de alas muy suave. Luego vuelve otra vez a su ramita y me mira moviendo su cabecita; me gustaría que lo vieras. ¡Qué pena no entender de hechicerías! Una vez, en el bosque, cubrí una carta tuya con musgo, y en el medio escondí un narciso; aparté el musgo en torno para ver tu letra y dejé mucho tiempo así la carta escondida; cuando la recogí tenía algo de la humedad del musgo y el perfume del narciso...

¡Qué bien estarías en el bosque, qué tranquilo! Hace un tiempo precioso, sin viento, sin calor. Queda niebla sobre el estanque, como si no tuviera fuerzas el sol para desengancharla de los juncos. Es un sol tierno y juguetón, que apenas calienta la hierba brillante, recién nacida, y el musgo espeso y blando.

¡Qué bien estarías escuchando los ruidos del bosque, tan apacibles y alegres en esta época. Los tordos se revuelven en las hojas secas y parece que alguien anda cerca, pero está todo desierto;



sólo los animalillos animan el bosque; se oyen también las ranas del estanque... ¡Qué bien estarías!

Se acaba el día. Queda un cielo encendido por los últimos rayos del sol. El ruiseñor se atrevió, por fin, a meterse en su nido a pesar de mi presencia; en el inmenso castaño se reúnen los pájaros y cantan todos a la vez.

Adiós. Pronto te escribiré porque tenía muchas cosas que decirte y, como siempre, te estuve contando naderías. No lo puedo remediar.

Te mando muchos besos en esta hojita de roble.

(Y allí está la hoja, algo pálida y quebradiza.)

30 DE MAYO

¡Si vieras qué simpático está este rincón lleno de pájaros! Ya se han vuelto grandes las crías y están los nidos vacíos. El ruiseñor que anidaba junto a la casa tenía nada menos que seis, ¡ya está bien!, y un poco más allá había otro de «fauvette» (no sé como se dice en castellano). Bueno, si empiezo a contarte cosas de bichos no terminaré nunca...

11 DE OCTUBRE

...Por fin, se acabó el viaje. Llegué un día claro, de luz suave, velando los colores encendidos del otoño. Ya quedó el pueblo silencioso y quieto, cubierto de hojas secas. Me gusta este ambiente; deseaba estar sola, poder leer y pensar. Al llegar aquí me pude encerrar y pasar horas y horas leyendo tu cartas (¡cuánto tiempo lejos de ellas!) y mirando tu retrato de perfil, con la mirada oscura, algo perdida; la frente amplia, despejada, y en los labios apretados tanta finura y bondad.

Me esperaba tu recuerdo dentro y fuera de la casa, pues los caminos del bosque que recorría antes de irme, despacito, con mis recuerdos, han guardado algo tuyo; misteriosamente has invadido el bosque como mi espíritu; por eso soy tan feliz escondiéndome por esos senderos; lo miro todo con ternura, parece que lo veo con tus ojos; entonces es cuando me parezco a ti, como el estanque tranquilo se parece al cielo que refleja, cuando el viento no interrumpe su sueño. No le importa el tiempo ni la distancia, sabe esperar que vuelva la quietud, y, a pesar de estar tan alto el cielo, él, por magia, lo lleva en el alma. ¡Qué importan la distancia y el tiempo! El pobre estanque era un humilde hoyo de barro, se volvió espejo porque lo quiso el cielo y le dió agua para desde allí verle brillar entre los árboles del bosque; ahora tiene alma y vida, y los animales silenciosos, al beber el agua pura, piensan beber cielo.

En el bosque recogí una ramita de roble para tu

retrato y te mando una hoja: métela en uno de los libros que leíamos juntos.

No te diré adiós hasta que sople el viento del Norte y te lleve los muchos besos que no te di.

1 DE ENERO 1864

Hoy están todos jugando fuera con bolas de nieve porque ha caído mucha esta noche y está todo nevado. Los perros se divierten también, les queda la nieve pegada al pelo en borlas blancas y parecen osos.

Yo vivo encerrada. Miro los árboles por los cristales: parecen de azúcar. Cuando los pájaros menean las ramas quedan negras sobre el cielo gris. Lo más agradable de la nieve es el silencio. Parece que estamos escondidos en un país inaccesible, encantado; el bosque, con esta nieve, está desconocido. Tal vez mañana aparezcan otra vez los árboles desnudos y brillantes, plantados en las nubes, por ser el suelo blanco tan claro como el cielo, o más.

10 DE FEBRERO

Este invierno parece que no terminará nunca; sigue el frío; la nieve, helada en los árboles, los disfraza con cristal y puntillas; estarán los pobres cansados de ser objetos de ensueño, dormidos hasta la savia bajo la corteza helada. ¡Qué triste aullido tiene ese perro atado; parece la voz misma del frío! Con nieve y hielo todo lo tiene domado—hasta el viento enmudeció—y nada escapa a su silencio: el pueblo, los bosques, los estanques mismos—duros, muertos—perdieron su transparencia y no reflejan el cielo.

¡Qué haces? Son las nueve y media; estarás sentado cerca de la lumbre (entre estas pocas palabras escritas pasa el recuerdo emocionante y vivo, inalterable). La voz, las manos finas y prietas sujetando la rodilla derecha, y la expresión de tu rostro; te veo como si estuviese a tu lado... Riqueza y consuelo del que está lejos: recordar!

Adiós; te doy un abrazo muy fuerte, tan fuerte y cariñoso como lejos estoy.

30 DE MARZO

Hemos pasado un invierno interminable, pero ya se fué y está el jardín precioso y el bosque muy agradable. Hay un anochecer muy dulce; por la ventana abierta entra un airecito de primavera. Los perros están echados en el jardín, muy tranquilos. La perrilla, con la cabeza sobre el lomo del grande, que da unos ruidosos resoplidos.

¡Qué alegre es haber pasado el invierno, un invierno más...!

12 DE ABRIL

Me alegró mucho tu carta; sabía que llegaría pronto y la esperaba cada día, sin impaciencia, pues bien sé que tú no me olvidas.

Me sorprende que te gusten mis cartas. Antes las mandaba según las escribía, sin leerlas; ahora las leo y me parecen tan tonteras que las meto en un cajón y allí se quedan por sosas. Esta te la mando antes de que se alargue para que tenga menos tonterías y te lleve mi cariño y muchos besos.

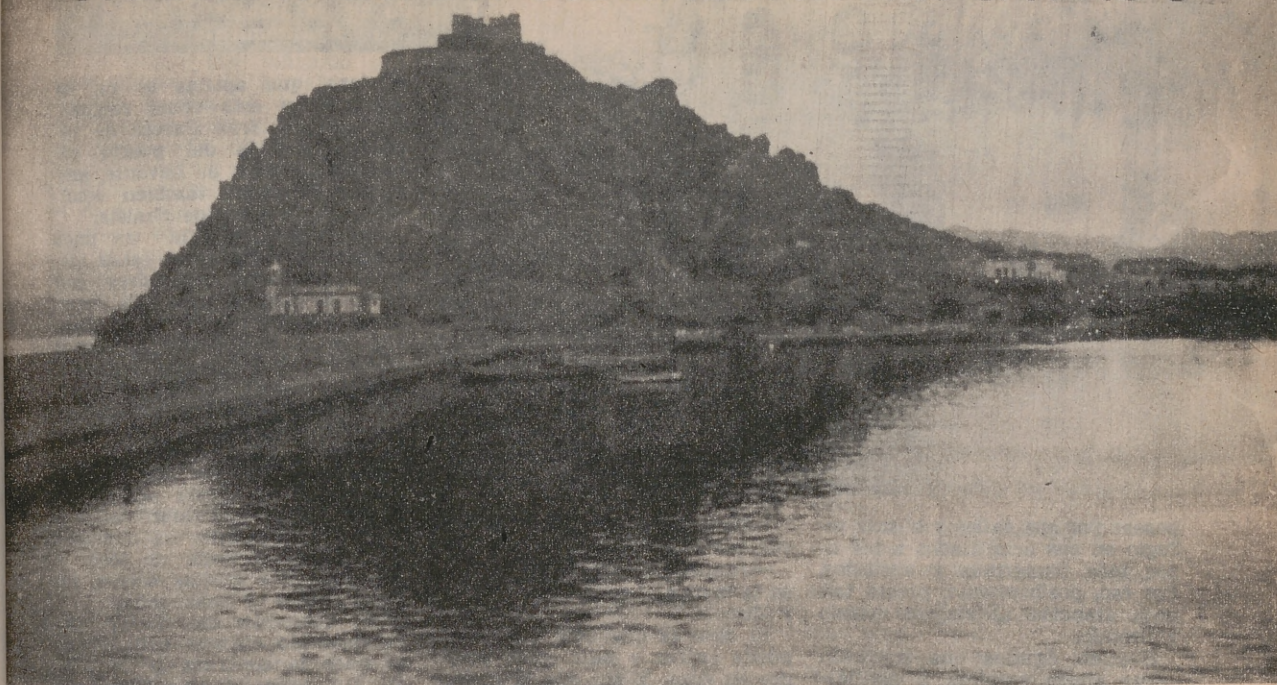
CAYENT, 23 DE AGOSTO

Estoy aquí desde primeros de mes. ¡Qué raras son las costumbres antiquísimas que quedan en esta región, sobre todo en las familias de gente de mar, muy tradicionales y católicas!

Hemos tenido un tiempo muy hermoso; con luz así este mar es como el vuestro, verde y espumoso, con olas fuertes que se extienden sobre una arena fina, como la de aquellas playas. Me bañe con frecuencia, y estoy tan negra que no sé si me reconocerías. Adiós.



AGUILAS ES UN GIBRALTAR RESCATADO



HASTA 1939, UNA "LADY" ERA LA DUEÑA DEL PUERTO

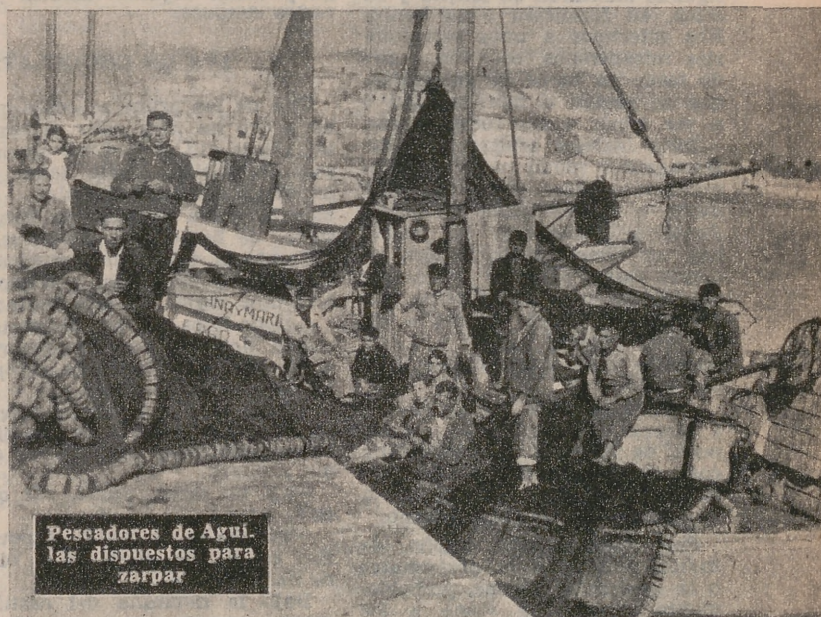
UN PUEBLO MURCIANO CERCADO POR EL MAR Y EL DESIERTO

HAY dos caminos para llegar a Aguilas. Uno es el ferrocarril y el otro la carretera. También a Aguilas se puede llegar por mar. Así es como llegan al pueblo a diario los pescadores nativos, después de haberse pasado algunas semanas por las costas africanas pescando esto o lo otro. Esto es caballa, por ejemplo, lo otro es atún o mero.

Aguilas merece un viaje. Aunque sea fatigoso. Cada día se convence uno más de que las cosas que merecen la pena son las que no están al alcance de la mano. Cuestan, y por eso quizá luego saben mejor. Y que Aguilas es un lugar pintoresco, atractivo y bello.

Todo en Aguilas—caserío, puerto, playas, montes, fábricas, gentes...—forman un ambiente acogedor y simpático. Aparte de su clima mediterráneo, que en la escala centígrada ya consta como de los más templados de nuestras costas. Lo que hace abierta y risueña a esta localidad marinera creo que tiene que ser la mezcla sabia de complicación y sencillez que tienen aquí todas las cosas.

Aguilas es una rinconada jugosa rodeada de desierto y de mar. Esto es lo que le da apariencia de oasis. Imposible sacarle más provecho urbanístico a



Pescadores de Aguilas dispuestos para zarpar

un terreno reseco y cortado como a filo de hacha. Imposible también haber logrado en un paisaje tan escueto unas calles tan estiradas y al mismo tiempo tan amables. Aguilas se cuele dentro como una página de Plutarco o una daga veneciana. Y el milagro de Aguilas es tanto más rotundo cuanto que se dan pueblos de una belleza casi insultante, bellezas que de puro «hechas» dan impresión de tartas artísticas o decorados para ciudades de cine. Aguilas, en cambio, es lo menos confitado del mundo. Su belleza es natural y su atractivo espontáneo.

Aguilas es como es, y ahí es-

tá sin más salsa que su cielo y su mar, sin más música que la de sus golondrinas y sin más guía de turismo que esa que a viva voz cantan en Murcia en el hall de los hoteles.

—Pero, ¿ha dicho a Aguilas? Allí es muy difícil ir.

Y, sin embargo, cada año acuden más forasteros, más veraneantes a Aguilas.

CIUDAD COSMOPOLITA Y SIN PAPANATAS

Probablemente esto le viene a Aguilas de su historial de ciudad coleccionista de bichos raros. Porque a través del tiempo ha visto



pasear por sus calles y buscar refugio en sus acantilados a los tipos más peregrinos y absurdos. Por eso, posiblemente, presta tan poca atención al viajero mundo y lirondo.

Hay en Aguilas una tradición—que ahora empieza a astillarse—de robinsonismo inglés a ultranza. Cada diez o doce años ha aparecido por aquí el inglés más chalao que había en las Islas, y aquí ha puesto su campamento. No nos referimos a los que en Aguilas montaron su lonjita y su mina, su fundición o su banco. Nos referimos a unos estrafalarios misántropos, con vena muy de tarde en tarde de genialidad, que se venían a morir aquí o a ver morir a sus compatriotas.

Estos ingleses arbitrarios y extravagantes solían morir de aburrimiento—«spleen», como ellos dicen—o de «delirium tremens». Junto al cementerio del pueblo hay un cementerio británico, en donde caían para no levantarse muchos de estos aventureros, que después de vayan ustedes a saber qué proezas venían a morir en estos secos y entrañables promontorios.

Aguilas ha visto tantas manías y rarezas, que ya no se asusta, pues, de nada ni de nadie. Una cosa que sorprende en este pueblo, relativamente pequeño, es la ausencia total de papanatismo.

Pero este espíritu amplio, de indiferencia ante la desfachatez o la genialidad ajenas, probablemente también le viene a los agulleños de su constante ir y venir a través de las rutas del mar. Los agulleños se han transplantado a todas las regiones y han visto de todo. Han vuelto después curados de espanto, sin ánimo de críticas menudas ni afán de exhibicionismos. Los agulleños se puede decir que ejercitan la filosofía de la naturalidad. Son espontáneos y veraces. Huyen de todos los corrillos de la murmuración chica. No les interesan los «porqués» de los demás ni sienten curiosidad por los «cómos» de los pueblos cercanos. Viven al margen, un poco escépticos y con credulidad más para las obras de las personas que para sus dichos y gestos.

—Parece un «inglés»—dicen de cualquier tipo zarapatroso.

—Juanito, no seas «inglés»—dice la madre al niño algo anormal y díscolo.

El caso es que aquí cualquiera puede entrar y salir como Pedro por su casa. Y sin que la ciudad abra la boca ni cierre los ojos.

Los agulleños viven cara al mar. Peces más vagabundos y excentricos que los que puedan hacer aparición en cualquier momento ya los vieron mucho antes y están seguros también de verlos después.

¿VA UN CHOCOLATE?

Una de las primeras cosas que he hecho ha sido subir al castillo. Desde allí se domina un paisaje fantástico. Debí tener su importancia esta fortaleza en aquella época azarosa de incursiones de berberiscos y piratas.

Fronte al espacioso y espejeante mar, al borde del precipicio, hay una mujer de luto sentada.

—¿Qué hace ahí esa mujer tan quieta horas y horas?—pregunto a un niño que lleva una escopeta de aire comprimido.

—Es la loca. Está loca y se viene aquí. La mayoría de los días tienen que subir por ella. Ni come siquiera.

—¿Y no sabes, peque, por qué está loca?

—Porque se le murió el novio. Eso es lo que dicen—y el niño se ha escapado.

Bajo la montaña del castillo, como serrada con una sierra fantástica, hay una piedra enorme, que se llama la Piedra del Roncador. Dicen que el agua hace al entrar en ella el ruido de un ronquido.

Junto a las rocas se mueven algunas barcas. Este es el barrio de pescadores: casitas planas, unas de madera y otras de piedra muy encajada. En él se abre la playa de Poniente, ya repleta de bañistas. Paralela a la playa hay una fila de hotelitos, casi la mayoría de lorquinos. En esta playa es donde el Municipio va a inaugurar estos días un espléndido: «balneario».

—Aquella casa, ¿de quién es?

—Esa es la de Muñoz Calero. Hacia Levante está lo primero

el faro, que apenas se ve. Es diminuto y está como resguardándose del frío. Parece de juguete. Después del puerto comienza la playa de Levante, amplia y hermosa, también escoltada de una fila de chalets.

La playa termina en unos simpáticos merenderos («Las Delicias» y el «Bar Balandre») con techo de caña y jaulas de ruiseñores. Uno de los últimos edificios es el Hogar del Productor «Federico Servet», una residencia que por turno va recibiendo en los meses de verano muchachas de diferentes regiones y Empresas.

La montaña que coge frente al castillo está toda agujereada por cuevas que forman calles y un pequeño pueblo. La montaña está como afeitada en seco, y por entre las grietas corren sin parar niños y más niños.

Al descender del castillo me he detenido en una calle donde se hace la contrata de la Lonja. Un señor muy colorado va gritando: 33, 29, 27, 35. Deben ser los kilos que tienen las banastas. He entrado en una taberna. Al verme, unos pescadores han gritado al del mostrador:

—Póngale un vaso de chocolate al señor.

—Por Dios, chocolate a estas horas...

Ellos se han reído. Lo que el tabernero me estaba poniendo era un vaso imponente de vino tinto.

Con el vaso de vino tinto dentro del cuerpo me he ido a dar una vuelta por la ciudad. En la peluquería el barbero, a medio enjabonar mi cara, se me ha quedado muy fijo durante un rato, y luego me ha dicho:

—¿Usted es el periodista?

—Hombre, yo...

—Pues si escribe algo de Aguilas, diga que aquí lo que más necesitamos es un Instituto Laboral. Hay muchos mineros por estas zonas y muchos hijos de ferroviarios que podían prosperar.

—Lo diré, no se preocupe.

Cualquiera le decía que no. Tenía en la mano una navaja tremenda.

LOS ROMANOS NO ERAN NINGUNOS TONTOS

Los romanos y los frailes—de cualquier Orden—han sido siempre en la Historia los que mejor han sabido elegir los sitios para plantar sus reales; los primeros, para establecer ciudades y campamentos, terrenos que pudieran tener cierta apariencia de permanencia eterna; los segundos, para construir sus monasterios y huertos, donde, olvidados de todo lo efímero de aquí abajo, mejor pudieran anticipar la meditación beatífica. Unos buscaban más bien motivos de comercio y diálogo, política, en una palabra; los otros recogimiento y soledad, Divinidad en cristiano. Pues la tradición dice—ni qué

Bañistas de la playa de Levante, de Aguilas

to ni pongo—que viniendo por estas costas, más zurrados que mantas de gitanos, las huestes del príncipe Elio Urces, acertó este caudillo a divisar junto a los picachos del acantilado una bandada de águilas que a la vista de las embarcaciones levantó un vuelo majestuoso y propicio. Los romanos se pirraban por las águilas. Ni que decir tiene que les faltó tiempo para pisar tierra y fundar la ciudad, la antigua Urcl.

El águila es siempre señal de ventura. Y de poderío. Y de intuición. Y de fuerza. Y de sabiduría.

—¿Hay águilas ahora por aquí? —preguntamos al camarero de un bar.

—No, señor; águilas no hay, pero hay muchas palomas —y el camarero se queda moviendo el fino bigotillo, un bigotillo que parece haberse traído de un bazar de Shanghai.

Frente al caserío de Aguilas hay un peñasco fenomenal que saca las barbas del mar y que poco a poco se va afilando. Es una montaña que no quiso ahogarse. El pico de la roca es totalmente la cabeza de un águila.

—Este picacho se llamará el Águila, seguro—pregunto al pescador que me lleva en la barca.

—No, señor; se llama «el Aguilica».

Allí donde esta inmensa águila debía tener las patas, hay unas rocas, y encima de las rocas, en perfecta escala, una procesión de pescadores de caña.

—¡Vaya vida!—digo al pescador—. Aquí solos y recibiendo coletazos del mar.

—El deporte, amigo.

—Pero, ¿éstos no son pescadores?

—Estos, no; éstos son forasteros. Los pescadores son aquellos.

—¿Y cómo los conoce?

—En la manera de sostener las cañas.

Las montañas que rodean a Aguilas son las del primer término, pequeñas, suaves y redondeadas, y las del fondo, altas, picudas y apretadas. Está Aguilas como metida en una cazuela. Todas estas montañas están aparentemente peladas. De vez en cuando hay algún arrimo de verde, alguna palmera, alguna casita. Sobre todo, las palmeras tienen una gran fuerza entre la piel reseca de la tierra y los pelados riscos. Todo lo demás es nada; es decir, aparentemente, nada; pero allí está el esparto derramado montando su guardia de producto pesetero y cotidiano. Las montañas de Aguilas son más bien calcáreas, blancas tirando a grises, como la piel de los conejos de corral. Pero la luz, esta fogosa claridad medite-



rránea, las hace moradas y azules al atardecer. A veces, del peñasco árido y amarillento brota la tenue y sonrosada tarjeta de ambiente oriental.

SEÑOR, AQUÍ LAS PALOMAS MANDAN

No creo que exista otro pueblo con tal cantidad de palomas. Basta colocar un «chiquero», como ellos dicen, en la terraza —un chiquero es un cajoncito de «Ideales» o «La Lechena», y a la semana siguiente hay allí un nido de palomas.

En la glorieta, sobre las ramas y los troncos de unos árboles que acaban de cumplir los cien años, muy frondosos y variados, tienen las palomas multitud de nidos colgantes. Allí se arrullan constantemente, mientras los marineros de la Comandancia y los pescadores piropean a las muchachas. Estas muchachas de Aguilas, cuando salen al atardecer, llevan entre el pelo unas bolas redondas de jazmines. Parecen enteramente de una isla del Pacífico. También son muy aficionadas a adornarse con caracolutas y conchas. Ellas van y vienen por frente el puerto, mientras los tostados muchachos, sentados en un pretil, las contemplan.

Casi tiene que ir uno deteniendo los pies para no pisar las palomas. A media mañana sale muy formal del Ayuntamiento un guardia con un capacito lleno de grano, y las palomas, que ya lo conocen, vuelan por enci-

ma de su gorra, un tanto desvaída.

—¿Dan mucho trabajo?

—Poco.

—Este es un buen enchufe, ¿eh?

—No está mal, pero yo hago algo más.

Luego se acerca a la Balsa de la Glorieta, donde hay un pato —eso dicen los aguileños, pero está visto que es un cisne— que está siendo atacado por un reptil y que se defiende soltando perennemente un chorrillo de agua cristalina por el pico. El guardia pone en condición unos flotadores de corcho. Así los palomos pueden viajar sobre el agua y beber cómodamente.

—¿Y no roban palomas?

El guardia ha puesto una caña de asombro.

—Aquí no ha faltado nunca ni un pichón. Aquí, señor, las palomas mandan.

Pero con haber palomas a espaldas, también hay golondrinas y vencejos para parar un tren. Si hoy pasara por aquí Urces, a lo mejor ya no llamaría a la ciudad «Aguilas». Acaso ahora le pusiera «Palomas». Porque paloma quiere decir paz, hospitalidad, cortesía, y esto es lo que más abunda en Aguilas.

CALLES RECTAS, LARGAS Y LIMPIAS

Es difícil encontrarse una plaza como esta de Carlos III, que los aguileños llaman la Glorieta. Convergen a ella ocho calles rectas, larguísima y muy lim-



La bahía de Aguilas vista desde el castillo. Al fondo, la rada del Horcillo

pias. Creo que es la de Carlos III la principal, por lo menos en ella hay una casa con una placa donde se dice que fueron descubiertas las termas de la ciudad de Urci.

El conde de Aranda, con su uniforme de almirante, hizo un recorrido por estas costas. Y el sitio de Aguilas le gustó. Así es como nació la moderna ciudad de Aguilas hace ciento treinta años. Es, por lo tanto, una ciudad joven, a pesar de la Urci de la España Tarraconense, que otros colocan en San Juan de los Terreros. Que tampoco Aguilas es Aguilas a secas, sino San Juan de las Aguilas. El trazado de Aguilas corresponde, pues, al tipo de construcción que puso de moda el conde de Aranda.

Los mimos del conde con Aguilas serían poco más o menos los de cualquier político de la época por su distrito. Pero quien dió a Aguilas nuevo impulso fué la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera, haciendo la conducción de aguas paso muy importante para la consolidación de la ciudad.

Porque una cosa muy curiosa en la historia de Aguilas es las veces que aparece y desaparece en la Historia aun recién fundada. Cualquier cambio político llevaba ajejo el apagamiento de Aguilas. Todos los vaivenes posteriores a Carlos III —la Constitución, Fernando VII— llevaban incluido que Aguilas desapareciera como Municipio independiente. Hasta 1812.

La prosperidad de Aguilas llegó a culminar en los finales de siglo y comienzos de ídem. Entonces el pueblo llegó a tener 20.000 habitantes. Ahora no pasa de los 16.000.

—¿Hacia dónde emigran preferentemente?—he preguntado al secretario del Ayuntamiento, que es también periodista.

—Hacia Africa y Barcelona.

—¿Me quiere decir, además, cuáles son los apellidos incorporados de fuera?

—Abundan los italianos y franceses, pero también hay pueblos, como Villena, que dieron contingente de población.

El señor Fernández Campoy, que prepara una historia de Aguilas me habla de la «Aguila» de la Reconquista y de la «Torre», castillo-fortaleza que Fe-

lipe II pertrechó adecuadamente.

Cada día caen por aquí menos tipos raros. No tienen ya por qué caer. Caían antes para vivir a expensas del pueblo. Caían como aerolitos y ponían industrias o se emborrachaban. El pueblo no podía romper las ataduras. Pero hoy Aguilas ha tomado las riendas de su propio destino.

POR FIN, EL PUERTO ES ESPAÑOL

Aguilas ha sido durante bastante tiempo una especie de Gibraltar. De este puerto se han enseñoreado durante años y años aventureros llegados de fuera. Comenzaron interviniendo en las Compañías del puerto y de minerales hasta que se hicieron los amos. Lo primero que colocaron en el pueblo fué una Banca. Y después «capillas».

Ha sido después de nuestra guerra cuando el Municipio se ha hecho cargo del puerto, porque nadie presentaba ni podía presentar títulos legítimos de propiedad. Durante años una señorita inglesa tuvo a todo el pueblo convencido de que el puerto era suyo. Y nadie se lo discutía. Podía cobrar los aranceles y disponer del puerto a su antojo.

—Es el «ama»—decían los ingenuos pescadores.

—No es el «ama»; es la heredera del «amo».

El puerto de Aguilas es recogido, pero de una soberbia capacidad para albergar embarcaciones menores. No es muy grande, pero está estratégicamente metido bajo el castillo, lo cual le hace verdaderamente inexpugnable. Para entrar dentro hay que sortear dos moles rocosas que atemperan las corrientes y sirven de aliciente a la pesca.

Es el puerto de Aguilas salida de mercancías de una extensa comarca. Estos días está que rebosa de planchas de mármol, que proceden de unas importantes canteras de un pueblo de Almería, y que han de salir con destino a Barcelona. Parezcan, apiladas, grandes resmas de un papel cartulina «extra».

Los pescadores salen muy de madrugada o al atardecer. De madrugada salen «las parejas», que hacen pesca de altura, y por

la tarde, las «mamparras», que pescan de noche. Las mamparras van escoltadas por uno o dos barquitos pequeños que llevan grandes lámparas de «petromax». De noche todo el horizonte del mar aguileno parece una carretera atravesada por turismos de grandes faros. Según dicen los pescadores, las noches de «lunario» (de luna clara), no son buenas para la pesca. Para que ésta «pegue» bien ha de ser en «los oscuros» (noches cerradas y sin luna). Los peces han de ir hacia los focos de «petromax» como las mariposas hacia los candiles.

La flota pesquera de Aguilas se compone de unas 32 embarcaciones mayores (trañías); unas 140 embarcaciones menores; cinco de arrastre, 15 de recreo, no sé cuántas parejas; de esta flotilla, aunque parezca pequeña, se alimentan y se visten bastantes cientos de familias. Cuando las cosas vienen bien corre el dinero y el vino. De lo que él no entiende mucho es de ahorrar, de guardar de los buenos tiempos, que a veces son pingües, para los malos. El pescador, en Aguilas como en Singapur, me figuro, expone demasiado a menudo la vida para que la tome en serio y le importe un ardite el día de mañana.

La otra noche estábamos paseando por el puerto con Eduardo Fernández Luna, intelectual aguileno, prodigioso producto mediterráneo de equilibrio entre el pensamiento y la acción, cuando vimos una «mamparra» que se volvía del mar sin su escolta de «petromax». Como aquí la desgracia está a la vuelta de cada ola, Eduardo se acercó preocupado:

—Pero, ¿qué ocurre?

No ocurría nada. Simplemente que esa noche cantaba en el teatro —un hermoso teatro, por cierto, instalado al aire libre en la plaza de toros del pueblo— «la Niña de Antequera». Y los pescadores habían dejado las redes para venir a oír cantar flamenco, que es su debilidad.

—¿Y la pesca?

—El que quiera picar que pique. Allá quedan las redes. Ya caerán.

Esta es la psicología del pescador. Horas y horas se pasan tumbados en el puerto descansando de las duras jornadas. Duermen con la boina puesta sobre los ojos. Y dentro de la boina está el dinero ganado que aun no se ha gastado. Allí guardan ellos los billetes, unos billetes arrugados, que sólo por el tamaño se puede saber si son de a duro o de a peseta. Entre los billetes hay a lo mejor también un calamar o un pulpo que acaban de atrapar entre las rocas.

Parece ser que el puerto de Aguilas va a entrar en una fase de mayor empuje y actividad. Porque, al parecer, el Ministerio de Obras Públicas tiene un proyecto en estudio para mejorar las



Frente a la playa de Calarreina, Castillo Puche charla con las chicas del Albergue «29 de Octubre»

Paseo del muelle, uno de los más bellos parajes del pueblo murciano

condiciones de atraque y desembarco de mercancías.

EL HORNILLO, UN BILBAO EN PEQUEÑO

Cuando hablamos del puerto de Aguilas no nos referimos al puerto del Hornillo, adonde he ido un día en barca para ver cargar de hierro a un barco holandés. Hoy ha entrado otro inglés. El puerto del Hornillo ya es harina de otro costal. Separado de la playa de Levante solamente por las peñas que cierran la entrada del puerto de Aguilas, el puerto del Hornillo es un largo muelle de hierro flotante, desde el cual la carga de mineral se hace rápida y cómodamente. Sin necesidad de grúas, el mineral descende por una especie de rampas metálicas a las bodegas mismas del barco. No tiene otro objeto que este de dar salida a la producción minera de Aguilas y de algunas minas de la provincia de Almería.

Entre montañas abruptas y resquebrajadas, este esquelto de hierro produce una impresión algo tétrica. Pero ante él siempre hay algún paquebote de pabellón extranjero con las entrañas vacías esperando la hora de acercarse a llenarlas. Y por tierra, los trenes y los camiones van y vienen. Traen los vagones el hierro de la sierra de Batares (Almería); los camiones lo traen de Lubrín (también Almería) o de Villarreal (Aguilas) o de la Cuesta de Gos (Aguilas), traen pirritas. Estas mismas de Aguilas, que, como todo, comenzaron siendo explotadas por los ingleses, son hoy españolas. Y según dicen los ingenieros, están dando bastante buen resultado, hasta un 50 por 100 de beneficio del mineral.

Es decir, el puerto del Hornillo es una especie de Bilbao en pequeño.

TAPENAS Y TAPENONES, UN PRODUCTO TÍPICAMENTE AGUILENO, CODICIADO EN LOS MERCADOS MUNDIALES

Me sorprendió que al llegar a Aguilas en la estación donde comía nunca faltaba en la ensalada su ración de tápenas, especie de saladísima hormiga vegetal que yo había probado mucho en mi niñez en Yecla, pero que en Madrid, ¡cualquiera las encuentra!

Me gustan mucho las «tápenas y tapenones», como dicen por estas tierras. Son unas mollietas tiernas, bastante saladas, que abren el apetito y sazonan muy bien las comidas. Su verdadero nombre es alcáparras y alcáparrones.

—Pero, ¿es que hay muchas tápenas por aquí?

—Aquí hay varios almacenes.

—¿Es que se cría por estos campos?

—La tápena está aquí por el monte a manos llenas, para todo el que quiera cogerlas.

Lo primero que he hecho he sido ver las plantas, que son co-

mo la de los melones, pero un poco más menudas. Allí están colgando las alcáparras. He visto cómo las mujeres las cogen sin pestañear. Y luego me he ido a una industria taponera, la principal de Aguilas, la de don Máximo Jiménez.

Allí me he enterado de muchas cosas, lo que es posible que le ocurra también al lector. Allí me he enterado de que las fábricas de conservas usan mucho la tápena para meterla en los rollitos de las anchoas, y que en Inglaterra sirve para aderezar la carne de cordero, y en Suiza no hay ensalada sin alcáparra. La región española que más las consume es la de Valencia.

Hay tápenas de seis clases: la «non parel», «subfine», «capuchine», «capote fine», y «gruesa», de menor a mayor tamaño. La más codiciada es la más chiquita, que vale a unos 55 dólares cada cien quilos.

Lo bueno está en que España envía a granel el producto y una vez ya en el extranjero se envasa en tarritos de cristal. Lo consume mucho Alemania y Suiza y actualmente Norteamérica, América Central y las Antillas. Cada país tiene preferencia por una clase. Lo que aquí en estas regiones es pasatiempo pobre, allí es artículo de lujo.

La fábrica que hemos visitado despacha al año unas 1.500 toneladas, pero hay varias más en Aguilas trabajando a todo pasto.

—Entonces—pregunto—¿no se elabora más que aquí?

—Todos los pueblos quieren preferentemente la «murciana», pero también se da en Baleares y en la Argelia francesa.

En estos almacenes, conforme reciben del monte las alcáparras en sacos y capazos, las meten en salmuera. Después las criban cuidadosamente. Y de ahí salen las diferentes clases para la exportación.

La alcáparra no necesita lluvia ni abonos. Crece selvática y libre por las laderas. Cuanta más sequedad, mejor. De ahí el refrán:

Lo que la tapenera quiera que el labrador no lo vea.

LA CANCIÓN DEL ESPARTO

Opino que toda esta región tendrá que entonar algún día un

salmo al esparto. A mí siempre me ha tentado el hablar del esparto, y creo que lo que hoy digo no es más que el comienzo de una canción que luego en Cieza, Hellín, Jumilla, habrá de tener su momento cumbre.

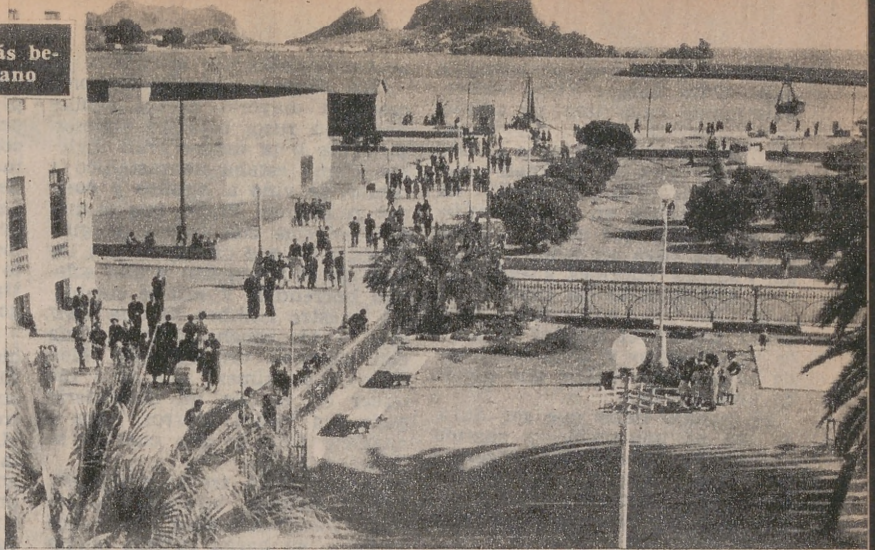
En las afueras de Aguilas hay amplias naves donde se amontona el esparto por vagones. Conforme llega del monte se va seleccionando. Después uno queda crudo y el otro se cuece. Hay un esparto industrial que se paga a 100 pesetas el quintal castellano (los 46 kilos) y otro *pa-pelero*, que se paga a 75 pesetas.

Me he pasado un buen rato en la fábrica de don Alfonso Jiménez Martínez viendo «rastrillar», que es meter los manojos en unos peines de fino acero y de los que salen hechos fibras. Este trabajo exige buenos pulmones, el esparto despidiendo un polvillo fatal. Un buen rastrillador se gana los doce duros—y hasta él es muy bueno puede llegar a ganar quince—en una jornada de ocho horas. Antes de pasar al rastrillo, el esparto ha sido picado. Este menester lo hacen las mujeres. Supone una pericia extraordinaria. Sobre los manojos de esparto que están apoyados en grandes losas de piedra, va cayendo intermitentemente un mazo de madera de 200 kilos. Aquí sí que cualquier distracción puede costarle un dedo o una mano a la artista. Pero estas operarias, siguiendo el ritmo de la máquina picadora, casi lo hacen con los ojos cerrados. Da miedo verlas trabajar.

Esta fábrica viene a despachar unos quince mil quintales de esparto al año. En ocho horas de trabajo se han hecho unos seis mil metros de un *filete* corriente.

También es entretenido y curioso ver trabajar a las veinte máquinas *hiladoras* a un mismo tiempo. Las ruedas están colocadas bajo unos cobertizos de caña y esparto. El esparto está ya tostado, hecho estopa. Es muy peligroso fumar en estos sitios, según me dicen. Y lo atestigua una nave de la fábrica recientemente incendiada.

Muy cerca de los cobertizos está, por un lado, el mar y, por el otro, la carretera. Los *hiladores* van caminando de espaldas, con un pasito corto, muy gracioso, mientras los niños dan a las manivelas de las ruedas sin parar.



Todos trabajan con sombreros de paja. Unos van y otros vienen, adivinando cada uno su trayectoria por el tacto del suelo. También aquí los talones tienen que tener una sensibilidad especial, porque toda la atención ha de estar puesta en que la madeja de esparto que se lleva sobre el vientre vaya entrando en juego. Parecen enormes gusanos de seda alimentando un capullo colosal. De vez en cuando una rueda para y el hilador se acerca al cobertizo y echa un trago de agua de un botijo que pende de una cuerda.

El trabajo tiene que ser duro. El sol es implacable y cuando hay viento no es posible hacer la faena. Hay que resistir las horas más calurosas yendo y viniendo sobre un suelo seco y polvoriento.

Alrededor de esta fábrica hay restos de chimeneas de antiguas fundiciones. De rato en rato se les metía a los hiladores entre las piernas un pavo medio atontado que iba, con la cresta hecha un pimiento morrongo, de un lado para otro, gritando como un loco.

En Aguilas viven del esparto cerca de tres mil familias, lo cual no es ninguna broma.

PASION Y ABOLENGO FUTBOLISTICO

Todavía hay algo más que hace sugestivo e interesante el pueblo de Aguilas y más en estos tiempos en que el fútbol está a la orden del día.

Cuando se escriba la historia completa del fútbol en España se verá que en Aguilas, junto a Huelva y Bilbao, nace este deporte, importado por los ingleses a finales de siglo. En Aguilas se empezó a jugar al fútbol en 1898. El equipo local llegó a tener tal importancia que ha venido en diversas ocasiones a los mejores equipos de España, siendo campeón en Ligas regionales contra equipos de primera.

Aguilas ha suministrado desde entonces acá, ininterrumpidamente, jugadores a Clubs de categoría. Es una buena cantera.

Todos los veranos se organizan en Aguilas, entre el entusiasmo de la población en pleno, partidos amistosos contra los principales equipos de la Península. Este verano vendrán el Valencia, el Valladolid y el Madrid. Estos partidos tienen siempre carácter benéfico. En cada partido se suelen recaudar unos treinta mil duros, que van a parar al hospital de caridad de Aguilas.

Ni que decir tiene que alma de esta afición es Armando Muñoz Calero, aguileño y futbolero número uno.

¿PERO USTEDES NO SABEN QUIEN ERA DON HUGO?

Si no lo saben es porque no han estado en Aguilas. Don Hugo aquí es una institución a perpetuidad. Don Hugo pertenece a todos, y viene a ser como la condensación de todo ese pasado estrambótico y pintoresco del que hablábamos antes.

Vivió don Hugo en Aguilas de 1902 a 1908. Pero oyendo a los aguileños no parece ser sino que

acaba de pasar por la calle.

Don Hugo no era inglés, como creen la mayoría de los aguileños sino ruso, hijo de ingleses. El padre o la madre eran ingleses. Como estaba neurasténico a rabiar, se vino a Aguilas y compró la Isla del Fraille, que es una roca enorme con forma de giba de camello que cabalga sobre las olas un aburrimiento y una soledad horribles. Y allí se estableció nuestro hombre. Quería vivir solo. Tenía mucho dinero. Vivía con algunas criadas más bien viejas. Lo primero que hizo fue hacer en la isla un cementerio para sus bichos: perros, loros y cuervos. Uno de sus cuervos se llamaba Juana.

La casa está frente a un paisaje desolador, mismamente lunar. Cavó escaleras para que atracase su barca cuando quería venir a la población. En la población se alió con don Juan Gray, un inglés pijo que quisó montar una Banca. Pero bien pronto se pelearon.

Alguien que entró alguna vez en la casa de don Hugo—un verdadero palacio—vió que éste tenía doce trajes exactamente iguales. Había comprado una pieza de tela y se los había cortado todos a un tiempo. Esto desterró la leyenda de que don Hugo llevaba siempre inalterables las mismas prendas. Siempre que le gustaba una cosa la compraba por docenas.

Cuentan que una vez en Madrid metieron a don Hugo en la cárcel. Lo habían encontrado borracho y sin documentación. A los cuatro días de estar encerrado hizo que llamaran a su embajador. Cuando éste llegó le dijo muy tranquilo:

—Quería tener la experiencia de cómo es una cárcel española, y ya la tengo.

Don Hugo recogió en Almería un niño llamado Lindex, al cual después de haberle hecho ingeniero en Inglaterra le dejó heredero. Era un maniático. Un día desapareció.

A don Hugo dan ganas de cogérle el hilo y escribirle la novela. Esta sí que iba a resultar matadamente barojiana. Era ésta una época en la que en el casino de Aguilas no se ballaban más que bailes ingleses.

UNA PARROQUIA Y UN CENTRO MODELOS

No hay más remedio que hablar ahora del párroco de Aguilas—don Antonio Sánchez Bernabé—, que lleva aquí una porrada de años, en un clima al principio nada fácil y que ha logrado para Aguilas una transformación lenta, pero eficaz y segura.

Sin más alardes que los de la ejemplaridad y un apostolado siempre tenso, aquí han tenido que despabilarse bien para desterrar supersticiones y alejar la influencia de tantos extranjeros, cuando no viciosos locos.

No ha sido tarea fácil, pero Aguilas no sólo ha recuperado su puerto y sus minas, sino que mantiene fuerte su fe y sus costumbres españolas.

UN SABIO COLECCIONISTA

No podía faltar en Aguilas un coleccionista de cosas del mar.

Don Pedro Bayona Orts es un viejo culto y simpático, que tiene perfectamente clasificadas unas ochocientas especies de moluscos cogidas en todos los mares del mundo. Toda su vida se puede decir que la ha dedicado a esto. Le conocen todos los pescadores de Aguilas, y aun los de otras localidades del Mediterráneo, y le traen todo lo raro que encuentran en sus viajes, cortos o largos.

Cuando se enteró de que había por Aguilas un redactor de EL ESPAÑOL se interesó por la entrevista. Había leído en nuestro semanario un reportaje sobre «Los hombres-rana al servicio de la Arqueología», y hoy está ya en contacto con esta sociedad. Se propone traer a Aguilas a los «hombres-rana» para que investiguen el emplazamiento de las murallas de la antigua Urci. Está convencido de que este emplazamiento coincide con el de la actual Aguilas, mientras unos historiadores la colocan en San Juan de los Terreros y otros en otro pueblo de Almería. Sin embargo, de tiempo inmemorial los pescadores de Aguilas llaman a un sitio debajo del Peñón, a unos seis u ocho metros de la Peña del Roncador. Las Murallas.

—Hemos pescado en Las Murallas—dicen.

Don Pedro, en su juventud, se ha vestido de buzo más de una vez para bajar a comprobar la existencia de estos vestigios de murallas.

Hay en Aguilas muchas personas de preocupación erudita, intelectual o literaria. Tienen entre ellos formada una especie de sociedad o «peña» que llaman El Quirófano.

—¿Y cómo se les ha ocurrido ese nombre?—no puedo menos preguntar.

—Porque aquí, en nuestras reuniones, se sacan las entrañas y se hace la disección de todo lo que sale en materia de literatura, ciencia o arte.

ORACION AL ATARDECER

Junto a la playa de Carraleona hay un Campamento. La playa de Carraleona está a cuatro kilómetros de Aguilas, camino de Almería. El Campamento se llama «29 de octubre».

He visto muchos Campamentos por toda España, pero pocos como este que la Sección Femenina mantiene y dirige en esta linda playa mediterránea. Todo en él es familiar, entrañable.

Hay ahora un turno escolar de cien niñas. Acaba de haber otro de alumnas de Magisterio. Todavía habrá dos turnos más de cien niñas, antes que los Mandos de la Sección Femenina se reúnan aquí, junto a su simpática Delegada, Carmen Verbo.

El fuego que ascendía de junto a la arena, el tremolar de las banderas y el ritmo pausado de la oración tenían para nosotros un eco de nostalgia indefinible.

¿Por qué? Había llegado la hora de partir. Teníamos que decir adiós a Aguilas. Y como las despedidas siempre son tristes, acordamos ésta.

CASTILLO PUCHE

ENCLAVES ECLESIASTICOS

PROVINCIA IGUAL A DIOCESIS

UN ACUERDO EN VIAS DE REALIZACION

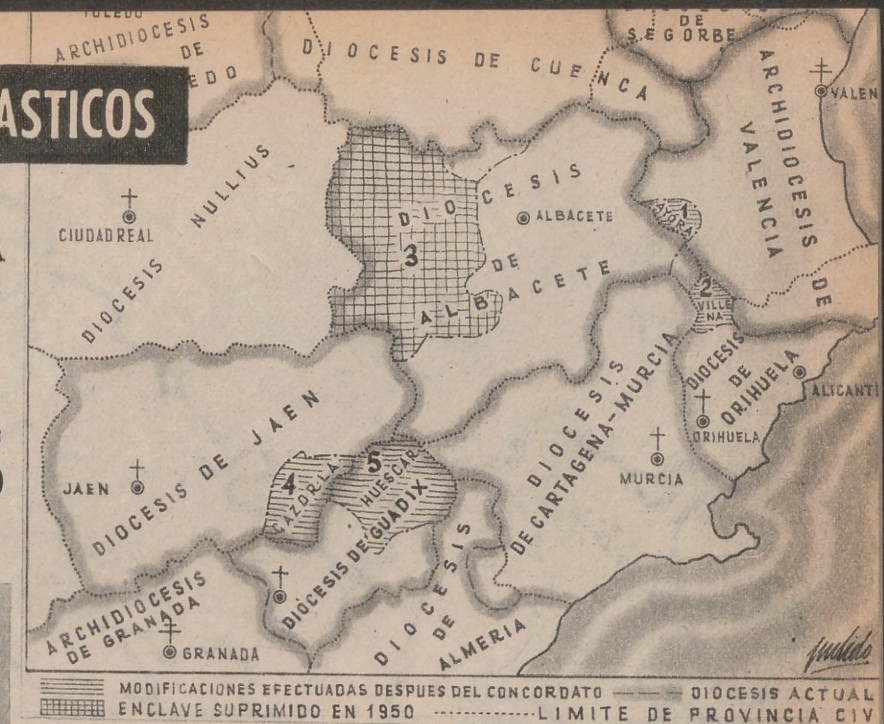
CUANDO usted se encuentra en alguna de las iglesias de España, puede ocurrir el hecho de que siendo la iglesia de Guadalajara, no sea de Guadalajara, sino de Toledo, por ejemplo. Con lo cual usted, ignorante, quizá, al principio del asunto, pudiera creer que es imposible que una parroquia de Orense o de Lugo pueda ser de Astorga, tomado el caso como nuevo ejemplo de dualidad. Mas el acontecimiento no tiene nada de misterioso. Ocurre en España que la división eclesiástica en provincias no coincide, ni mucho menos, con la administrativa o civil. Y así, el feligrés que residiendo en Camariñas—extremo oeste de la costa coruñesa—tenga que resolver un asunto eclesiástico en su diócesis, ha de atravesar gran parte de terreno diocesano de Santiago, adentrarse en la provincia de Lugo y llegar hasta Mondoñedo, sede a la que pertenece desde tiempos antiguos. Y ejemplos como éste. ininidad...

LA ELIMINACION DE LOS ENCLAVES

La sola contemplación de un mapa eclesiástico de España, incluso de una manera parcial, confirma el acierto de la medida tomada en el artículo 9.º del Concordato firmado con la Santa Sede ahora hace un año:

«A fin de evitar en lo posible que las diócesis abarquen territorios pertenecientes a diferentes provincias civiles, las altas partes contratantes procederán, de común acuerdo, a una revisión de las circunscripciones diocesanas. Asimismo, la Santa Sede, de acuerdo con el Gobierno español, tomará las oportunas disposiciones para eliminar los enclaves.»

Al cabo de un año, pese a la obligada lentitud que ha de llevar siempre la puesta en marcha de decisiones de esta índole, se han realizado ya revisiones de límites y suprimido enclaves de importancia. En otros casos, se están realizando los oportunos trámites y es de esperar que, en plazo no muy largo, se den a co-



Región suroeste de España, donde se hallan los territorios en que ya se han realizado la revisión de límites y supresión de enclaves

nocer nuevas modificaciones, hasta que, poco a poco, se llegue a conseguir que el mapa civil y el eclesiástico de España no presenten, al superponerse, el aspecto laberíntico que todavía ofrece en la mayor parte de las regiones. (Gráficos III, IV y V.)

La dificultad del empeño es, sin embargo, bien patente. En una gran mayoría de casos entran en juego diversas circunstancias que pesan no poco a la hora de tomar determinaciones radicales: el arraigo de la tradición; el perjuicio económico para algunas diócesis, que han de verse privadas de parroquias enclavadas en Municipios potentes; incluso, a veces, la mayor proximidad de la sede a que pertenecen con la de la provincia respectiva. Aunque también es verdad que en este último aspecto se han de obtener más ventajas que desventajas con la revisión de límites, pues el actual

estado de cosas también presenta ejemplos de largas distancias respecto a las sedes diocesanas.

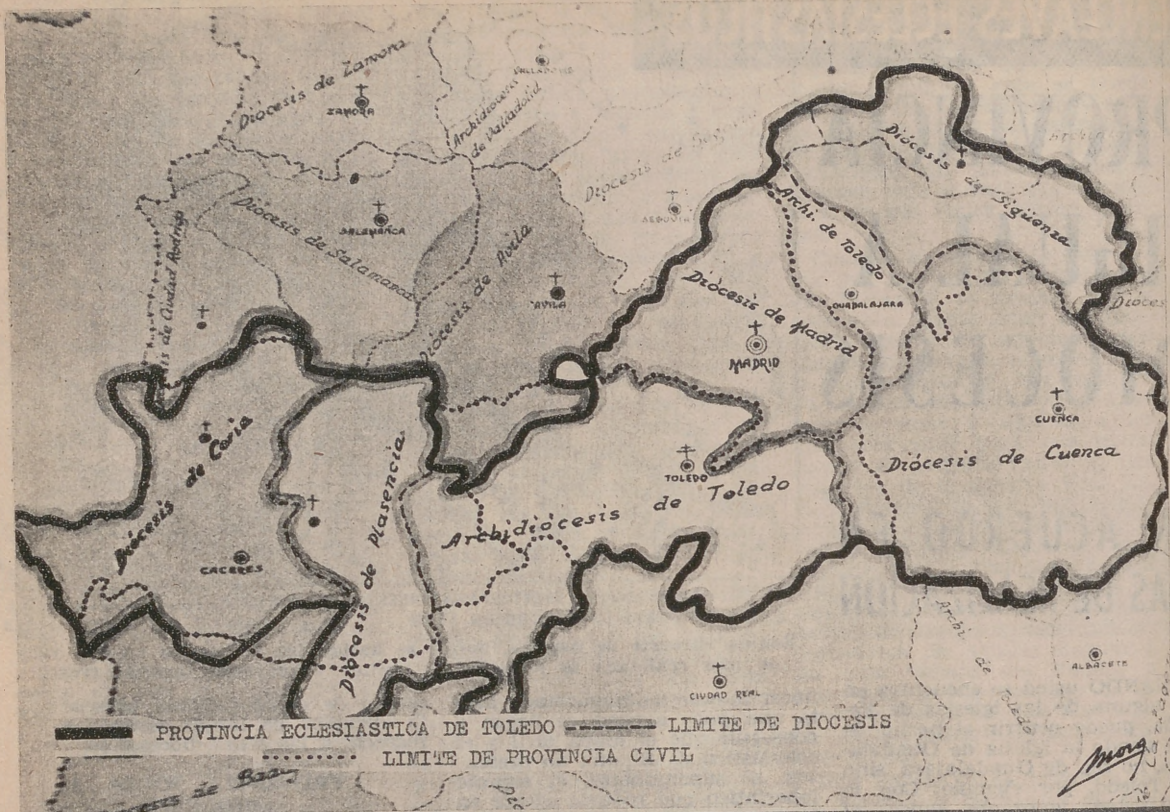
PROVINCIA IGUAL A DIOCESIS

Pero, sobre todo, como norma general, la coincidencia de límites eclesiásticos y civiles redundará en beneficio de la eficacia administrativa y pastoral. La experiencia de más de un siglo lo demuestra claramente.

Reciente la división de provincias civiles cuando se firmó el Concordato de 1851, dos de las tres circunscripciones eclesiásticas que, en su consecuencia, se crearon—diócesis de Madrid y prelatura de Ciudad Real—surgieron con idénticos límites que las respectivas provincias. La tercera—Vitoria—ha abarcado durante cerca de un siglo las tres provincias vascongadas, manteniendo

La provincia eclesiástica de Burgos abarca dos diócesis de la región leonesa, cuatro de la castellana y las tres de las provincias vascongadas





La mayor anomalía de la alargada provincia eclesiástica de Toledo es el enclave de la archidiócesis primada en la provincia de Guadalajara, incluida la capital

sus límites, aunque respetando dos enclaves: uno, en Vizcaya—el Municipio de Villaverde de Trucios, de la provincia y diócesis de Santander—, y otro, en Alava—el condado de Treviño, provincia de Burgos y diócesis de Calahorra—. Pues bien; cuando en 1950 se disgregaron de Vitoria las nuevas sedes de Bilbao y San Sebastián, dentro de sus respectivas provincias, ambos enclaves quedaron adjudicados, en el aspecto eclesiástico, a las diócesis en cuyos límites radican. (Gráfico II.)

Por otra parte, la diócesis de Albacete (Gráfico I, núm. 3.), erigida también en 1950, así como la de Huelva (1953), presentan igualmente una delimitación en todo concorde con sus circunscripciones civiles.

La eficacia de esa continuada experiencia queda confirmada con la decisión del artículo 9.º del actual Concordato. En su consecuencia, y previos acuerdos entre la Santa Sede y el Gobierno español, algunas diócesis han realizado ya en los últimos meses revisión de límites o supresión de enclaves.

EL SUDESTE, A VISTA DE PAJARO

Con una ojeada al sudeste del mapa español abarcamos todas las novedades. Empecemos por Cartagena. En esta diócesis, se había ya realizado otra revisión en 1950, al ser creada la de Albacete, cuya provincia, en su mitad oriental, dependía de la sede cartaginesa. Con ello, el Obispado de Cartagena se circunscribía casi en su totalidad a la provincia de Murcia. Quedaban únicamente fuera de ella los Arciprestazgos de Huércal-Overa, en Almería, y Villena, en Alicante. Este último

es el que ha pasado recientemente a la diócesis de Orihuela, que ha sufrido, además, otra modificación: la parroquia de Ayora, que constituía un enclave oriolano en la provincia de Valencia, ha pasado a esta archidiócesis con lo que el Obispado de Orihuela tiene ya sus 107 parroquias en la provincia de Alicante. Queda, no obstante, todavía una buena porción de la zona norte alicantina adscrita al Arzobispado de Valencia. (Gráfico I, núms. 1 y 2.)

JAEN CAE MUY LEJOS DE TOLEDO

La mayor anomalía del mapa eclesiástico de España fué la primera que desapareció al amparo del repetido artículo 9.º. Saltándose toda la provincia de Ciudad Real—una de las más extensas de la Península—y gran parte de la de Jaén, allá por el sudeste de esta última y nordeste de Granada, había dos zonas que dependían del Arzobispado de Toledo: los arciprestazgos de Cazorla y Huéscar. Desde hace unos meses (Gráfico I, núms. 4 y 5.), los habitantes de las parroquias de Cazorla que hayan de resolver personalmente cuestiones de índole eclesiástica podrán efectuarlo con mayor comodidad que hasta ahora. Les bastará un viaje a la capital de la provincia a cuya diócesis han quedado agregados. Una región más en la que se identifican ya los límites diocesanos y civiles. Las razones sentimentales de una arraigada tradición han de dejar paso a la conveniencia material y espiritual.

Por análogos motivos, la diócesis de Guadix ve aumentar el número de sus parroquias con las del arciprestazgo de Huéscar, con lo que sus dominios se extienden ya por toda la parte nordeste de

la provincia de Granada, aunque por ahora abarquen también cinco pueblos de Almería en la zona de Abucena.

La cesión de estos dos arciprestazgos a Cazorla y Huéscar por parte de Toledo era fácilmente previsible desde hace algunos años. Concretamente, desde la aludida reciente erección de la diócesis de Albacete, en cuya provincia tenía hasta entonces la sede primada otro enclave muy importante. A pesar de su desaparición, seguía siendo Toledo la circunscripción eclesiástica más extensa, con más de 26.000 kilómetros cuadrados. Y es posible que lo sea todavía, aun sin Huéscar y Cazorla. (Gráfico III.)

En razón, quizá, de su raigambre histórica, la archidiócesis toledana no sólo abarca la mayor parte de la provincia de su nombre—con excepción del arciprestazgo de Quintanar de la Orden, que pertenece al Obispado de Cuenca, y veinte parroquias, entre ellas Oropesa, que dependen de Avila—, sino que trasciende los límites provinciales de Cáceres y Badajoz. Más aún: cinco de sus arciprestazgos forman todavía un extenso enclave al suroeste de la provincia de Guadalajara, en el que se incluye la propia capital.

CAPITALES DE PROVINCIA QUE NO SON SEDES DIOCESANAS

Por cierto, que no es Guadalajara la única capital que pertenece a una diócesis cuya sede radica en provincia distinta. Hay otros dos ejemplos: Castellón, que depende del Obispado de Tortosa (Gráfico IV.), y Pontevedra, del Arzobispado de Santiago de Compostela. (Gráfico V.)

Además de las tres mencionadas



La provincia eclesiástica de Santiago presenta cinco enclaves importantes: tres de Mondoñedo, en Coruña, y dos de Oviado, en León y Zamora

hay otras seis capitales de provincia que no son sedes diocesanas: Alicante, Cáceres, La Coruña, Logroño, Murcia y Soria. Pero las seis pertenecen a Obisposados con sede en ciudades de la provincia respectiva, a saber: Orihuela, Coria, Santiago, Calahorra, Cartagena y Osma.

Sin embargo, pese a la denominación de las diócesis de Cartagena y Coria que obedecen a lo arraigado de su tradición—Cartagena se remonta al siglo I, y Coria es también muy antigua—, en la práctica, las auténticas capitales diocesanas son Murcia y Cáceres, donde residen los respectivos prelados. En Murcia, además, como también en Logroño, radica el Seminario diocesano.

Hay, en cambio, 23 sedes episcopales que no son capitales de provincia: Astorga, Barbastro, Calahorra, Cartagena, Ciudad Rodrigo, Coria, Guadix, Ibiza, Jaca, Menorca, Mondoñedo, Orihuela, Osma, Plasencia, Santiago, Segorbe, Sigüenza, Solsona, Tarazona, Tortosa, Túr, Urgel y Vich. Salta, pues, a la vista, ante esta sola enumeración, que en algunas provincias hay dos o más sedes diocesanas. La explicación es varia: de un lado, el ya señalado arraigo de la tradición, respetada, en algunos casos, por la extensión de la provincia; de otro, la separación geográfica, como en Baleares, donde cada isla importante constituye una diócesis.

Por una y otra razón, la reducción de diócesis al número de provincias está absolutamente descartada. Más aún; el propio artículo 9.º del Concordato, en sus párrafos segundo y tercero, prevé la posibilidad de creación de nuevas diócesis. Se trata, pues, únicamente de revisar los límites de las circunscripciones eclesiásticas,

haciéndolas coincidir con los de las provincias, aunque dentro de algunas de ellas sigan existiendo dos o más diócesis.

Lo que principalmente se pretende con la revisión que ha empezado a ponerse en práctica es precisamente lo contrario; es decir, que una misma diócesis abarque parroquias de distintas provincias. Y los casos abundan, como bien claramente lo canta el mapa.

ENCLAVES PENDIENTES

Sigamos ojeándolo, al menos parcialmente. Y volvamos al Norte, donde, si en 1950 desaparecieron enclaves con la erección de la diócesis de Bilbao y la rectificación de Vitoria, aun quedan otros de importancia en el mismo límite de la provincia eclesiástica de Burgos a la que dichas sedes pertenecen. (Gráfico II.)

(Entre paréntesis: Las 64 diócesis que hay en España desde que, con la creación de la de Huelva, ninguna provincia civil queda ya sin sede diocesana, se dividen en nueve provincias eclesiásticas, cuya capital radica en las sedes metropolitanas o arzobispales. Son: Burgos, Granada, Santiago, Sevilla, Tarragona, Toledo, Valencia, Valladolid y Zaragoza. El segundo párrafo del artículo 9.º alude a la posible elevación del número de metropolitanas.)

La misma delimitación de esta provincia eclesiástica de Burgos ofrece ya algunos detalles que llaman la atención. Como el incluir la diócesis de León; mientras que la de Astorga, de la misma provincia civil, pertenece a otra metropolitana, la de Valladolid, cuyos límites diocesanos y civiles, por otra parte, se entremezclan con Palencia, que, sin embargo,

pertenece a la provincia eclesiástica de Burgos.

A su vez, Burgos, como diócesis, tiene 111 parroquias en la provincia de Santander y otras en las de Palencia, Logroño y Soria. Palencia, aparte de la aludida mezcla con Valladolid—más de cien parroquias en esta provincia—, tiene también jurisdicción diocesana en distintos pueblos de Santander y Burgos. Treinta y ocho parroquias de la diócesis santanderina pertenecen a Burgos civilmente, mientras que en la provincia de Santander, además de las diócesis de Burgos y Palencia, se introducen la de Oviado, con dos parroquias (Tresviso y Bielba), y la de León, con 62, en los Municipios de Potes, Cabezón de Liébana, Camaleño, Cillorigo y Pasaguero.

El recorrido que se ven obligados a hacer los diocesanos leoneses que viven en esta zona santanderina si han de ir a la sede de su diócesis, resulta casi heroico en sus dos direcciones: o han de acercarse a Torrelavega, a 25 kilómetros de Santander, para hacer viaje por Palencia a León, o marchar desde el principio a Oviado y seguir a León desde allí. Es decir, que, de todos modos, han de pasar por la capital de otra provincia.

Algo parecido ocurre con dos enclaves de la provincia de Oviado. Sin duda que no paró mientes en esta futura complicación el Rey medieval que, tras un Concilio en Coyanza—hoy, Valencia de Don Juan—, adjudicó al obispo de Oviado, allí presente, la iglesia de la ciudad. Los tiempos han respetado esta tradición, y la histórica villa leonesa, con su zona circundante, casi a caballo entre León y Zamora, eclesiásticamente ha de rendir cuentas al prelado



Aspecto laberíntico que representan la superposición de los mapas civil-eclesiástico en la provincia eclesiástica de Tarragona

ovetense todavía. Otro enclave de Oviedo hay casi en el centro de León, y dentro de la diócesis de Astorga. Por otra parte, la diócesis asturiana ensancha sus límites por el Oeste hacia la provincia de Lugo. (Gráfico IV.)

Las seis diócesis que componen la provincia de Santiago ofrecen también gran confusión de límites; incluso hay tres importantes enclaves, todos ellos de la diócesis de Mondoñedo, en tres puntos distintos y distantes, de la provincia de La Coruña: el aludido de Camariñas, en la costa; el arciprestazgo de Mellid, fronterero a Lugo, y la parroquia de Jorneres, del Ayuntamiento de Puenteceso y partido judicial de Carballo. Por su parte, la archidiócesis compostelana, además del núcleo principal de La Coruña, se extiende hacia el norte de Pontevedra e in-

cluso comprende, como se ha dicho, la propia capital, más cercana, en cambio, a Tuy que a Santiago. La diócesis de Lugo abarca pueblos de las mismas provincias de La Coruña y Pontevedra, y por la parte Sudeste penetra en una pequeña zona leonesa, limítrofe a la diócesis de Astorga. A la par que esta sede, de otra provincia eclesiástica, tiene jurisdicción en parroquias civilmente adscritas a Lugo y Orense.

SIGUE LA CONFUSION DE LIMITES

Fuera ya de las tierras gallegas, siguen las confusiones de límites en la provincia eclesiástica de Valladolid, que empieza por esta parte precisamente en Astorga. Quince de los veintinueve arciprestazgos en que se agrupan las

685 parroquias de la diócesis astorgana se hallan en la provincia de León; pero hay otras muchas parroquias también en todo el norte de Zamora. Por su parte, el Obispado zamorano tiene parroquias en Valladolid y Salamanca.

Es curioso lo que le ocurre a la provincia salmantina, una de las nueve en que existen dos sedes diocesanas. Mientras la diócesis de Salamanca solamente tiene fuera de su provincia dos parroquias, precisamente en Zamora, el territorio civil salmantino se ve invadido nada menos que por otras seis diócesis, además de las de su nombre: Ciudad Rodrigo, Coria, Plasencia, Avila, Zamora e incluso Valladolid; ésta, con una sola parroquia: Tarazona de la Guareña. En Avila, en cambio, sucede lo contrario: que la diócesis, después de abarcar casi todo el límite civil, se extiende a otras cinco regiones distintas, cuyos territorios diocesanos pertenecen también a diversas provincias eclesiásticas: Salamanca, Valladolid, Segovia, Toledo y Cáceres; esta última con una sola parroquia: la del Ayuntamiento de El Gordo.

TAREA LENTA Y DIFÍCIL

Más complicada todavía se presenta la región catalana. (Gráfico V.) Solsona abarca pueblos de Lérida, Gerona y Barcelona. Y Vich se introduce en las cuatro provincias. Barcelona entremezcla límites con Gerona y tiene parroquias en Tarragona, mientras Tortosa, además del sur de esta provincia, tiene casi entera la de Castellón, respetando un pequeño enclave de Segorbe. Lérida abarca casi toda la parte oriental de Huesca, con enclaves de Urgel entre las dos provincias.

También hay confusiones de límites en la provincia eclesiástica de Zaragoza, agravadas por el número de sedes en Huesca y Zaragoza (cinco entre las dos provincias) y la diferencia de extensión entre unas y otras. Lo más destacable, sin embargo, de esta región es la pertenencia a Huesca de una de las mejores parroquias zaragozanas: Santa Engracia. La alegría exteriorizada por los habitantes de la capital aragonesa cuando, a raíz de publicarse el Concordato, creyeron que iba a ser pronto un hecho la devolución de dicha feligresía a Zaragoza, fue tan grande, como será la pérdida económica que ello representará para Huesca el día que se lleve a cabo.

No se sabe lo que puede tardar ese día ni cuándo llegará la fecha en que queden realizadas todas las revisiones de límites diocesanos ni suprimidos todos los enclaves. La tarea es lenta y larga, forzosamente. No siempre resulta fácil romper con hechos consumados y mantenidos durante siglos. Y, sin embargo, algunas tradiciones han dejado ya paso a nuevas realidades.

Gerardo RODRIGUEZ

SUSCRIBASE A POESIA ESPAÑOLA

VACACIONES SIN PLUMA SON VACACIONES PERDIDAS



CUANDO LA CIGARRA CANTA EL ESCRITOR LABORA

Es deliciosa, delirante, fenomenal, esta tremenda explosión del veraneo que da el mes de julio y dispersa hasta quizá mediados de septiembre a millares y millares de familias, unas junto a pozos y playas que los previos abuelos o la madre Naturaleza edificaron, y otros a la magnífica y genial aventura de un piso desconocido o a una casita que tiene las persianas pintadas de verde y alguna goitera. Y la familia goza, ríe y canta o bosteza y se aburre, aunque lo distimula. Pero veranea.

LOS ESCRITORES, CASO APARTE

Dado lo pintoresco que es el veraneo, lo fecundo que resulta en proporcionar datos de humanidad, detalles de humor y ternura, apuntes de tragedia y resortes de imaginación, parece ser que el primero que tendría que hacer las maletas habría de ser el escritor.

Pero el escritor es casi siempre un tipo raro. Basta que sea el veraneo un episodio de multitudes, que moviliza hasta las «chachas», para que él se retraiga solemnemente y se inhíba. Los escritores hacen muy bien esto de inhibirse.

El escritor no quiere veranear, o si veranea lo hace de un modo muy especial. Prefiere no saber dónde ir, bajar del tren en un pueblecito pequeño, meterse en un absurdo coche de línea o estarse quieto y solitario en el piso que la familia deja abandonado, mientras sonríe indulgente a la locura familiar.

A veces también, el escritor aparece en el sitio de veraneo cuando menos se le espera; pero aparece casi siempre como una nube de verano, pasajera y fugaz. Está unas horas o unos días y se larga. El escritor suele ser, además, poco oportuno. El exceso de oxígeno le marea. O es muy cachazudo o muy impaciente. En fin, que difícilmente se adapta.

Y, sin embargo, quizá es el es-



Tomás Borrás disfruta del clima del paseo del Prado. Creador en verano y en cual, quier otra época del año



El joven comediógrafo Buero Vallejo, autor de «Historia de una escalera», ya tiene preparada su producción 1954

critor, en toda la familia, el que más necesitaba del veraneo, porque es el que tiene peor los nervios, al que mejor le sentarían los pinos o el yodo si fuese capaz de acostumbrarse. Pero lo cierto es que el escritor, aunque se pasa la vida hablando mal de la ciudad y parece despreciar y sentir asco por muchas cosas de la vida callejera, cuando llega la hora no es capaz de dejar su café y su librería, su tertulia y su cocina eléctrica o de gas. Es frecuente que no esté muy a buenas con los compañeros que soporta durante todo el año y, sin embargo, cosa extraña, prefiere su compañía a separarse de ellos.

Parecería también lo más lógico que el escritor estuviera deseando que llegase el veraneo para elegir hábilmente un buen observatorio e instalarse cómodamente en un balneario (claro que esto habría de ser para escritores consagrados o que hubiesen obtenido por lo menos algún premio recientemente, por-

que para los demás resulta demasiado lujo). En un balneario podría encontrar temas sentimentales abundantes y una humanidad llena de interés que se refugia en estos sitios contra curiosos y murmuradores. Allí no tendría que esforzar demasiado el ingenio, porque con sólo apuntar lo que oyerá, con sólo escribir lo que estuviera viendo, le habrían dado medio hecha la novela o la comedia.

Pero el escritor no quiere eso. El escritor sabe de una vez para siempre lo que ocurre en el veraneo. El tiene la imaginación para algo. El ha nacido para inventar. Claro que la vida de las familias en el veraneo le gana en disparate a cualquier cosa inventada. Pero muchas veces si se escribe lo que se ve ya sabemos todos que la gente no lo cree.

El caso es que el escritor es, cuando lo es, todo lo más un veraneante furtivo. No quiere aceptar el veraneo como un compromiso redondo. Quiere veranear y

no veranear, llegar a un sitio y, al rato, estar en otro; estar unas horas en un lugar y ganar en paisajes y caras lo que pierde en tranquilidad y economía. Porque todo su ajeteo no es más que una búsqueda de soledad. La soledad del escritor, su propia soledad lejos de los veraneantes, la dedica más bien a producir. Sólo pensar en unas vacaciones le hace creer que tendrá tiempo para hacer muchas cosas. Durante dos meses puede muy bien terminar la novela que tiene comenzada. O darle el toque final al drama que ya tiene estructurado. Durante el verano, la ciudad está como dormida y las ideas brotan entonces como tormentas, gruesas, definidas, aplastantes. ¿No se ha pensado todavía si las grandes obras de la literatura universal fueron hechas en verano?

El verano es tiempo de crear. No de bañarse. No están hechos los meses del estío para hincharse de gaseosa, sudar en las romerías y cantar a la luz de la luna. El escritor es dichoso solo, solo en su casita, en pijama, yendo de un lado para otro sin tropezar con nadie, tirando las colillas donde le da la gana, comiendo tomates crudos cuando quiere o «yogur» si es necesario. En fin, que el escritor tiene a veces una idea absurda de la existencia. Menos mal que la familia hace poco caso del escritor. A las familias lo que las salva es que hay para cada cien familias muy contados escritores. Porque el escritor gusta retratar la sociedad, pero para eso ha de hacerse un tanto insociable. Al fin y al cabo algo se parece al investigador: sus observaciones prefiere hacerlas sobre un ejemplar determinado y no sobre la especie en masa.

Mucho les gusta a los escritores, es cierto, que los aplaudan, pero más bien cuando están lejos. Mucho les gusta vivir en buenos hoteles, que les digan «señor» los camareros, tener la piel tostada y usar camisas deportistas. Pero su oficio les exige renunciar. Su misión es estar sueltos y solos, vagabundear.

BUENA COSECHA LITERARIA

El año literario comienza en otoño. Son siempre los editores los que dicen:



Ana María Matute nos regalará la Navidad con una buena pieza

—Pasado el verano, tráigamelo y lo verá.

—Pero ¿es que...?

—Hasta otoño no hay nada que hacer.

Y no sólo los editores. También los empresarios suelen decir:

—Para principios de temporada hablaremos.

—Pero si quiere se lo dejo y lo lee.

—Prefiero que se lo quede usted y le da la última corrección.

Estas terribles palabras pesan también sobre el escritor en los meses del verano y por ellas apechuga y se embala como un «condena» por ellas prefiere el mármol del café a la arena de la playa y el toldo de la terraza ciudadana a los acantilados.

El escritor—que tiene la imaginación para algo—ya ve su libro en los escaparates y se ve a sí mismo saliendo repetidas veces al proscenio. Y trabaja, corrige, pule.

Otra razón más para que los escritores se despisten durante el verano son los Premios. Premio va y Premio viene, el escritor tiene que tener al comenzar el año literario todas sus piezas preparadas y en regla. Lo que no haya hecho o terminado durante el verano es como humo. Y el escritor, aunque digan que no, es muy realista siempre. Sobre todo cuando se ventilan cosas de dinero.

Usando un lenguaje mediocómic, bien podríamos decir que si la cosecha se anuncia buena, espléndida, granada, es por todo esto, porque la competencia es grande, porque los editores están a lo que salta, porque donde menos lo piense uno comienza a saltar un Premio.

Ya habrá tiempo de veranear. Como lo tienen los escritores que tienen una amplia cuenta corriente y que se permiten tener secretario o alquilar hotelitos con jardín y piscina.

El caso es que, tanto el que salió como el que se quedó aquí, cada uno trae su paquetón bajo el brazo.

CACHEO DISCRECIONAL

Nos hemos establecido en el café Gijón, que este verano estuvo más concurrido que ningún verano.

Vamos a proceder a un registro de carteras.



El maestro Azorín no veranea, se consuela yendo a cines refrigerados

—¿Qué es eso que escribe. Torrente? Seguro que es algo de teatro.

—Se equivoca de palmo a palmo. Es una novela.

—¿Cómo se titula?

—«La Princesa Durmiente va a la escuela».

—Será de humor...

—Yo, por lo menos, quiero añadirle el subtítulo de «Novela de humor para eruditos».

La pluma de Torrente Ballester es grave, como lo es su miopía y lo es su bastón. Pero es seria y formal como lo es su elocuencia y su bondad.

Junto a Torrente está Alfonso Sastre, que acaba de terminar su Milicia Universitaria y que es feliz desabrochándose el cuello de la camisa.

—¿Alguna novedad?

—El día 17 de septiembre estreno.

—Por fin, hombre! ¿Y cómo se llama la obra?

—«La mordaza»

—¿Y qué compañía?

—Una nueva que forma José María de Quinto con gente bastante buena.

—¿Puede decirnos algo del tema?

—Está a la orden del día. Es el caso de una especie de patriarca que ha cometido un crimen y nadie se atreve a denunciarlo entre los suyos.

—¿Está inspirado en lo de Domicilio?

—Algo, algo hay de eso.

Ahora entra Luis de Castresana, silbando música rusa y con gafas ahumadas.

—¿Qué papelitos son esos?

—Una novela.

—Título y demás.

—Se llama «El sello de Dios» y es un intento de novela católica.

—Tú que eres amigo de Juan Antonio Zunzunegui, ¿sabes qué es lo que está preparando en Portugalete?

—Corrige «El hijo hecho a contrata», novela que publicará este otoño.

Hemos visto a Ruiz Iriarte sentado en la terraza tomándose un vermut enorme.

—¿Qué lleva entre manos?

—Estoy escribiendo una novela para Isabelita Garcés.

—Título...

—Todavía no lo tiene.

—¿Algo más?

—Claro. Cayetano Luca de Tena me estrenará «La cena de los tres reyes».

—¿Ambiente?

—Es una comedia que recoge la vida de tres reyes exilados y de incógnito en un país que se parece a Suiza.

Por Recoletos viene Jesús Fernández Santos con la chaqueta sobre los hombros. Tiene recién publicada la novela finalista del «Nadal» «Los bravos».

—¿Qué le preocupa ahora?

—Varias cosas. Busco editor para mi novela «En la hoguera» y estoy terminando una novela corta que se titulará «Al otro lado». Es el comienzo de la guerra en una colonia de niños. Quiero publicar también un libro de cuentos, pero lo más interesante es un guión...

—Dígame algo de él.

—Se lo diré, puesto que ya está registrado. Se llama «Venta por pisos», y consiste en la peripécia de varias familias a las

que el casero pone en venta los pisos.

—Pues, suerte. que eso da dinero.

Ahora el que aparece es García Nieto, muy bien peinado. Anda estos días loco con el Premio «Gijón», que Fernán Gómez ha puesto en sus manos.

—¿Qué tal va «Poesía española»?

—De aceptación, muy bien; pero para mí resulta abusiva por la atención, el tiempo y el trabajo que me da y me quita. Es tremendo esto de que la poesía de los demás no me deje pensar en la mía. No obstante, este verano me ha servido para hacer un alto en mi labor y poner en orden una serie de cosas pendientes que creo que darán su fruto rápidamente.

—¿Un libro de versos más?

—¿Y por qué no una obra dramática en verso?

UN DESCANSO DE DOS MINUTOS

Hemos hecho un descanso que nos ha servido para comprar unas fichas de teléfono. Hay que enterarse de muchas más cosas. Son autores que interesan, pero que no vienen al café Gijón.

—¿Eres Pilar Narviñón?

—Sí.

—Háblame de tus cosas.

—Hombre, así de repente... Te diré que me tiene loca un libro de narraciones que pienso publicar en seguida.

—Título.

—«Con los ojos maravillados». Es un modo particular de ver la vida.

—Dame los títulos de algunas de estas narraciones.

—La mayoría son inéditas. Hay una novela corta que se titula «Sol del cantón de las campanas», y dos narraciones breves: «Historia del perro borracho» e «Historia picaresca de las señoritas de Plazuelo».

Inmediatamente después llamo a Manuel Benítez Sánchez Cortés, que es el secretario de Pemán y tiene entre manos una empresa editorial de envergadura. Benítez anda estos días loco, porque va a dirigir con la compañía Lope de Vega la versión española de la obra alemana «Das Heilige Experiment», que se representará bajo el título de «Así en la tierra como en el cielo», obra que tiene por ambiente la presencia de los jesuitas en el Paraguay en una famosa revuelta, y que es de Fritz Hoehwald. Es una obra aplaudida en todo el mundo.

—Dime cosas de don Jos María.

—Sé que estrenará una comedia medicostumbrista y que tiene por tema la lucha de los sexos, y que ha titulado «La divina pelea». La estrenará Cayetano Luca de Tena. Sé también que tiene entre manos una adaptación de Shakespeare. creo que de su obra «Marco Antonio». Pemán anda detrás también de «Julio César y Cleopátra». Pero lo que más adelantado tiene creo que ha de ser la adaptación de la obra recién descubierta por doña Blanca de los Ríos y que antes se atribuía a Lope. Me refiero a la obra «El Rey Don Pedro, en Madrid».

—¿Nada más?



Victor Ruiz Iriarte escribe una obra para Isabelita Garcés. En breve estrenará «La cena de los tres reyes»



Pedro de Lorenzo, con su hijo, sigue impertérrito su ciclo novelístico, siempre revelador

—Pemán tiene también que preparar una serie de discursos que ha de pronunciar con motivo del Año Mariano, y también me parece que le tienta la figura de San Vicente Ferrer, cuyo centenario, sabes, ha de celebrar Valencia próximamente.

—Dime algo de López Rubio.

Conchita Montes estrenará «La otra orilla», una comedia que acaba de terminar. Ahora trabaja en una comedia musical, con música de Parada, que se titula «La voz de mi amor», que estrenará la compañía de Luis Sagivela. También tiene entre manos otra comedia, «Cuenta nueva», que no sé qué compañía la va a representar.

MAS TEATRO

Al salir de la cabina del teléfono me encontré a Buero Vallejo.

—Habla—le dije.

—Estoy estos días ultimando una obra, sin título aún, que tendrá, naturalmente, los papeles de las primeras partes debidamente desarrollados; pero como detalle te diré que hay en ella papel para un niño pequeño bastante enredador, cuyo oficio—pues tiene oficio—aún no me es permitido revelar.

Hemos dejado a Buero y nos hemos ido derechos a Luis Delgado Benavente, que está senta-

do con su novia, Julina, en la terraza.

—Dinos algo.

—He vendido un guión cinematográfico, «Gloria en las nubes», a la Productora Unión Films. El guión es totalmente humorístico. Se está imprimiendo «Tres ventanas» por una nueva Editorial que se llama «Ediciones Puerta del Sol». Este otoño me estrenará la misma compañía que a Alfonso Sastre «Media hora antes», y también, en teatro de cámara, se estrenará mi «Jacinta».

Y DE ENSAYO TAMBIEN HAY PRODUCCION

De ensayo también debe haber mucho. Lo que ocurre es que lo llevan muy en secreto, como si fueran cosas de espionaje. Sabemos que Garcíasol prepara «La Independencia de América en don Juan Valera» y un estudio sobre la poesía de Rubén Darío. Garcíasol publicará también en septiembre «Hombre de tierra», Premio «Escálamor». Marino Gómez Santos trabaja en una biografía de Larra; Costafreda trabaja en un análisis de la poesía contemporánea; Faustino Sánchez-Marín, en diversos aspectos de la filosofía existencial; Vázquez Zamora confecciona a toda prisa artículos para el «Diccionario de literatura»; Fernández Figueroa elabora temas queño revela; An-

tonio Hoyos está acabando un estudio de «Narradores contemporáneos»; Castresana corrige su «Rasputin», y Valverde publicará en «Gredos» «Filosofía del lenguaje».

POESIA EN BLOQUE

Noticia «bomba» es la monumental «Antología», que prepara Dámaso Alonso y Blecua. Será un estudio exhaustivo de la poesía española; diez tomos que publicará «Gredos». Cada tomo llevará largos y documentados prólogos.

—Pero, además de esto—nos dice Hipólito Escolar—, Dámaso publicará este otoño (este verano ha corregido pruebas) un apasionante estudio sobre «la novela española». El ilustre catedrático trata de demostrar en este ensayo que la novela es genuinamente un producto de creación española, pues si en el teatro más bien nos adaptamos a las técnicas extrañas, aunque creando mitos propios, en novela somos total y radicalmente originales. Allí, junto al Bierzo, Dámaso Alonso ha trabajado en esta aportación, que ofrece una gran novedad.

También Antonio Víctor, que tiene ya corregido su libro «Filosofía del anhelo», se ha lanzado a un extenso poema cosmogónico que se titula «La creación». Antonio Víctor tiene recién publicado su libro de versos «Mortal eterno».

José Luis Cano dicen que este otoño nos ha de dar una gran sorpresa. Es muy posible. José Luis Cano es callado, y todos sabemos que trabaja ardua y pacientemente. Este verano se le ha visto muy reconcentrado, añaden.

PERO LA NOVELA ES LA CAMPEONA

La novela se presenta fuerte y pujante. Delibes está corrigiendo pruebas de «El cazador». Gironella ha terminado ya esa novela en la que recoge el ambiente contrabandista del Pirineo. Camilo José Cela tiene ya listo para entregar a la imprenta su libro sobre Venezuela. «Rúa Petin, dos minutos» es el título de la novela de Dolores Medio, que aparecerá en octubre. También «Planeta» está ya empaquetando «Otros son los caminos», de Antonio Ortiz. Eugenia Serrano le está dando los últimos toques a una novela del Madrid actual. Dicen que Tomás Salvador ya está en la mitad de otra nueva novela. (Y lleva ya dos títulos publicados en un año.) También Santiago Lorén se ha disparado a una nueva novela, de la que no da detalles. Santiago Lorén, para quien están abiertas todas las puertas, lo que realmente tiene entre menos es una obra de teatro, cuyo título tampoco ha querido darnos. También Vicente Carredano nos dice que tiene muy adelantada su novela «Los débiles», que es una trilogía que recoge el clima de posguerra en Madrid. Asimismo, un poeta que tiene a medias un libro de elegías, se ha lanzado a una novela juvenil que se titula «Las águilas vuelan solas». Nos referimos a López Anglada.

Pero la relación no se ha acabado, ni mucho menos. Rafael Sánchez Ferlosio ha concluido en Roma «El fontanero», e Ignacio

Aldecoa ha entregado a Lara «El fulgor y la sangre». También Ramón Eugenio de Goicochea ha depositado en «Planeta» «Estábamossolos», novela, que va a aparecer al mismo tiempo que «Pequeño teatro», de su mujer, que es una novela de ambiente vasco. Ana María Matute nos va a regalar la Navidad con una buena pieza.

Habrà que no perder de vista ni un solo momento a Carmen Laforet, cada día más perfecta y decisiva, que se sabe que ha trabajado intensamente en Galicia. Su última novelita, «La niña», es un prodigio. Y también por Galicia anda Elena Quiroga, que no descansa. Y por aquí tenemos a Pedro de Lorenzo, que sigue impertérrito y magistral su ciclo novelístico, siempre mágico y revelador. A José María Jove se le ha visto también con un montón de cuartillas, y se sabe que Angeles Villarta ha finalizado en Asturias una excelente narración.

PERO TODAVIA HAY MAS: UNA NOVELA DE MIL PAGINAS Y OTRAS QUE SE TRADUCEN O VAN OTRAS AL CINE

Es Tomás Borrás, escritor de temple y empuje, el que ha entregado en una nueva editora, que dirige Félix Ros, una novela de mil páginas en la que afronta el episodio de nuestra guerra. Se titula «Oscuro dominio». Tiene, ha entregado al María Guerrero «La loca del Sacramento», pieza que recoge el trazo de una vida madrileña y heroica. Las novelas voluminosas están de moda.

Pombo Angulo tendrá muy pronto en la calle «Las nubes bajas», tercera parte de su trilogía. Castillo-Puche corrige los últimos capítulos de su próxima novela, «Testamento», que aparecerá en inglés al mismo tiempo que en castellano. De novelas que triunfan en el cine es «Ciudad sin horizontes», de Fernández Nicolás, que ya adquirió la productora Ballesteros. También este autor ha entregado a un editor su novela «Dinero». García Serrano y Sánchez-Silva andan igualmente los trotes. Rafael García Serrano publicará «La Patrulla», al mismo tiempo que Sánchez-Silva retoca los últimos planos de «Marcelino Pan y Vino». Alvaro de la Iglesia nos sorprenderá dentro de muy pocos días con la novela «Sólo mueren los tontos», que edita Lara. A la busca de editor anda Pílares con su libro de cuentos «Historias de la cuenca minera», y ya lo ha encontrado.

UN ESCRITOR QUE SE PASA EL VERANO HACIENDO DE ALBAÑIL

César González-Ruano se pasó el verano en la Costa Brava, entre S'Agaró y Palamós, en su casa del «Cajigal», donde ya piensa veranear de ahora en adelante extensamente.

—Mis veraneos comenzarán en la primavera y terminarán bien avanzado octubre. A ver si puedo aumentar mis artículos de colaboración.

—¿Más?

—Yo espero que sí. Pero este verano me he dedicado a la pura artesanía. Veinte días he estado viviendo sin agua, sin luz y sin cristales.

—Eso sí que ha sido bohemia. —La pura y perfecta bohemia, haciendo la comida entre los platos y tiritando de noche por la humedad que rezumaban las paredes.

—Pero habrá escrito algo. —Preparé tres tomos de cuentos para la biblioteca «Pulga», que tendrá que reconocer que es un nombre horrendo para editorial.

—Reconocido. —He entregado «El Matajari» a la editorial A. L. H. R., y mis «Entrevistas» (las publicadas y algunas inéditas) aparecerán en octubre publicadas por Janés.

—Pues no todo ha sido albañilería.

—No; también hubo carpintería, cristalería, fontanería, etc.

César González-Ruano viene más grueso y de un color magnífico.

UN MAESTRO QUE NO VERANEAR. AZORIN SE CUELGA YENDO A LOS CINES REFRIGERADOS

Quando ya nos íbamos a casa, ¡oh, milagro de los milagros!, tuvimos la suerte de encontrarnos a Azorín en la carrera de San Jerónimo.

—¿Dónde va, don José?—le decimos.

—Al cine.

—¿Pero al cine a estas horas? Hace mucho calor.

—Pero yo voy a cines refrigerados.

—¡Ah!

Azorín, que explotó tan maravillosamente el veraneo en novelitas y artículos, he aquí que se refrigera en los cines en vez de irse a veranear a Monóvar, que es su pueblo.

¿Y POR QUE NO DARLE YA LA PUNTILLA AL VERANEAR?

Seguro que el lector, el benévolo y el malévolos, está diciendo:

—Démosle ya la puntilla al veraneo.

—Pues por nosotros que no quede.

Y a partir de este momento —no es fantasía ni ilusión—ya verán ustedes cómo los trenes de Galicia, esos trenes en los que a uno le crece un palmo la barba, y los de Levante, unos trenes con cortezas de melón bajo los asientos, y los del Sur, con arena y sal dentro de las maletas, y los de la sierra, repletos de novijes nuevos, ya verán ustedes cómo empiezan a descargar sobre Madrid su carga entrañable, ese peso vivo de la ciudad que son las familias, que es el mercado y la peluquería, la novena y el cine, la cocina, el Metro y el banco. A partir de este momento, no lo olviden ustedes, los trenes y los coches ya se están dirigiendo como locos hacia Madrid.

Pero si hay apreturas en los pasillos, si hay dificultades para coger billete, no le echen, por Dios, la culpa a los escritores. Aunque lo digan los de la Renfe ya está visto que ellos no veranean.

Los escritores escriben.

CRUZADA HACIA UN MUNDO MEJOR



UN ALDABONAZO VIGOROSO EN LA ORDENACION CRISTIANA DE LA SOCIEDAD

CHARLA CON EL PADRE LOMBARDI

EL padre Lombardi ha vuelto a España. Esta vez, su voz de apóstol no se dejará oír en las plazas públicas. Le trae desde Roma una llamada de los sacerdotes españoles, a quienes predicará su eterno y divino mensaje de un mundo nuevo, de un mundo mejor.

Hemos hablado largamente con el padre Lombardi en una sala amplia y acogedora del monasterio de El Escorial. Después, hemos paseado por los pasillos y jardines de la Universidad de María Cristina, donde el padre jesuita hablará a un grupo de sacerdotes allí reunidos.

Con sus cuarenta y seis años, un poco blanco el cabello, algunas arrugas en la cara y al andar, un paso firme y seguro, el padre Ricardo Lombardi nos recibe con un gesto de la más amigable simpatía. Hay en él una profunda sencillez. Parece como si nos conociésemos de muchos años. Mientras extiende sus brazos y nos da unas palmadas en el hombro, en un perfecto castellano timbrado con el acento dulce de su tierra de Nápoles, dice:

—Los periodistas son mis mejores amigos. Yo también he sido periodista durante mucho tiempo. Empecé mi acción sacerdotal como redactor de la «Civiltà Cattolica», y, quizá por esto y por muchas otras razones, me encuentro siempre tan ligado a la Prensa.

«EL MICROFONO DE DIOS»

El padre Lombardi es hijo de un antiguo senador del Reino, el

académico y profesor de Ciencias Luis Lombardi, que consagró su vida a la investigación electrotécnica. Nació Ricardo en Nápoles, el 28 de marzo de 1908. Alumno del colegio de los jesuitas, ingresa en la Compañía, ya universitario, hacia el año 1926. En la Universidad Civil de Roma se gradúa en Filosofía, pasando más tarde a cursar Teología en la Universidad gregoriana. Después de su experiencia como redactor en la revista vaticana de carácter oficioso que publican los jesuitas en Roma, da ciclos de conferencias en las Universidades de Padua, Bolonia, Pisa, Turín y Venecia.

Cuando termina la última guerra europea, el padre Lombardi se acerca a las desgraciadas y humildes clases del pueblo italiano, que, un tanto desengañado y entristecido, se abocaba al comunismo. Su presencia, la voz potente y cariñosa del jesuita, hacen renacer la confianza. En 1945, la muchedumbre invade el teatro Quirino, de Roma, para escuchar su sencilla conversación. Este mismo año comienza su recorrido apostólico por toda Italia. En Milán, todos los teatros y cines resultan insuficientes, y se ve obligado a hablar en el velódromo; 20.000 oyentes le esperan bajo la lluvia.

La predicación del padre Lombardi tiene algo de la violencia y de la ternura de San Pablo. En Turín, los comunistas consiguen, en cierta ocasión, suspender su conferencia. Cinco mil hombres intentan impedir, con sus voces y silbatos, que la voz del mensajero de un mundo mejor se oiga en las

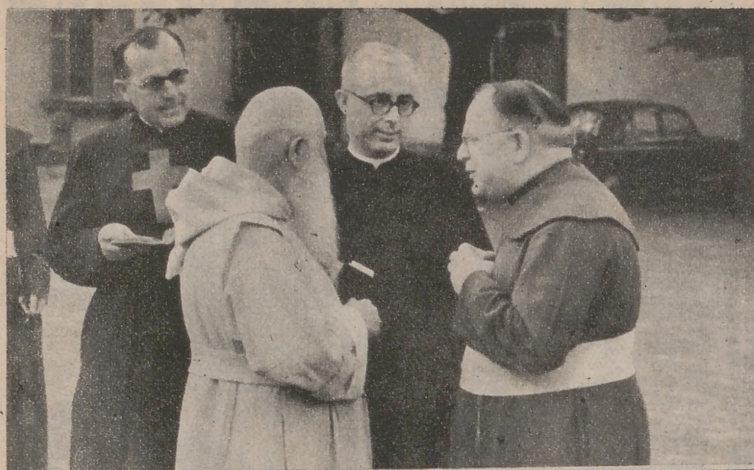


El padre Lombardi charla con nuestro colaborador. La entrevista giscurrió también en los jardines del monasterio de El Escorial

plazas de Génova. Muchos de estos choques están coronados de conversiones sorprendentes.

Pero no son sólo los comunistas; también se asustaron de aquel movimiento gigantesco los «conservadores a ultranza». Ya entonces, sin embargo, el Papa seguía muy de cerca, con palabras de aliento, las andanzas de renovación de este cruzado, que se armó con toda la fuerza de la palabra de Dios.

Hoy, los mismos comunistas no se atreven a insultar al padre



El padre Lombardi cambia impresiones despues de un Congreso católico en Roma

Lombardi. Le han llamado «jesuita provocador», «perro rabioso», y han publicado gacetillas y chistes bromeando a costa del «micrófono de Dios».

Todo aquello ha pasado. En los sencillos ademanes del padre jesuita hay una fuerza superior escondida que atrae, subyuga y convence.

UN «MENSAJE» SIEMPRE VIEJO Y SIEMPRE NUEVO

El padre Lombardi presta una atención profunda a nuestras preguntas. A veces, insiste en que le aclaremos. Mientras hablamos nos mira a través de sus viejas gafas, y en sus ojos no se adivina nunca la respuesta.

—¿Es este movimiento hacia un mundo mejor un mensaje nuevo en el pensamiento cristiano?

—El movimiento regenerador hacia el mundo nuevo no trae incógnitas de pensamiento. Lo apuntó expresamente el Papa en su inicial discurso romano: «No es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos. Unas y otros son ya conocidos y determinados en su esencia, porque han sido enseñados por Cristo.»

—¿Dónde se habrá de buscar la novedad de su mensaje?

—La novedad hay que buscarla en el vuelo entusiasta, en la predicación de urgencia, en el tono rotundamente sincero, en los horizontes cósmicos, en la llamada universal a la empresa, en la seguridad de llegar a términos gloriosos. Se podría decir inicialmente que se pretende vivificar el espíritu para lanzarlo al trabajo por métodos científicos.

—¿Podría decirnos cuáles son esos métodos de trabajo o de conquista?

—Habla el Papa, en concreto, de que se requiere estadística, planificación, selección técnica de instrumentos. De que los ejecutivos deben estar hábilmente encuadrados, empleados con acierto a un ritmo de trabajo oportuno. No sólo en defensa, sino en conquista, estructurando realidades nuevas.

(El padre Lombardi habla con aplomo, con serenidad. Sin embargo, su gran facilidad de expresión, sus muchos años dedicados a la palabra, a la oratoria—una oratoria a la que, necesariamente, habremos de referirnos después—,

hacen que su charla sea rápida, animada, casi un poco exigente para quien le escucha.)

NECESIDAD DE VANGUARDIA

—¿Cree usted, padre, que la Iglesia, en la coyuntura moderna de nuestros tiempos, ha de adoptar una postura de prudente retaguardia o de vanguardia avanzada?

—No conozco yo concretamente la situación de España. Hablo en general, y le diré que la Iglesia puede y debe hacer su revisión. Pero una revisión conforme a su naturaleza, que es la de un ser viviente. No debe cambiar bruscamente. No cambian así los seres vitales. Pero lo que es indudable es que el puesto de la Iglesia, hoy más que nunca, está en la vanguardia. No debemos concebir la política de los brazos cruzados, mientras los enemigos de Dios toman posiciones que creen definitivas.

—¿Ve usted en la Iglesia este deseo de vanguardia?

—Sí, desde luego. Lo veo en todos los grados de la Iglesia. Sabe el Papa que esta revisión es urgente. Y lo saben las Congregaciones romanas. Precisamente, por un español, el padre Larraona, secretario de la Congregación de Religiosos, se está llevando a cabo una grande y profunda renovación en esta parte del seno de la Iglesia católica.

—¿Cómo ve usted el panorama actual de la Iglesia?

(El padre se extraña un poco



«Creo que cruzamos uno de los períodos más difíciles en la historia de la Iglesia»

de la pregunta, como viendo la imposibilidad de encerrar en una respuesta breve y escueta lo que para él sería tema de muchas conferencias, lo que en él constituye el fondo de muchas charlas, de interminables conversaciones.)

—Creo, a pesar de todo, que cruzamos uno de los períodos más difíciles, pero de mayor gloria, en la historia de la Iglesia. Hay muchas almas en el clero y en los seglares con verdadero deseo de santidad y con auténtico espíritu de renovación; pero en relación con la situación de nuestra hora histórica y de sus posibilidades, creo también que falta bastante un espíritu de conquista y la preparación técnica para llegar a él. Por esto nace este movimiento de un mundo mejor, que despierte las energías y las ponga en relación con nuestro presente, con nuestra hora decisiva.

FRENTE AL COMUNISMO, TODO PESIMISMO ES ABSURDO

Quando el padre Lombardi comenzaba en Roma su ardiente campaña y su mensaje empezaba a oírse en las más improvisadas tribunas, los enemigos comprendieron que les venía encima un alud gigantesco. Intentaron atajarlo. Contrarrestaron su propaganda, le amañaron zancadillas. Lanzaron desafíos públicos, retándole a discusión con prohombres comunistas.

En cierta ocasión acepta en Cagliari el reto del senador Spagno. Expone sus puntos de vista contra el comunismo. Le ataca en su mismo terreno, hurgando en su misma madriguera. Al terminar la contienda, el senador tiende su mano al padre Lombardi. El padre le abraza, mientras le dice: «Por no verle a usted ir al infierno no daría con gusto la vida.»

—¿Es usted pesimista ante el avance del comunismo?

—No. De ningún modo. Yo tengo la convicción de que el comunismo entra en el plano de la Providencia divina. Dios puede sacar fruto del mal, como lo sacó del pecado original. El comunismo es, posiblemente, el más grave mal de la historia de todos los tiempos. Por esto creo que el Dios que lo permitió saque de él el mayor bien para todos, y tengo la impresión de que este bien será, precisamente, éste de la renovación de la Iglesia, que debe llamar todas sus fuerzas hacia una profunda revisión y santificación. Nuestra ofensiva no ha de ser sólo negativa. Hemos de realizar una reconstrucción positiva, ofreciendo al mundo lo que el comunismo nunca podrá dar.

—¿Quiere usted decir que la Iglesia y la Humanidad pueden considerarse libres de un mal inminente?

—No. Pueden acontecer todavía horas muy tristes para el mundo. Mi optimismo nace al considerar el fruto que Dios quiera sacar de esta hecatombe que el comunismo supone.

—¿Cómo ve usted al hombre moderno?

—Es verdad que nuestra generación masca un vaho de quiebra; que se han arruinado tantas hermosas conquistas del pasado; que la filosofía es angustia y la ciencia timidez; que la política fracasa buscando la paz; que se rom-



«Los periodistas son mis mejores amigos; yo también he sido periodista», dice el padre Lombardi

pen con desgarrar los tejidos sociales. Y, no obstante, esta generación humillada y desorientada suspira con ilusión. Dios vuelve al mundo, porque la Humanidad se dispone a llamarle de nuevo para recomenzar la nueva historia. Ante todo, no debemos sumergirnos en las ruinas, sino trabajar cantando, porque hay motivos de positiva esperanza.

EL MUNDO MEJOR HA DE SER UN MUNDO JUSTO

Hemos dejado la sala donde el padre Lombardi nos ha hablado por largo tiempo, y ahora paseamos por el recinto amplio y luminoso de la Universidad escurialense. Nos acompañan varios sacerdotes. Todos quieren escuchar la voz del padre. La charla no se interrumpe.

—¿Esta renovación a que usted tanto alude, se ha de entender como una reforma colectivista o de tipo exclusivamente personal?

—Se equivocan lamentablemente quienes piensen que hablo de una revisión colectiva. Todo consiste en la revisión personal, en el espíritu de unidad. Hoy, las grandes fuerzas modernas trabajan todas unitariamente. Sólo los católicos nos entregamos al trabajo sin comprender bien las ventajas de la unidad.

—¿Cuál es la misión de la Iglesia para llegar a ese mundo mejor?

—Ante todo, la Iglesia debe renovarse profundamente, por una acción orgánica, unitaria y evangélica. El sacerdote debe pensar que quizá las iglesias vacías son una acusación contra ellos. Que nadie ha de pensar que atienden más a los ricos que a los pobres. Que es urgente su santidad y su gesto comprensivo y misericordioso. Y en cuanto a los seglares, han de pensar que ese mundo mejor ha de ser un mundo justo. El «mensaje» da un aldabonazo vigoroso hacia la ordenación cristiana de la sociedad.

MONDRAGONE, CUARTEL GENERAL DEL PADRE LOMBARDI

Para sostener y orientar este esfuerzo renovador, que el padre Lombardi propugna, es necesario que cada día aumente el número de sacerdotes y seglares con una formación especial para ser apóstoles del mundo nuevo.

A este fin, cerca de Roma, en la villa de Mondragone, el padre jesuita ha instalado un Centro de formación. Desde hace algún tiempo, el padre dedica su principal actividad a organizar cursillos y Asambleas que capaciten y orienten a los alumnos para esta noble y santa tarea del nuevo apostolado:

—¿Qué clase de estudios practican los cursillistas?

—De modo sistemático, todos los documentos del Papa que hablan de un mundo mejor. Allí examinamos los métodos más aptos para actuar el pensamiento pontificio.

—¿Qué fin específico tienen esos cursos?

—Su fin único es preparar hombres responsables que, en diferentes lugares y grados, sean como los promotores de la deseada renovación. Este año han pasado por Mondragone 1.300 sacerdotes y varios centenares de seglares.

—Durante su estancia en España, ¿piensa dar algunos cursillos de esta índole?

—Aquí haremos la primera experiencia en Valencia. Será una tanda de catorce días, sólo para sacerdotes.

A nuestra reunión se acerca un joven sacerdote y avisa al padre Lombardi que es la hora de su conferencia. En el salón esperan los antiguos alumnos del Colegio Español de Roma. Aunque la conferencia es sólo para ellos, y no vemos en la sala más que sotas, el padre Lombardi nos invita generosamente a que le escuchemos.

Es una oratoria sencilla, sin remilgos, sin artificio alguno la del padre Lombardi. No pretende aturdir a los oyentes con el esplendor de una concepción brillante, de un discurso fluido, camino de la elegancia en el decir. Su gesto es más enérgico que suave. A veces, los nudillos de sus manos golpean la mesa con avidez. Habla bien el castellano, como el inglés, como el francés, como el alemán. Repite mucho el puñado de ideas fundamentales de su mensaje.

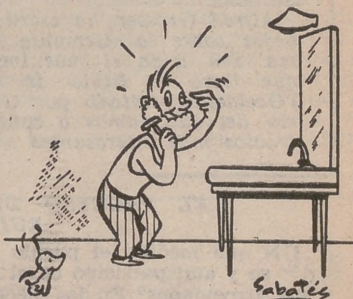
Quando termina de hablar y nosotros nos disponemos a regresar a Madrid, nos sale al paso para decirnos:

—¿Se han escandalizado de mi sermón?

Ernesto SALCEDO



NO SE DEJE "ATEITAR"...
¡AFÉITETE VD. MISMO!



pruebela y observe

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA ALEMANIA OCCIDENTAL

Por Alfred GROSSER

ALFRED Grosser, especialista francés en temas alemanes, nació en Francfort el 1 de febrero de 1925. Durante la ocupación alemana, fué perseguido por la Gestapo y tuvo que refugiarse en Marsella, como profesor de un colegio de maristas. Participó en las luchas por la liberación de dicha ciudad. En 1945, terminó su licenciatura en letras en la Facultad de Aix. De 1948 a 1950 realizó las emisiones de la Radiodifusión francesa con destino a las Juventudes alemanas. De 1950 a 1951 fué director-adjunto de la oficina de la UNESCO en Alemania. Es profesor ayudante de la Sorbona.

Alfred Grosser ha escrito numerosos trabajos sobre la Alemania de esta postguerra. Sin duda el más importante es este que lleva el título de «L'Allemagne de l'Occident», editado por Gallimard, de París, del que damos a continuación los extractos más interesantes

EL PROCESO DE ALEMANIA EN RUINAS

«¿EN qué medida el pueblo alemán aceptó, quiso y aun participó en el fenómeno hitleriano y sus atrocidades? En las elecciones del 5 de marzo de 1933, el partido nacionalsocialista obtuvo el 44 por 100 de los sufragios. ¿Cómo tantos millones de hombres y de mujeres habían podido dejarse arrastrar? La respuesta no puede ser simple. Unos fueron a él porque no tenían trabajo y se lo prometían. Otros, porque contaban con Hitler para desembarazar a Alemania de las consecuencias humillantes del Tratado de Versalles. Otros, porque despreciaban la debilidad de la República de Weimar y deseaban un régimen «fuerte»; otros, sobre todo entre las mujeres, padecían una especie de frenesí histérico escuchando al tribuno Hitler; otros confiaban en él para luchar contra el bolchevismo, y todavía otros, para deshacerse en su profesión de la competencia de los judíos... Y esta enumeración no es, en modo alguno, exhaustiva.»

«Un hecho es, sin embargo, cierto: jamás Hitler habría llegado al Poder, jamás se habría consolidado en él si no hubiese tenido el apoyo del Ejército y de la derecha industrial.»

LIQUIDACION DE LA OPOSICION

«Había sido en gran parte liquidada desde 1933. La mayor parte de los líderes socialistas, comunistas, confesionales, fueron arrestados o tuvieron que huir. Numerosos intelectuales emigraron. Sin embargo, la oposición interna no desapareció. Basta para demostrarlo la envergadura de la represión. En 1933, los Tribunales pronunciaron 40.000 condenas por crímenes o delitos políticos; en 1934, 70.000; en 1935, 85.000; en 1936, 90.000. De 1933 a 1938, 435.000 alemanes fueron castigados a causa de su oposición. En 1938, 40.000 de ellos estaban en los campos de concentración; 170.000, en las prisiones y campos de trabajos forzados; 30.000, en prisión preventiva. Nunca hay

L'ALLEMAGNE
DE L'OCCIDENT

1945-1952

par

ALFRED GROSSER

préface

d'EDMOND VERNEIL

ny

GALLIMARD

que olvidar, cuando se habla de los campos de concentración, que fueron creados para recibir y hacer sufrir a alemanes.»

GRITOS EN EL DESIERTO

«En vano los emigrados alemanes intentaron de 1933 a 1939 dar a conocer la verdadera naturaleza del régimen hitleriano. En vano la oposición alemana buscó ayudas exteriores. Sólo algunos medios obreros o intelectuales quisieron actuar, pero chocaron con los compatriotas suyos para los que Hitler era un gran hombre, salvador de su país.»

«Vino la guerra. Fué recibida en Alemania con resignación y sin entusiasmo. El desencadenamiento de las hostilidades iba a transformar las condiciones morales, en las que operaba la oposición alemana. Estaba claro que una derrota entrañaría un cambio de régimen, pero sería una derrota para toda Alemania y no sólo para el partido nazi. Mientras que la resistencia en los países atacados era a la vez ideológica y nacional, se presentaba en Alemania con el aspecto de una traición...» «Todo militar alemán había aprendido a poner el honor por encima de todo, prácticamente confundido con la disciplina. Conforme a la ley del 20 de agosto de 1934, había jurado una obediencia absoluta al Führer y añadido: «Comprometo mi vida en respetar el presente juramento.» Casos de conciencia verdaderamente trágicos se han planteado a muchos oficiales y soldados. Lo testimonia el extraordinario éxito alcanzado después de la guerra por el drama de Carl Zuckmayer «El general del diablo». En esta pieza, un oficial de Aviación sabotea los aviones que tiene a su cargo. Hace perecer así a sus mejores camaradas y desea la derrota de su país, pero también la desaparición de un régimen detestable, tan perjudicial para Alemania como para el resto del mundo. ¿Tenía razón? Fueron numerosos los que estimaron que era preciso primero obtener la victoria para ocuparse seguidamente de combatir al nazismo...»

«Al proclamar la rendición incondicional de Alemania en Casablanca, no se trataba de una simple actitud ocasional. La oposición alemana les había previsto (a los aliados) en 1940 de la próxima invasión de Holanda. De acuerdo con la hipótesis de que esta oposición no existía, no se tomó en serio la advertencia. A principios de 1942, un periodista americano trató de obtener una audiencia del Presidente Roosevelt. Regresaba de Alemania, donde había celebrado una larga entrevista con Jacob Kaisers, una de las personalidades conspicuas del movimiento subterráneo. Quería suministrar información y pedir ayuda al Presidente. Este no lo quiso recibir, a causa de la naturaleza «muy embarazosa» de su asunto. Churchill, que sabía a grandes rasgos lo que representaba el atentado del 20 de julio de 1944, lo describió el 2 de agosto en los Comunes como un arreglo de cuentas entre los nazis...»

LA RECUPERACION ECONOMICA

«En septiembre de 1946, diez mil personas estaban en tratamiento en los hospitales del distrito de Dusseldorf por deficiencias físicas debidas al hambre. En junio de 1952, el presidente de la

Dieta de Renania-Wesfalia anuncia que los asientos del hemiciclo de Dusseldorf van a ser reemplazados por sillones más anchos. Instalados aquellos seis años antes, no son ya adecuados al volumen individual medio de los diputados de hoy. La producción industrial era en 1946 de un índice 33 (1936 igual a 100). Seis años más tarde alcanza el índice 150.»

«La industria alemana, al día siguiente de terminarse la guerra, estaba inmovilizada, pero no destruida. Mientras las ciudades estaban destruidas, las instalaciones siderúrgicas sólo habían sido destruidas en un 10 por 100; la industria química, de un 10 a un 15 por 100; la industria mecánica, de un 15 a un 20 por 100, y la industria textil, de un 20 por 100. Las razones de esta desigualdad de trato eran múltiples: técnica perfeccionada del enmascaramiento, práctica alemana de la dispersión de las fábricas importantes, principio de los aliados de bombardear las ciudades para minar la moral de la población...»

LOS BANCOS ALEMANES

«Los Bancos alemanes jamás han olvidado que su principal tarea es la de favorecer el desarrollo de la economía por una política atrevida de crédito y no de aumentar sin riesgo su propio capital por la práctica de empréstitos con intereses elevados concedidos solamente a Empresas florecientes. El profesor Erhard (ministro federal de Economía) estimuló este atrevimiento...»

«La pieza maestra del sistema fué el principio de la autofinanciación de las Empresas. Para facilitarla se limitó a un 6 por 100 de beneficios la parte de los dividendos a distribuir, se autorizó en los balances un cálculo muy amplio de amortizaciones, lo que permitió un aumento de los precios sin un aumento visible del margen beneficiario y, sobre todo, se evitó imponer demasiadas cargas fiscales a los beneficios importantes y a los ingresos grandes.»

INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCION

«Hasta la primavera de 1950 la industria de la construcción trabajó sobre todo en la construcción de locales para fábricas u oficinas, sin contar la edificación de bares, hoteles, cinemas y almacenes de lujo. No obstante, desde 1949 el número de viviendas nuevas o reconstruidas aumentó rápidamente, pasando de 15.000 para el primer trimestre a 21.000, 30.000 y 54.000 para los trimestres siguientes. La ley del 24 de abril de 1950 iba a prever la construcción de 1.800.000 viviendas en seis años, a un ritmo de 300.000 al año, ritmo que ha sido superado en 1950 y en 1951. Para la construcción de viviendas cuyo alquiler sería inferior a un marco por metro cuadrado, y cuya superficie estaría comprendida entre los 32 y los 65 metros cuadrados, la ley concedía créditos a interés reducido e incluso sin interés, como igualmente subvenciones entregadas por el Gobierno central, el Land o el Ayuntamiento. La construcción de viviendas cuya superficie fuese inferior a 80 metros cuadrados y el alquiler inferior a 1,5 D. M. por metro cuadrado, fué exenta de impuestos. En comparación con las cifras francesas (apenas 290.000 viviendas terminadas desde la liberación hasta el 30 de junio de 1952), la envergadura de la reconstrucción alemana parece extraordinaria.»

LA CUESTION DEMOGRAFICA

«La cifra global del aumento de población (de la Alemania occidental) entre 1939 a 1950 es engañoso. Es preciso saber que el número de personas en estado de trabajar no ha aumentado más que en un 10 por 100, mientras que el de la población a cargo ha aumentado en un 33 por 100. La guerra ha causado 1.500.000 mutilados, de los cuales la mitad, en un 50 por 100 o más, son totales, además de un millón de viudas. La disminución de los nacimientos de 1915 a 1919, las pérdidas de la Wehrmacht de 1939 a 1945 han destruido tan conclenzadamente la pirámide de las edades, que sólo 380.000 de los alemanes de hoy han nacido en 1917, contra 770.000 en 1907 u 815.000 en 1937, y que entre los alemanes de treinta a cuarenta años figuran 133 mujeres por cada 100 hombres.»

LA SITUACION MATERIAL DE LOS ALEMANES

«Más de las dos terceras partes de los alemanes activos son asalariados-obreros, funcionarios o empleados. Excusado es decir que la situación material no es la misma para todos. Entre los fun-

cionarios, por ejemplo, la escala de los salarios brutos iba en 1951 de los 195 marcos mensuales del aprendiz en una pequeña localidad, a 1.600 del consejero ministerial al final de su carrera. Un cierto aplastamiento de la jerarquía se efectúa poco a poco, ya que el salario del primero ha aumentado en una tercera parte desde 1948 y el del segundo en una cuarta parte solamente. Los funcionarios son, no obstante, en su conjunto, seres privilegiados con relación a las otras categorías de asalariados. Según las cifras dadas por el Instituto Económico de los Sindicatos, valederas para mayo de 1950, el 15 por 100 de ellos tienen un salario bruto inferior a 250 marcos, mientras que el 36 por 100 pasa de los 400 marcos. Entre los empleados y los obreros, esta proporción es, respectivamente, de un 52 por 100 y de un 72 por 100 para los asalariados por encima de los 400 marcos. Cuando se añade que los ingresos superiores a 400 marcos se reparten el 43 por 100 del ingreso total de la población activa, se ve hasta qué punto los asalariados, y más particularmente los obreros, se encuentran mal situados, si estas cifras corresponden a la realidad, como parece ocurrir en este caso.»

LAS FUERZAS MORALES E INTELECTUALES

«La importancia numérica de los movimientos juveniles confesionales en Alemania no debe sorprendernos. La influencia de las Iglesias continúa ejerciéndose fuertemente allí en todos los terrenos de la vida intelectual y moral. En Alemania, donde no ha habido separación de la Iglesia y del Estado, cada alemán bautizado pertenece en principio a una Iglesia y paga por ello un impuesto especial al Estado. Dejar de practicar no basta para salir de su Iglesia. Es preciso declarar oficialmente su salida y conseguir el no pagar dicho impuesto. El 96 por 100 de los alemanes del Oeste pertenecen a así a una de las confesiones cristianas, el 45 por 100 a la Iglesia católica y el 51 por 100 a una de las Iglesias protestantes.»

«A partir de 1945, las Iglesias han conocido una afluencia a la que no estaban habituadas. En el caos de 1945, las Iglesias se presentaban como las únicas instituciones todavía sólidas, como el único refugio al que se podía acudir para aliviar las llagas materiales y morales, como la única voz, en fin, que podía hablar en nombre de la Alemania aplastada.»

Señora:
He aquí su
Media Nylon
de alta calidad
elástica
y de precio...
nada caro!

Vilma
NYLON OF SUPERIOR NYLON

PÍDALA A SU HABITUAL PROVEEDOR
EXIJA ESTA MARCA EN EL SOBRE Y EN LA MEDIA

¡AUPA, REMEROS DEL NORTE!



La trainera de Pedreña, considerada como una de las mejores del Cantábrico

UN DEPORTE EN TRANCE DE MUERTE

DESDE Bilbao a Santurce—por llevarle la contraria al cantar—corre incansablemente un tren eléctrico de la Renfe. A mitad de camino—poco más o menos—está la dársena de Galindes, con muchas boyas y un agua grasienta y pestilente. Hay que subir mucho por las riberas del Cadagua o del Nervión para encontrar ese agua clara en donde saltan regocijadamente los pececillos.

La trainera del «Iberia», como todos los años, amarra éste de una boya de Galdames. A estas alturas, extraña verla ahí, medio llena de agua, sin remeros ni remos. No hay prisas. «Iberia», que se entrena para las regatas corruñesas, no ha llegado a un acuerdo con los ases del remo donostiarra. De Vizcaya va a fallarles también «Portugalete», y por este camino la regata de San Sebastián queda exclusivamente para traineras guipuzcoanas, en donde pesará también—según los entendidos—la ausencia inexplicable de las tripulaciones de Aya y del mismo San Sebastián.

COMERCIALIZARSE O MORIR

Al remo—como al fútbol—le ha llegado ahora esa tremenda disyuntiva de comercializarse o morir. Resulta paradójico que no se discuta de ciabogas ni de balis-

zas y se centren los debates en la conveniencia de que tal o cual Casa de gomas o de maderas patrocine la embarcación. Por este camino nadie se extraña aquí de que la esbelta proa de la trainera lleve este año el parche inconcebible de unos carteles publicitarios. Si; desembocamos irremisiblemente en un extraño «tour», en donde la camisola de los remeros y el casco immaculado de la trainera—a más de cortar el agua—serán el soporte improvisado de esa ciencia nueva que todo lo abarca: la publicidad, señores.

Alguien ha dicho aquí—y es cierto—que no hay diferencias fisiológicas (aunque sí de ambiente) entre el remero de Guipúzcoa y de Vizcaya. A la hora de comer—por necesidad natural y lógica—, ambos comen como lobos. A la hora de beber—si se bebe—se bebe tinto de la tierra. Y a la hora de remar, el remo ataca y consume y disipa, naturalmente, de las ocupaciones habituales. Es decir, que los bogadores no pueden prescindir de su sueldo aunque tengan que prescindir de su trabajo. Y así viene la irremediable y tremenda paradoja de que estos tiempos nuestros—que gozan fama de «tiempos deportivos»—constituyen una época antideportiva por excelencia.

La regata de traineras—como tantas otras actividades gimnásticas—nació de un quehacer natural y cotidiano para los hombres del Cantábrico, cuando eran caras—o no existían—las pequeñas embarcaciones a motor: la pesca.

TRAINERAS A LA MAR

Con los dedos de los pies y de las manos nos cuenta Michelena los triunfos alcanzados para Orio. Orio es algo así como el Joe Louis de las regatas. Con Pedreña—cuando la trainera de Pedreña contaba con la estupenda protección de la duquesa de Santofía—emuló muchas veces aquella gesta alocada que trajo la ruina para Ondárroa con los primeros años del siglo. La pugna se cifraba entonces en la actuación de las tripulaciones de San Sebastián y de Ondárroa. Dicen por aquí que el «Derby» se quedaba chiquito ante las apuestas de ondarreses y donostiarra: ambos tiraron la casa por la ventana, y sin casa y sin dinero se quedó Ondárroa, donde el 90 por 100 de los habitantes apostó la hacienda íntegra a una victoria problemática. La apostó y—fortuna adversa—la perdió ante el empuje de la gente de San Sebastián. Y no fue menos afortunado el desgraciado patrón de la trainera derrotada,

que, hatillo al hombro, emprendió el camino del destierro para hurtar el cuerpo a las aviesas intenciones de sus compaisanos.

Michelena—porque los años pesan—cedió la batuta de Orio a Ignacio Sarasúa, que se apuntó en 1953 el Campeonato de traineras. Pero Michelena tiene una larga historia que contar o un grueso libro que escribir. Nadie como él puede remontarse a los tiempos «heroicos», cuando la trainera salía cada día a luchar contra las olas del Cantábrico y eran los tripulantes pescadores auténticos. La trainera de hoy no es sino un pálido reflejo de la trainera a la vieja usanza: una recia embarcación de madera sin desbastar con un peso superior a los seiscientos kilos. Allí bogaban—cara a las olas—el proel, los doce remeros y el patrón, que llevaba el ritmo de los golpes de remo. La prueba consistía entonces en llegar a puerto primero que nadie y obtener de este modo más reales por la pesca. Rivalizaban los pueblecillos pesqueros y no se hablaba de «embarcaciones», sino de «hombres». De lucha por la vida degeneró aquello en lucha por la fama...

UNA LABOR DE ESPIONAJE

En las regatas regionales de San Sebastián han corrido a veces cifras superiores a los dos millones de apuestas. El dinero, claro está, desvirtúa el ambiente deportivo y crea una serie de manifestaciones egoístas que toman cuerpo en una sorda labor de espionaje. Como la lucha se entabla entre pueblos y villas, pueblos y villas vigilan celosamente los entrenamientos del vecino, controlan la intensidad de sus paladas, la gracia y la velocidad en las ciabogas, la posición del remo e incluso el vigor físico de cada uno de los tripulantes. A este respecto, las tripulaciones gulpuzcoanas ofrecen una curiosa particularidad: sus hombres suelen ser de más peso que el resto de los participantes. De



El patrón de la trainera de Pedreña es sacado a hombros después de ganar el Campeonato de España en La Coruña

aquí que los donostiarros impongan en sus regatas regionales el uso de embarcaciones de características superiores a las reglamentarias. Una trainera normal arroja un peso de 200 kilos, con doce metros de longitud. Las de San Sebastián llegan a los 300 kilos y superan en seis o diez centímetros la altura—puntal—de las corrientes.

El concurso que va a comenzar en la capital donostiarra se limitó en principio a tripulaciones gulpuzcoanas, en número de ocho. Al no cubrirse este número se solicitó la colaboración de los equipos forásteros más próximos: Portugaleta, Iberia (de Vizcaya) y Santander. El aliciente del triunfo no es, sin embargo, suficiente para arrancar de su sitio a las tripulaciones montañesas y vizcaínas: dos viajes de la tripulación suponen, como mínimo, 10.000 pesetas, y otras 5.000 el ineludible viaje en busca de la trainera y de los remos,

que en estos casos son facilitados por la entidad o Club organizador. Mucho dinero para las posibilidades económicas de los «Clubs de remo», que no nadan precisamente entre millones.

LAS REGATAS DEL ABRA

—Airee usted algo sobre las famosísimas regatas del Abra, creadas por el Club Marítimo de Bilbao con un estilo señorial y el escenario maravilloso de la bocana de nuestro puerto.

Eso me han dicho aquí y no han faltado diez impresiones que lo confirmen. Bilbao, por lo visto, aunque se dejó arrebatar la exclusiva por San Sebastián, acaparó—treinta años hace—las mejores competiciones nacionales. La última del Abra se celebró en 1930, aunque la cosa estaba prácticamente muerta desde el año 1923.

Me explican que las primeras traineras se construían en Guetaria, y cuando la gente de Gur-



La tripulación de Orio con su patrón Michelena



El general Moscardó entrega la copa ganada por los remeros de Orio



Ramón Aranga es pescador y miembro de la tripulación que representa a Orio



Ignacio Oliden, después de entrenarse con la tripulación de Orio, se dedica a las labores del campo

púzcoa se dió a construir otro tipo de embarcaciones, los bilbalnos—no más técnicos, sino más comerciantes—aprovecharon la idea. Hoy por hoy, en cuanto a calidad y cantidad, Vizcaya tiene la exclusiva. Lo reconoció implícitamente el Ayuntamiento de San Sebastián cuando, hace unos años, adquirió seis traineras de iguales características en astilleros vizcaínos. Todas correrán este año, mas otras dos adquiridas y construidas en Orio. El valor total del equipo—ocho traine-

ras—viene a ser de unas 130.000 pesetas.

LA IMPORTANCIA DE SER PATRÓN

Desde hace tres años, el patrón de Orio—campeonísimo—es el famoso Sarasúa. Iñaki Sarasúa, que relevó al formidable Michelena, cuya fama de trainerista quedó eclipsada por sus proezas pequeñas. Sarasúa llegó a patrón desde su puesto de remero.

Los entendidos dicen por aquí que se ha supervalorado la importancia del patrón. En realidad, el patrón es bueno cuando son buenas las gentes del equipo. Y es una opinión que no va en demérito de esa media docena de campeones que llenaron de trofeos y banderines las vitrinas de sus Ayuntamientos respectivos: Aita Manuel, de Pasajes de San Pedro; Elduain, de Fuenterrabía; Mariscal, de Pasajes de San Juan; Michelena, de Orio, y el formidable Kiriko, donostiarra con «dotes de artista y de almirante», sobre cuya personalidad corre aquí una leyenda maravillosa e inacabable.

Hay—como en todos los órdenes de la vida—una tendencia natural a aquilatar el valor de los tiempos viejos. Nadie duda, claro está, de la bondad y del vigor de esos patrones que desaparecieron con los años. Sin embargo, hay un hecho significativo: todas las marcas establecidas por ellos han sido superadas, aunque mantengan en San Sebastián, que ostenta el récord «Pasajes de San Juan» en 19 minutos y pico. Permanece este récord; pero al aumentarse el recorrido a las tres millas, la victoria suprema corresponde a Pedreña, en 20 minutos, 32 segundos, seguido de «Kaiku», con 20,34.

MAS TRIPULANTES TERRESTRES QUE MARI-TIMOS

Un buen día, el Club local convoca a los mozos. Van a comenzar los entrenamientos. Hay tripulaciones que apenas si varían

con los años, pero son las más las que cambian continuamente de remeros. La cantera está en el campo y en el mar. Paradójicamente son más numerosos los tripulantes terrestres—labradores, obreros, artesanos—que los marítimos—pescadores—. Hay para esto, naturalmente, una explicación razonable: la época de regatas coincide siempre con la costera del bonito, buena época en la que el pescador—a cambio de un invierno durísimo—resarce su economía y gana con cierta facilidad las 2.000 pesetas semanales. No hay Club por fuerte que sea que se atreva a compensar económicamente a los pescadores que participan en las tripulaciones. El campesino, en cambio, por ley de vida, es menos exigente y se conforma con las 300 pesetas semanales, punto aparte de los pantagruélicos atracones, que corren a cargo del Club. Este año, de buena tinta, a los tripulantes de San Sebastián les han ofrecido 500 pesetas semanales, y no lo han considerado suficiente. La soldada varía según la latitud. Los de Rentería cobraron 30 pesetas en concepto de gastos por comida especial, y algo más en concepto de gratificación.

Un buen ejemplo de tripulantes campesinos, labradores, lo constituyen los hermanos Oliden, Ignacio y Bautista, de Orio. Récords, fuertes, de imponente humanidad, el músculo lo crearon luchando con la tierra. Son de los que alcanzan fácilmente—con remo corto—las 38 ó 40 paladas por minuto.

A los Oliden, no sabemos por qué, les han cogido cierta fobia en Orio. Dice la gente que son un poco egoístas. La verdad: han acaparado docenas de banderas y trofeos para el pueblo. Se les perdona fácilmente cualquier pequeño defectillo en consideración a que se dedicaron al remo con una devoción y un entusiasmo casi fanáticos.

La característica curiosa de los entrenamientos quizá resida en los fantásticos atracones que se dan los participantes. A la voracidad propia de la raza se une el apetito creado lógicamente por el intenso esfuerzo: una docena de chuletas y otra de huevos cae engullida aquí con la facilidad que usted y yo engulliríamos unos trocitos de codorniz.

LA REGATA DE SAN SEBASTIAN

Quizá convenga puntualizar como final que estas regatas donostiarra de 1954 no tienen carácter nacional. Son exclusivamente regatas regionales. A la «hora del cierre» aventuramos a la consideración del sufrido lector que posiblemente la competición nacional se celebre próximamente en Santander. También vale dinero la organización de unas regatas, y a la hora de la verdad aquí—como en todos sitios—se discute de billetes y de soldadas. De todos modos quizá sea un recurso ineludible para futuras competiciones adornar la camisola de los remeros o el casco de la trainera con el anuncio explosivo de una pasta dentífrica o de unas hojas de afeitar. Resultará curioso.

Antonio GUERRERO

EL BALON SE PONE EN JUEGO

211 EQUIPOS PREPARADOS

PARA SALTAR AL CAMPO DE JUEGO

LA máquina futbolística está a punto de echar a andar. Las vacaciones pasaron hace ya varias semanas, y todo el tinglado viene preparándose desde mediados de agosto en campos, domicilios sociales de los Clubs y Federaciones Regionales con vistas a la fecha señalada por la Nacional para dar comienzo la más importante y larga competición: la de Liga.

El domingo 12 de septiembre, a primera hora de la tarde, en 105 estadios, repartidos por distintas poblaciones—grandes, pequeñas y medianas— de España, los silbatos de otros tantos árbitros, con su pitido inicial, serán como trompetas anunciadoras de que la batalla acaba de desencadenarse. Es una batalla incruenta, pero apasionante en extremo. Los campos se volverán a abarrotar de público; las Apuestas Mutuas traerán sin sueño a varios millones de españoles; la Prensa deportiva se hojeará ávidamente cada lunes y cada martes para ver el porqué de la derrota de su equipo favorito o enterarse de la jugada genial que le valió la victoria. Nada nuevo descubrimos al afirmar que el fútbol constituye una auténtica pasión colectiva.

Para que esa pasión no se extralimite en demasía, los organismos rectores del fútbol español han de llevar las riendas con acierto y serenidad. Y revisar de vez en cuando el funcionamiento. A la vista de los resultados de la temporada anterior, en las primeras semanas del verano, la Federación estudia el plan de la siguiente. Este año, las tareas han sido más laboriosas e importantes. El gran público, el que sigue principalmente las andanzas de los 16 equipos de Primera División y, a todo tirar, de los dos grupos de Segunda, suele olvidar con frecuencia que hay más de un centenar de Clubs que militan, dentro de la categoría nacional, en ese complicado mare magnum de la Tercera División.

AFICION Y PROFESIONALISMO

Pero en la Tercera División es precisamente donde ha cambiado este año el panorama de manera radical. En las últimas temporadas el Campeonato de Liga marchaba más o menos al unísono en las tres Divisiones, con parecidos derechos y deberes y evidente desventaja para el pez pequeño. En la actual—adelantemos que con buen criterio, pese al revuelo formado en algún que otro sector—se ha aumentado el número de equipos modestos, reduciendo su esfera de acción para evitar graves inconvenientes, que perjudicaban de modo especial a los propios Clubs y jugadores.

Queremos decir—ya lo sabéis—que se ha abolido el profesionalismo en la Tercera División. La medida se adivinaba ya a comienzos del verano. No convenía la estructura del fútbol nacional en su sector modesto.

Había excepciones: las de aquellas zonas, especialmente en Cataluña y el Norte, donde la abundancia de sociedades futbolísticas de mayor o menor tradición daba suficiente margen para que entraran todos los Clubs en un mismo grupo sin tener que hacer viajes largos. Esto convertía la Tercera División para esas zonas en una especie de competición regional. Que es exactamente una de las cosas que se pretenden con la nueva medida, al ampliar el número de grupos y lógicamente acortar distancias geográficas entre sus componentes.

«EL FUTBOL NO ES UN FIN»

Con ello se logra de paso el principal objetivo, expuesto claramente por el Comité directivo de la Federación Española: «El fútbol—ha dicho al comunicar el importante acuerdo—no debe ser un fin, sino un medio. Los jugadores de Tercera División; precarios profesionales del fútbol, emplean mal sus ocios y el tiem-



La emoción crece desde el césped hasta la última grada ante el triunfo del equipo

po que les deja libre la práctica del deporte.»

La afirmación está hecha después de un serio estudio de la cuestión. Tras el cual se sacó la consecuencia de que los Clubs de Tercera División, en casi su totalidad, presentaban un estado económico lamentable.

Naturalmente que el «casi» confesado por la propia Federación indica que hay excepciones. Pero ello no quita fuerza a la medida general. Un hecho bien claro habla de manera elocuente: En las dos últimas temporadas, con seis grupos de 18 Clubs cada uno—104 en total—se registraron, antes de empezar las competiciones, varias bajas de equipos de Tercera. En la actual, con 163 equipos en danza, ninguno ha anunciado todavía su renuncia.

Otro dato: en la encuesta formulada pocos días antes del

acuerdo del Comité directivo por un diario deportivo entre diversos equipos de Tercera, ganaron ampliamente la batalla los que se inclinaban por la ampliación de grupos antes que por la reducción o por la mantención del estado de cosas.

Pero, en fin, sin entrar y salir más en el fondo del asunto, el caso es que, a partir de esta temporada futbolística, la competición de Liga en la Tercera División se ha convertido en una especie de Campeonatos regionales. No con el fin de que se produzca un estancamiento en este gran deporte popular, sino para depurarlo precisamente. Y se han tomado sus medidas.

LA LICENCIA «F»

Una de ellas la de crear la categoría de «jugador compensado». El cual podrá actuar en la Tercera División, y en primera categoría regional inclusive, mediante una compensación mensual que, en ningún caso, y por todos conceptos, podrá ser superior a 500 pesetas.

El jugador compensado tendrá una licencia especial, que se denomina con el cabalístico nombre de licencia «F». La inscripción de tal jugador se efectuará normalmente como la de cualquiera otra clase y no tendrá contrato alguno. El compromiso adquirido al suscribir una demanda «F» se reduce a la temporada en que se estampa la firma. Obliga ésta por igual a jugador y Club, salvo acuerdo mutuo en contrario. Un jugador con licencia «F» no podrá jugar en la misma temporada en otro Club de Tercera y sólo podrá hacerlo en uno de categoría superior.

El problema principal, después de estas determinaciones de la Federación, se concreta principalmente en los equipos que, por haber descendido recientemente o por otras causas, tengan en sus filas contrato en vigor con jugadores profesionales. Todo está previsto. Para la temporada entrante se respetan esos contratos, bien entendido que, sea cual fuere su caducidad, quedarán finalizados cuando acabe la competición que ahora empieza. En ese caso, los jugadores, si continúan su Club en Tercera, pasarán a las categorías de «compensados» o simple aficionados.

La Federación ha previsto también la suerte de los jugadores compensados en dos casos probables: Primero, ascenso de su Club a Segunda División; segundo, decisión, por parte de equipos de Segunda y Primera, de inscribir en sus filas a esta clase de jugadores, bien al finalizar la temporada, bien en el curso de la misma, previo consentimiento del Club de Tercera. En el primer caso, si el jugador permanece en el Club ascendido, éste podrá seguir disponiendo de él, mediante una gratificación de 24.000 pesetas, pagaderas a dos mil por mes. En el caso de que un Club de categoría superior quiera inscribir un jugador compensado, deberán desembolsarse 100.000 pesetas si el equipo es de Segunda División, o 150.000 si es de Primera.

Dieciséis Grupos y Medio

Prescindamos de comentar esta medida, aceptada con distinto humor por los Clubs más o menos potentes. Y sigamos hablando de la Tercera División, tal y como va a desenvolverse de ahora en adelante, una vez abolido de su campo el profesionalismo.

Los seis grupos de años anteriores se han multiplicado. Ahora serán dieciséis. Pero uno de ellos —el Balear— se divide en dos: Zona de Mallorca, con ocho equipos, y zona de Menorca, con cinco. Los quince grupos restantes abarcan diez equipos cada uno. Total: 163 equipos en toda España.

El primero, regido por la Federación Gallega, está compuesto por equipos de las cuatro provincias gallegas: cuatro de Pontevedra, tres de La Coruña, dos de Lugo y uno de Orense. Ocho de ellos militaban en Tercera también la pasada temporada. Es nuevo en estas lides el Fabril de La Coruña y ha vuelto a categoría nacional la Orensana. Se han desglosado de este grupo varios equipos de las distintas provincias del Reino de León y los de la de Oviedo.

Precisamente los asturianos componen el grupo segundo, que ofrece novedades: por de pronto, la presencia de cuatro equipos montañeses, alguno de la solera del Torrelavega. Además, la incorporación de un Club de nombre pretencioso: el Titánico, de Pola de Labiana, y la reintegración a Tercera del Juvencia, de Trubia. Es curioso que en este grupo sólo haya cuatro Clubs, cuya simple enunciación haga conocer la localidad a que pertenecen: Langreano, Lar do, Torrelavega y Santoña. Porque es muy probable que a primera vista sean pocos los aficionados asturianos que sepan que el Turón es de Mieres; el Calzada, de Gijón, y el San Martín, de Sotrondio.

En cambio, los equipos vascos —más concretamente vizcaínos— que integran el grupo tercero tienen casi todos el nombre del pueblo o barrio bilbaíno donde radican. Con la única excepción del C. D. Villosa, de Llodio, «nuevo en estas plazas» tercerodivisionistas. A este grupo están también adheridos dos equipos de la alta Castilla: el Burgos y el Deportivo Mirandés.

Pamplona, Logroño y Guipúzcoa dan el contingente de equipos del cuarto grupo, regido por la Federación Guipuzcoana. Son navarros el Tudelano; el Azcoyen, de Peralta; el Izarra, de Estella, y el Club Peña Sport, de Tafalla. Casi todos ellos, por lo visto, quieren camuflar el nombre de su pueblo de origen. Las aportaciones riojanas están constituidas por el C. Deportivo Calahorra y el Recreación, de la propia capital, ambos nuevos en categoría nacional. Los pueblos guipuzcoanos de Mondragón, Elgóibar y Villafranca completan el grupo con otro Club cuyo nombre despista a no pocos aficionados: el Anaitasuna, de Azcoitia.

APRENDA USTED GEOGRAFÍA

Pero la región que gasta más promesas a los seguidores del deporte del balón redondo—nos habíamos librado hasta ahora del tópico barato, que tanto abunda en la literatura futbolística—es, sin duda alguna, la aragonesa. Años pasados teníamos en un mismo grupo cuatro equipos de la capital con los que estábamos familiarizándonos; entre ellos, uno de nombre tan poco atractivo como el Escoriaza. El pobre ha bajado de un golpe desde la Segunda División al anonimato.

En la temporada actual la revolución ha sido gorda. De los antiguos de la capital sólo queda uno de nomenclatura acogedora: el Amistad. Y ha entrado otro que va a despistar a más de cuatro: el Celta. Si señores; el Celta, de Zaragoza; no ha habido error de copia ni de linotipia. Pero aun hay más: un tercero, también de Zaragoza capital, que lleva el enrevesado nombre de Sociedad Deportiva Montañanesa; no Montañesa, sino Montañanesa.

Para despejarnos un poco, ojeemos los otros nombres de equipos zaragozanos que militan en este grupo. Y junto al Calatayud, que nos suena mucho a todos, veremos otros dos de la misma provincia: Utebo y Gallur. El cronista confiesa sinceramente que para comprobar su pertenencia a la provincia cesaraugustana ha tenido que consultar el Corográfico. A muchos de ustedes les habría ocurrido igual si aquí no les hubiéramos sacado de dudas. El Numancia, de Soria, y el Huesca, viejos conocidos ambos, completan, con el Binéfar, este charadoso grupo aragonés.

LA SERIEDAD CATALANA

En el primero de los catalanes—sexto de la lista—no hay, en cambio, problemas. Baste la enumeración de los nombres: Gerona, Vich, Granollers, Mataró, Badalona, Manresa... y no dejan lugar a dudas y dejan muy alta la fama de seriedad que tiene aquella región. Con el San Andrés, que suena a todos por haber militado en Segunda hace dos años—y haber estropeado más de una quiniela—completan este grupo otros tres equipos nuevos, correspondientes a otras tantas poblaciones catalanas: Moncada, Mollet y Puigreig.

El séptimo grupo, aunque también catalán, presenta alguna complicación en las novedades. Con los Tarragona, Reus, Tortosa, Europa, Sans y San Martín —al que no hay que confundir, naturalmente, con el asturiano de Sotrondio—cierran el grupo cuatro novedades: el Amposta, la Unión Atlética Horta, la Unión Deportiva Pueblo Seco y el C. F. Hércules, de Hospitalet del Llobregat. El dios forzado no se conforma con grabar su nombre en el primer equipo alcantino, en el Faro corufés o en la Alameda sevillana.

Y entramos en la zona balear con sus dos subgrupos: hacemos caso omiso de los nombres, por lo enrevesados y porque de momento sus competiciones se cir-

cunscriben a las islas y allí los conocen bien.

Y SIGUE LA SERIEDAD POR TIERRAS MEDITERRANEAS

La Federación Valenciana rige el grupo noveno. Continúa la seriedad que imperaba en Cataluña. Los nombres de los equipos corresponden a los pueblos o barrios conocidos: Mestalla, Gandía, Alcira, Villena, Alicante, Alcoyano, Albacete, Catarroja y Burriana. Hay una excepción. Y de bulto. Ya el año pasado figuraba en Tercera y creó bastantes perplejidades. Es el P. Soriano, que no tiene nada que ver con la provincia de Soria, sino que se refiere a una Peña deportiva del pueblo valenciano de Alberique: la Peña Soriano.

Con otros equipos de Alicante, más los de Murcia, se ha creado el grupo 10, bajo los auspicios de la Federación Murciana. Todos cantan paladinamente su procedencia: Orihuela, Callosa, Hellín, Yeclano, Cartagenera, Elche, Aspense, Novelda, Eldense y Lorca. Nada que objetar a esta lista.

También—cosa rara—son bastante formales en este aspecto por tierras andaluzas. Por lo menos, en uno de los dos grupos que rige la Federación correspondiente. Cádiz, Chiclana, Huelva, Algeciras, Utrera, Córdoba, Lora, etc., lo más que pueden traer a nuestra memoria son cante gitano y plazas de toros. Pero todo se armoniza en estos tiempos, en que toreros y flamencos arman partidos de fútbol para matar sus ocios. Completan el grupo el San Alvaro, que ya en la pasada temporada despistó a muchos quinielistas, y que recordamos como radiado en Córdoba (capital); el Peñarroya y uno nuevo, cuyo nombre también conviene aclarar: el Portuense, de Puerto de Santa María.

En el otro grupo andaluz hay también una excepción en esto de la nomenclatura de los equipos de Tercera. Es probablemente el mayor acertijo de toda la lista de los 163 tercerones. ¿Sabe algún lector de Despeñaperros para arriba—y puede que para abajo también—de qué pueblo es el Atlético Bastetano? Sólo podrán responder los muy versados en historia antigua, si saben que Baza se llamó Bastetes hace muchos siglos. Lo mismo ocurre con Iiturgí (Andújar), pero el equipo titular de esta población ya es conocido de hace varias temporadas. El resto es fácil de localizar: Atlético Malagueño, Antequerano, Recreativo Granada, etc...

DEL ESTRECHO A EXTREMADURA

Los de allende el Estrecho se han aficionado también al fútbol últimamente de manera considerable. Y han hecho un grupo de Tercera para ellos solos. Lo rige la Federación Hispanomarroquí. Lo componen dos equipos de Tánger, uno de los cuales se llama nada menos que Unión Deportiva Sevillana; dos de Ceuta y uno por cada una de las siguientes poblaciones: Melilla—el viejo

Melilla, tantos años en Segunda—, Larache, Alcázarquivir, Villa Nador, Villasanjurjo—éste con el deportivo nombre de C. D. Pescadores—y Tetuán.

Saltando otra vez a la Península, el grupo décimotercero nos trae a las anchás tierras de Extremadura y La Mancha. Los equipos de esta zona, que otras temporadas se enrolaban con los madrileños, hacen ahora la guerra por su cuenta. Y hay: tres de Ciudad Real—los clásicos Manchego, Calvo Sobelo y Valdepeñas—; tres de Cáceres: Plascencia, Cacereño y Deportiva Cacereña—dos veteranos y un bisoño—. Y cuatro en la provincia de Badajoz: uno en la capital—la Metalúrgica Extremeña—y el resto en la provincia—Don Benito, Villanovense (Villanueva de la Serena)—y el conocido Emeritense, que el pasado año estuvo a las puertas de la Segunda División.

Algunos de estos equipos extremeños han militado otras veces con los castellanos viejos de Avila y Segovia e incluso con equipos de más hacia el Norte. Pero esta zona, ahora regida por la Federación Oeste, con sede en Valladolid, se ciñe a las dos provincias castellanas citadas, más las cinco del Reino de León, que presentan los siguientes equipos: dos de Salamanca (la veterana U. D. S. y los novatos Salesianos), dos de León (Júpiter Leónés y Ponferradina), dos de Palencia (los dos nuevos), uno de Zamora y otro de Valladolid: el Europa Delicias.

MADRID, CAPITAL

Terminamos el recorrido por el centro de España. Y por su capital precisamente, donde hay cuatro Clubs de Tercera, con mayor o menor veteranía todos ellos: Plus Ultra, Cuatro Caminos, Rayo Vallecano y Girod. Con ellos comparten el grupo otros tres de la provincia—San Lorenzo del Escorial, Leganés y Aranjuez—y los tres titulares de capitales cercanas de la misma región castellana nueva: Guadalaajara, Conquense y Toledo.

Por cierto, que al llegar a la capital no hay más remedio que recoger un hecho curioso: Esta es la segunda temporada que en Madrid no hay más que equipos de Primera y Tercera. La Segunda División está prohibida para los aficionados madrileños por obra y gracia de la mala suerte de sus equipos representativos de Tercera, alguno de los cuales, como el Plus Ultra, tiene de suyo potencialidad suficiente para que sus jugadores militen como profesionales. Sin embargo—dato elocuente—, los directivos plusultras han visto con muy buenos ojos la abolición del profesionalismo, con su secuela de jugadores compensados y aficionados.

De momento, el Plus Ultra, como otros Clubs—menos de los que muchos han creído—tienen en vigor en sus filas, merced a una de las cláusulas del acuerdo de la Federación arriba recogido, jugadores profesionales con contrato en vigor.

Una ojeada por las Federaciones nos hará ver el escaso nú-



El saludo de los capitanes antes de la lucha

mero de estos equipos. Hay dos excepciones: la andaluza, con dieciséis Clubs, y la catalana, con catorce. Pero hay que tener en cuenta que cada uno de esos equipos, por norma general, no pasa de tener cuatro o cinco jugadores profesionales. Sobre los cuales, por otra parte, pueden ejercer opción los equipos potentes de Primera militantes en la misma Federación.

Las Federaciones restantes ofrecen el siguiente cuadro de jugadores profesionales en Tercera: Cuatro en la Aragonesa, ninguno en la Asturiana, dos en la Balear, tres en la Castellana (Plus Ultra, Manchego y Toledo), ninguno en la Extremeña, cuatro en la Gallega, ninguno en la Guipuzcoana, tres en la Hispanomarroquí, siete en la Murciana, ninguno en la Navarra, dos en el Oeste, ocho en la Valenciana y ninguno en la Vizcaína.

LOS ANIMOS, DISPUESTOS

Por este cuadro puede fácilmente colegirse que las medidas de la Federación sobre abolición del profesionalismo en la Tercera, ya tienen muy facilitado el camino. Las dificultades principales quedan soslayadas también. Una de ellas, el peligro de que, al resultar más cortos los grupos, la competición terminará para muchos en plena temporada.

No ocurrirá esto. El calendario ha previsto todo. Habrá una primera fase clasificatoria que termina en enero: concretamente, el día 9. Pero vienen después las de permanencia y ascenso, cuyos partidos se alargan hasta bien entrado mayo. Incluso después de haber terminado la Liga en Primera y Segunda. Cuando quedan ya sólo—aparte del torneo de Copa— las promociones de ascenso. Es decir, cuando la alegría del triunfo ha sonreído a muchos equipos y seguidores, mientras para otros llegó ya el desencanto y sólo queda en algún que otro sector de las dos Divisiones profesionales, el hilo de la última esperanza.

Pero no nublemos el horizonte con tantos meses de anticipación. En las vísperas del gran torneo liguero, con los 48 equipos profesionales de Primera y Segunda División, y los 163 aficionados de la Tercera, todos los ánimos están igualmente dispuestos, dentro de sus respectivas aspiraciones.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 100

EL BALON SE PONE EN JUEGO

211 EQUIPOS PREPARADOS PARA SALTAR AL CAMPO



LA LICENCIA TRANSFORMA TERCERA DIVISION

Estas tres estampas futbolísticas cogen otros tantos aspectos del ambiente que se respira en todos rincones de España durante temporada que el domingo se cía con los primeros partidos Liga. A partir de la página 61 contrará el lector un interesante reportaje sobre las novedades presenta este año la reducción profesionalismo